COLECCIÓN UNIVERSAL

N. " 121 y 122

X544
G67
MAXIMO GORKI . S

>

Varenka Olesova
NOVELA

peP E

А

Precio: 60 céntimos.

MADRID -BARCELONA MCMXX

Library

of the

University of Wisconsin

FROM THE LIBRARY OF

ANTONIO GARCIA SOLALINDE
1893-1937
PROFESSOR OF SPANISH
1924-1937

COLECCIÓN UNIVERSAL

Máximo Gorki

VARENKA OLESOVA

MCMXX

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1920.

Papel fabricado especialmente por LA PAPILPRA ESPAÑOLA.

COLECCION UNIVERSAL

MAXIMO GORKI

Varenka Olesova

NOVELA

La traducción del ruso ha

sido hecha por N. Tasin.

L.D E

MADRID -BARCELONA . ! MCMXX

" Tipográfica Renovación

"

(C. A.

)

. Larra

. 8.

- MADRID

.

G. SOLALINDE

495410 X54Y

G -6'7

APR 26 1941 V
S

No hemos de ser muy extensos en la presenta ción al público español de este novelistå, que es
uno de los literatos rusos más populares en Es
paña. Nos limitaremos, por lo tanto, a una breve nota biográfica.
Su verdadero nombre es Alejo Pechkov. El seu
dónimo de Gorky - que en ruso significa hombre
desgraciado — tiene por origen las miserias que le agobiaron durante su infancia y su juventud. Con
ese seudónimo firmó su primera novela, y lo adop
tó luego definitivamente.
Nació en Nichni-Novgorod, sobre el Volga, en
1860. De una familia muy pobre y humilde, tuvo
que ganarse la vida desde su niñez muy penosa mente. Trabajó como fogonero en un barco, como aprendiz de panadero, fabricó santos iconos, con

dujo " balsas ” por el Volga, vendió libros y perió dicos. Su curiosidad insaciable y su temperamento inquieto no le permitían permanecer largo tiempo en un sitio, y cambiaba sin cesar de oficio, reco
rriendo con frecuencia, en compañía de vagabun
dos, las ciudades, aldeas y estepas rusas. " ¡Qué
mejor oficio que el de ser hombre sobre la

tie

rra!

” dice – en

su

novela Nacimiento del hombre.
Y

en

las últimas

de

sus Memorias declara que

ha
tenido siempre los ojos y

los oídos abiertos "

sobre
la

vida ”

.

6

En el afán de ampliar los horizontes de la suya, se pasaba noches enteras leyendo cuanto cara en sus manos, a la luz de un cabo de vela o al res plandor de la caldera del barco. Luego les refería cuanto había leído a sus compañeros de dolor. Cuando tenia diez y ocho años, conoció en Nich ni-Novgorod al gran escritor ruso Korolenko, que adivino su genio y se ocupó de su instrucción. Ani
mado por este insigne novelista, Gorky escribió
Chelkach, Konovalov y algunas otras novelas que le colocaron entre los maestros de la literatura

rusa.

Su'rápida celebridad obedece, no sólo a su ta lento, sino a su originalidad en la elección de los asuntos. El fué el primero que llevó a la literatura

a

los

bosiaks,

a

los

desharrapados,

a

los

vagabun
dos,

a

aquellos que viven

en

las capas inferiores

•
del proletariado,

sin situación fija,

sin medios

de
existencia,

sin domicilio,

como pájaros,midiendo a
pie las largas estepas rusas,

acostándose bajo los puentes o

en

las orillas

de

los ríos,

seres rechaza
dos por

lasociedad,

cuyas leyes desprecian,

de

cu
yas costumbres y

cuyas tradiciones

se

burlan.
Gorky

es

el Cristóbal Colón

de

este nuevo mun

do,

del que

ha

cantado

en

sus obras

el

espíritu

de
independencia,

el

amor a

la

libertad,

el

odio a

la

injusticia.

Los que

él

llama "

ex

hombres ”

,

se

tor

nan,

al

conjuro

de

supluma amorosa,

punto menos
que

en

“ superhombres ”

.

Esos nuevos héroes provocaron

el

entusiasmo

general,

sobre todo entre

la

juventud;

Gorky fué

7

llevado en triunfo al templo de la gloria, y se convirtió en un nuevo idolo que, en cierta mane ra, rivalizó, durante algún tiempo, con Tolstoi, que predicaba la " no resistencia al mal ”, mientras que Gorky era un revolucionario de acción. Esto le conquistó la adhesión fervorosa de los intelectua les y obreros rusos, que vieron en él un nuevo apóstol.
En el curso de su larga carrera literaria, Gorky ha dado a luz muchas obras maestras, como, por ejemplo, Tomás Gordeiev, La madre, Malva, Va renka Olesova, El espía, Los tres, El poblado Oku rov. Ha cultivado también, con bastante fortuna, el género dramático. Entre sus obras teatrales so bresalen En los bajos fondos y Los pequeños bur gueses, que han logrado un gran éxito, no sólo en Rusia, sino también en el extranjero.
Como hombre político es Máximo Gorky una figura relevante; pero prescindimos, en esta su cinta noticia, de ese aspecto del gran escritor, por ser ajeno a la literatura.

VARENKA OLESOVA

I

Algunos días después de ser nombrado catedrá tico de una Universidad provincial, Hipólito Ser gueievich Polkanov recibió un telegrama de su hermana, que residía en una finca de su propie dad en un distrito forestal apartado.
El telegrama decía lacónicamente:
“ Mi marido, muerto. Ven, por Dios, en seguida. Isabel."

Aquella llamada ansiosa impresionó a Hipólito Sergueievich de un modo desagradable, desha ciendo sus planes y turbando su tranquilidad. Ha bía decidido pasar el verano en una aldea, con uno de sus compañeros, trabajando en la preparación del curso que había de explicar en la Universi dad, y de pronto se veía obligado a renunciar a aquel proyecto y a marcharse a más de mil verstas de Petrogrado y de la ciudad adonde había sido destinado como profesor, para consolar a una mu jer que había perdido a su marido, con el cual, según sus propias cartas, distaba mucho de ser feliz.
Hacía cuatro años que no había visto a su her

10

mana; se escribían muy de tarde en tarde; desde
hacía tiempo sólo mantenían esas relaciones de pura fórmula, tan usuales entre dos parientes, se
parados por la distancia y por la diferencia de
intereses.
El telegrama había evocado en su memoria la
imagen del marido de su hermana. Era un hom
bre apacible, grueso, amigo de la buena mesa y que sabía beber; tenía la cara redonda, cubierta de una red de venillas rojas, y los ojos, pequeños y alegres; el izquierdo solía guiñarlo picaresca
mente, con una sonrisa de contento; se divertía
cantando, con una pronunciación francesa deplo
rable:
"Regardez par. ci, regardez par lá.” (1)

Hipólito Sergueievich experimentaba un senti miento extraño al pensar que aquel compadre había muerto; pues tenía la convicción de que las

personas triviales suelen vivir largos años.
Su hermana manifestaba una condescendencia
semidespectiva para las flaquezas de su marido.
Como mujer inteligente, comprendía la inutilidad de lanzar flechas contra una piedra. Seguramen te, la muerte de su marido no la habría entriste cido mucho, y, sin embargo, no era posible negar
se a ir a verla. Además, Hipólito Sergueievich sa
dijo que podría trabajar allí como en cualquier
otra parte.
Decidió partir, y dos semanas después, una ca

(1) Mirad por aquí, mirad por allá.

11

lu rosa tarde de junio, fatigado por un viaje, a ca
ballo, de cuarenta verstas, desde el puerto fluvial
a la aldea donde vivía su hermana, sé hallaba

sentado ante ella, en una terraza que daba al jar
dín, y saboreaba el té.
Junto a la balaustrada se alzaba un verde muro
de lilas y acacias. Los rayos oblicuos del sol, atra vesando su follaje, temblaban en el aire como finas cintas de oro. Sombras, semejantes a ancajes, cu brían la mesa, sobre la que había servidos diver sos fiambres. El aire estaba impregnado del olor de los tilos, de las lilas y de la tierra húmeda calentada por el

sol

.

Resonaba

en

todo

el

jardín
la

algazara

de

los pájaros.

De cuando

en

cuando,
una abeja empezaba a

girar,

zumbando,

por enci
ma

de

lamesa,

y,

valiéndose

de

una servilleta,

que

agitaba

en

el

aire,

Isabel Sergueievna

la

echaba
al

jardín
Hipólito Sergueievich había tenido tiempo

de
observar que

su

hermana

no

estaba muy dolorida por

lamuerte

de

su

esposo.

Ella

lemiraba con ojos escrutadores,

y,

al

ha
blarle,

le

ocultaba algo,

sin poder disimular. Acostumbrado a

imaginársela entregada com pletamente

al

cuidado del hogar y

quebrantada
por las discordias conyugales,

Hipólito Sergueie
vich esperaba encontrarla pálida,

nerviosa.

Y

con

templando

su

rostro oval,

ligeramente tostado por el

sol,

sereno,

plácido,

animado por

el

brillo inte

ligente

de

sus hermosos ojos claros,

pensaba,

con

alegría,

que

se

había engañado.

12

. Escuchándola, se esforzaba en adivinar lo que le ocultaba.

-Yo estaba preparada - decía ella, con su voz tranquila, que en sus notas altas tenía una bella
vibración Desde el segundo ataque hemipléjico,
se quejaba casi diariamente de punzadas en el
corazón, y de insomnio. Estaba nervioso, grita

ba

...

La víspera fué

de

visita a

casa

de

Olesov

...

un

propietario

de

lavecindad

...

un coronel re
tirado,

borracho y

cínico,

atormentado por

la
gota

...

A

propósito,

tiene una hija que

es

un

te
soro

...

Ya

la

conocerás.

- Si

no

puede evitarse...- dijo Hipólito Sergueie vich,mirando,

sonriente,

a

su

hermana.
-- ¡No

lo

pienses!

Viene con mucha frecuen
cia

...

y
ahora

es

de

esperar que venga con más

frecuencia aún —respondió ella,

sonriendo tam
bién.
- ¿Busca novio?

Yo

no

puedo encargarme

de
ese papel.
Isabel Sergueievna miró fijamente

el

rostro
oval,

delgado,

con una perilla negra aguda y

una

ancha frente pálida,

de

su

hermano.

-¿Por qué dices eso?

Yo hablo a

la

buena

de
Dios,

sin segunda intención y

sin ningún propósi
to

respecto a

Olesova

...

Ya

lo

comprenderás

tú
mismo cuando

la

conozcas

...

¿Pero

tú

no

piensas
casarte?

- Por ahora,

no

-

respondió

él

brevemente,

al
zando los ojos,

de

un

gris claro y

un brillo ace
rado.

13

Si- dijo Isabel Sergueievna, pensativa. A
los treinta años es demasiado tarde, y al mismo
tiempo demasiado pronto, en un hombre, para
casarse.

. se

Hipólito Sergueievich veía con complacencia que
su hermana no seguía hablando de la muerte de
su marido. Pero ¿ por qué le había suplicado tan
ansiosamente que fuera?

- Hay que casarse a los veinte años o a los
cuarenta - continuó ella—. De esta manera corre menos peligro de engañarse o de engañar al prójimo

...

;

y

si

se

le

engaña,

se

le

compensa,

en

el

primer caso,

con

la

frescura del amor;

en
el

segundo caso

...

con

la

posición,

que,

de

ordina
rio,

es

bastante sólida

en

un hombre

de

cuaren

ta años. Le

parecía

al

catedrático que,

al

hablar así,

su
hermana pensaba más

en

si

misma que

en

él

,

y
no

lainterrumpía.

Sentado

en

el

sillón,

la

escucha
ba con

lacabeza echada atrás y

respirando

el

aire
perfumado.

-Te decía que

la

víspera estuvo

en

casa

de
Olesov

...

Naturalmente,

bebió

...

Y

ya

ves

...

La viuda movió tristemente

la

cabeza.

- Me

he

quedado sola

...

aunque

ya

hace tiem
po

...

,

desde

el

tercer año

de

nuestro matrimonio,

me sentía sola junto a

él

. Ahora me encuentro

en
una situación extraña.

Tengo veintiocho años,

no
he vivido aún

...

;
he

estado,

por decirlo así,

ata
da a

la

persona

demi marido y

de

mis hijos

...

Mis hijos murieron,

y

yo

...

¿qué soy actualmen

14

te? ¿ Qué debo hacer? ¿ Cómo he de vivir?

... Yo
hubiera vendido esta finca y

me hubiese ido

al
extranjero;

pero

el

hermano

de

mi marido me
disputa

la

herencia,

y

quizá tenga

un

pleito con
él

.
No quiero renunciar amis derechos sin

ra

zones legales,

que

no

veo

en

las pretensiones

de
mi

cuñado.

¿

Tú

qué opinas?

-Ya sabes que

no

soy abogado -

dijo

él

son
riendo.

Pero,

sin embargo,

cuéntamelo todo.

Ve

remos

...

Ese señor

...

el

hermano

de

tumarido

...

¿

te

ha escrito?

- Sí,

en

una forma bastante grosera.

Es

un
zascandil,

arruinado,

nada interesante.

Mi mari
do

no

le

quería,

aunque ambos tenían

no

poco

de
común.
- ¡Bueno,

veremos!-dijo Hipólito Sergueievich,
frotándose las manos con satisfacción. Le complacía saber

el motivo

de

lallamada

de
su

hermana.

Lo que

no

era claro,

bien determi
nado,

le

ponía

de

mal humor.

Ante todo,

quería

conservar

el

equilibrio

de

su

alma,

y

si

algo vago
lo

turbaba,

sentía una angustia y

una irritación
que

le

impulsaban a

aclarar

lomás pronto posible
lo

que

no

comprendía,

a

adaptarlo a

su

espíritu
y

a

olvidarlo.
- Hablando francamente -

dijo con lentitud,

sin
mirar a

su

hermano,

Isabel Sergueievna.

Esta
pretensión estúpida me

ha

asustado.

Estoy tan
cansada,

Hipólito!

Quisiera

un

poco

de

reposo

...

y

nuevas inquietudes

...

Exhaló un profundo suspiro,

y,

cogiendo una

15

taza de té, continuó, en un tono melancólico, que irritaba un poco a su hermano:
-Ocho años de vida con un hombre como mi difunto marido creo que dan derecho a la tran quilidad. Otra mujer en mi lugar - con un senti
miento del deber menos desarrollado y menos es
crupuloso hubiera roto hace tiempo tan pesada
cadena, mientras que yo la he arrastrado hasta el

fin

,

encorvada bajo

su

peso.

¿

Y

lamuerte

de
los niños?

...

¡ Ah,Hipólito,

si

tú

supieras cuán do lorosa

ha

sido para mí

su

pérdida!
El

lamiraba con una expresión compasiva;

pero
sus quejas

no

le

conmovían.

Su lenguaje,más pro
pio

de

los libros que

de

quien habla a

impulsos

de
un sentimiento profundo,

no

le

gustaba.

La mira
da

de

los ojos claros

de

su

hermana erraba

de

un
modo extraño,

sin detenerse nunca

en

un

punto.
Sus gestos eran muelles,

prudentes,

y

toda

su
persona daba una sensación

de

frío interior.
Un alegre pajarillo

se

posó

en

la

balaustrada

de

la

terraza,

dió unos cuantos saltitos y

se

fué
volando.

Los dos

le

siguieron con

lamirada y

ca
llaron unos instantes.
- ¿Recibes visitas?

¿Lees algo -preguntó?

el
hermano,

encendiendo

un

cigarrillo y

pensando
que sería muy agradable,

en

aquella deliciosa
tarde,

permanecer

en

aquella terraza,

en

silencio,
en un cómodo sillón,

escuchando

el

suave murmu

llo

de

las frondas y

esperando

la

noche,

que apa
garía todos los ruidos y

encendería las estrellas.
-Varenka viene algunas veces

...

de

cuando

en

16

cuando me visita la señora Banartzeva

...

¿Te
acuerdas

de

ella?

Ludmila Vasilievna

...

tampo
co

se

lleva bien con

sumarido;

pero

...

sabe con
solarse

... Mi difunto marido recibía muchos hom bres;

pero ninguno

de

ellos me inspiraba interés.
A

ninguno

se

le

podía hablar

de

nada serio.

Los
asuntos domésticos,

los escándalos

en

los clubs,

los
últimos chismes,eran los únicos temas

de

sus con

versaciones

...

Sólo uno

...

un

tal Benkovsky,

can
didato

al

puesto

de

juez

...

joven ymuy instruí
do

...

¿No

te

acuerdas

de

lafamilia Benkovsky?

...
Espera,

me parece que viene alguien

...
- ¿Quién?

¿Ese Benkovsky?
Esta pregunta,

no

se

sabe por qué,

hizo reír

a

laviuda,

que

se

levantó y

dijo:

-

; No,

esVarenka!

- Ah!

-Veremos

lo

que

te

parece.Aquí todo han sido victorias para ella.

Pero desde

el

punto

de

vista
espiritual

es

un

verdadero monstruo.

En

fin

,

ya
juzgarás por

ti

mismo.

- No tengo ningún interésdeclaró

él

con tono
indiferente,

repantigándose

en

el

sillón.

- En seguida vuelvo -

dijo Isabel Sergueievna
saliendo.

- ¿Y

si

llega

no

estando

tú

?-preguntó

él

,

in
quieto.

Te

suplico que

no

te

vayas.

Prefiero
irme yo.
- ¡Pero

si

vuelvo

al

instante!-le gritó

su

her

mana,

al

otro lado

de

la

puerta.

El catedrático hizo una mueca

dedisgusto y

17

siguió en su sillón, con los ojos fijos en el par que. Se oían, a cada momento más cercanos, el trote de un caballo y el rodar de un coche.
Ante sus ojos se alzaban, en largas hileras, año
sos tilos, robles y castaños envueltos en las som
bras del anochecer. Sus ramas, retorcidas, se en
trelazaban y formaban en lo alto una bóveda es
pesa de olorosa verdura. Viejos, agrietados, con numerosas ramas tronchadas, parecían miembros de una gran familia viviente, íntimamente uni
da en sus aspiraciones al cielo y a la luz. Pero
sus troncos estaban cubiertos de una espesa capa de musgo, y junto a las raíces de muchos de ellos crecían compactos matorrales, que absorbían su fuerza vital y eran la causa de que no pocas de
sus ramas estuvieran secas y semejasen esque
letos.

Hipólito Sergueievich los miraba y sentía el de
seo de dormirse allí, en el sillón, bajo la respi
ración del viejo parque.
Por entre los troncos y por entre las ramas se veían pedazos rojizos de cielo, y sobre el fondo luminoso del magno incendio vesperal los árboles parecían aún más sombríos y más agostados. A lo largo de la avenida que, partiendo de la terra
za, se hundía en la lejanía obscura, movíanse len
tamente sombras espesas. El silencio, a cada mo mento, era más profundo y sugería ensueños va gos. La imaginación de Hipólito Sergueievich, bajo el encanto de la tarde, perfilaba en las sombras la silueta de cierta conocida suya y veía caminar a VARENKA 2

18

su lado su propia silueta. Ambos se paseaban si
lenciosos, a lo lejos. Ella se apretaba contra él, y él sentía el calor de su cuerpo.
- Buenas tardes!

-dijo de pronto una voz llena
y sonora.
El catedrático se levantó presuroso y miró al rededor, un poco confuso.
Ante él se encontraba una muchacha de media na estatura, vestida de gris y tocada con algo blan co y transparente, como el velo de una novia. Esto fué lo único que vió en el primer momento. Ella le tendió la mano.
- Hipólito Sergueievich, ¿no?

- preguntó- Yo
soy Olesova

...

Sabía que usted llegaba hoy,

y

he
venido para ver cómo

es

usted.

No

he

visto nun
ca

sabios

...

y

no

me figuraba que pudieran ser
así.

La mano

deHipólito Sergueievich era fuertemen
teapretada por una manecita sólida y

caliente.Un
tanto confuso ante aquel ataque brusco e

inespe
rado,

saludaba

en

silencio,

curioso contra

sí mismo
por

su

confusión.

Estaba seguro

de

que,

al

poner
en

ella los ojos,

vería pintada

en

su

semblante

una coquetería vulgar.

Pero

la

miró,

y

vió unos
ojos grandes y

obscuros que,

sonriéndole con sen cillez y

con afecto,

iluminaban

su

lindo rostro.

Re
cordó haber visto

un

rostro parecido,

noble,

de
una sana belleza,

en

un viejo cuadro italiano:

la
misma boquita,

de

apetitosos labios;

la

misma
frente,

comba y

ancha;

los mismos desmesurados ojos.

19

-Con su permiso

...

voy a

decir que nos trai
gan luz,

Tenga usted

la

bondad

de

sentarse -dijo.

-

No

se

moleste usted!

Estoy aquí como

en
mi

casa —

respondió ella,

sentándose

en

el

sillón
que

él

ocupaba.
Hipólito Sergueievich,

en

pie junto a

lamesa,
frente a

ella,

lamiraba

en

silencio y

pensaba que
aquello

no

era correcto y

que debía decirle algo. Pero ella hablaba por los dos,

sin que

sumirada

la

cohibiese poco

ni mucho.

Le

preguntaba cómo había hecho

el

viaje,

si

le

gustaba

el

campo,

si

permanecería mucho tiempo allí.

El

contestaba la

cónicamente,

y

pensamientos vagos cruzaban por
su

cabeza.

Se sentía aturdido como por un gol
pe,

y

en

su

espíritu,

siempre sereno,

ponían una
repentina confusión sentimientos arrebatados y caóticos.

La admiración que

leinspiraba

lamucha
cha luchaba

en

él

con

el

enojo que experimentaba contra

sí mismo,

y

a

la

curiosidad

se

oponía algo
muy parecido

al miedo.
Mientras tanto,

lamuchacha,

bella у

desbordan
te

de

salud,

sentada frente a

él

,

reclinada lángui
damente

en

el

respaldo del sillón,muy ceñido

el
vestido a

su

cuerpo y

dibujando las magníficas for
mas

de

sus hombros,

le

decía,

con

su

voz sonora,

de

notas imperiosas,

cosas baladíes,

de

las que
suelen decirse

en

una primera conversación:

Sus
cabellos castaño obscuro,

bellamente rizados,eran
más claros que sus cejas y

que sus pupilas.

En
su

cuello moreno,

cerca

de

laoreja rosada y

trans
parente,

se

estremecía

la

piel,

acusando

el

rápido

20

curso de la sangre por las venas. Cuando su son risa mostraba la albura de sus dientecillos, se for maba un hoyuelo en el centro de su barbilla. En cada pliegue de su ropa había algo inquietante y tentador. Su nariz, un poquito corva, y sus dien tecillos, que brillaban tras los labios carnosos, tenían un no sé qué de rapaces. Su actitud, de una encantadora sencillez, recordaba la gracia de los gatos mal educados.
Le parecía al catedrático que su ser se había
dividido en dos partes: una, que se entregaba al
influjo de aquella belleza carnal y la admiraba servilmente, y otra, que veía lo que pasaba a la

primera y no tenía poder alguno sobre ella. Hipó lito Sergueievich respondía a las preguntas de la muchacha, y le hacía él otras a su vez, sin fuerzas para apartar los ojos de aquel rostro lleno de atractivo. Había llegado a aplicarle, mental mente, el calificativo de real hembra, y, mental mente también, se burlaba de su entusiasmo; pero su ser permanecía dividido en dos mitades.
Al cabo, su hermana apareció en la terraza.

- Qué pícara es!—exclamóYo buscándola
por ahí, y ella aquí, tan tranquila!
-- Le he dado la vuelta al parque.
- Bueno, ¿ os habéis conocido?

- ¡Vaya! Yo creía que Hipólito Sergueievich se
ría, por lo menos, calvo.

- ¿Quieres té?
-Sí, tomaré una taza.

Hipólito Sergueievich se apartó un poco, y, dete

21

niéndose ante la escalera que conducía al parque, se pasó la mano por la cara y los dedos por los ojos, como si se limpiara el polvo. Le daba ver güenza haberse dejado llevar del entusiasmo, y no tardó en suceder a la vergüenza cierta irritación contra la muchacha. Se decía que toda aquella es cena no había sido sino un asalto cosaco, para con

quistar un novio, y quería demostrarle que le era del

todo indiferente

su

belleza provocativa.
- Dormiré aquí,

yme quedaré mañana todo

el

día

- ledijo

lamuchacha a

Isabel Sergueievna.
— ¿Y

tupadre?

preguntó

laotra con asombro. -Ahora tenemos

en

casa a

la

tía Luchitsky y
le

cuida ella

...

Ya sabes que papá

la

quiere

mucho

...

-
Perdóneme usted dijo secamente Hipólito

Sergueievich,

Estoy muy cansado y

voy a

des
cansar un poco.
Saludo y

salió.

- Debía usted haberlo hecho hace rato!-oyó,
al

irse,

aprobar a

Varenka.
Aunque

en

tal exclamación sólo había buena voluntad,

él

la

reputó hipócrita y

falsa.
Le

habían destinado

la

habitación que servía
de

despacho

al

difunto marido

de

su

hermana.

En
medio,

ante

un

sillón

de

roble,

había

un

pesado y
vulgar escritorio.

Ocupaba casi por entero

la

lon
gitud

de

una pared

un

ancho sofá turco,

y

se

ado
saban a

laotra

un

harmonio y

dos armarios

li

brerías.Algunas butacas tapizadas,

una mesita

de

fumar,

junto

al

sofá,

y

otra,

de

ajedrez,

comple

22

taban el mobiliario. El techo, de escasa elevación, estaba ennegrecido. En las paredes se veían algu
nos grabados y pinturas en vulgares marcos do
rados. Todo era viejo y burdo y despedía un olor desagradable.
Sobre la mesa había una gran lámpara, con pantalla azul, cuya luz se proyectaba en el pavi
mento.

Hipólito Sergueievich se detuvo junto a aquel
círculo luminoso y, sintiendo una vaga angus
tia, miró las dos ventanas de la habitación. Tras ellas, en las sombras del anochecer, se des tacaban las siluetas obscuras de los árboles. Abrió ambas ventanas, y el perfume de los tilos en flor llenó el cuarto; luego, se oyó una risa franca y alegre.
Le habían hecho la cama en el sofá, del que sólo ocupaba un poco más de la mitad. La miró un momento y empezó a quitarse la corbata; pero instantes después empujó, con un movimiento brus co, el sillón hacia la ventana y se sentó, mal en carado.
La angustia vaga que sentía, turbaba su alma y le irritaba. Rara vez estaba descontento de sí mis
mo; pero, cuando lo estaba, su enojo no era muy
intenso ni muy prolongado y sabía dominarlo. Te
nía la convicción de que un hombre debe y pue
de comprender sus propias emociones y desarro llarlas o anularlas a su gusto. Cuando se habla ba en su presencia de la complejidad misteriosa de la vida psíquica del hombre, se sonreía, irónico,

23

se

y calificaba tal complejidad de puramente imagi
naria. Y a la sazón, no podía menos de confesar se contrariado; emociones extrañas agitaban su ccrazón.
Se preguntaba: “ ¿ Es posible que el encuentro
con una muchacha linda y fuerte, probablemente
muy sensual y de no muchas luces, haya ejerci
cido sobre mí tal influencia? ” Y tras un examen
minucioso de sus impresiones de aquel día,
veía forzado a contestar afirmativamente. Sí; así era. Y todo se debía a que su espíritu no estaba
preparado para aquel encuentro, a que estaba
muy cansado, a causa del viaje, y en un estado insólito de propensión a las quimeras, cuando apa reció la' muchacha.
Estas reflexiones le calmaron un poco, y se re
presentó a Varenka en toda su magnífica belleza
impoluta. Con los ojos cerrados y aspirando ner
viosamente el humo de su cigarrillo, la admira
ba. Pero al mismo tiempo hacía mentalmente su crítica.
" Al

fin

y

al

cabo,

es

una mujer vulgar -

pensa
ba— Hay demasiada sangre y

demasiados múscu
los

en

ese cuerpo esbelto,

y

muy poquitos ner
vios.

En

su

rostro cándido no ciega

el

fulgor

de
la

inteligencia,

y

el

orgullo que brilla

en

sus ojos
audaces,

obscuros y

profundos,

no

es

sino

el

de
una joven convencida

de

su

belleza y

halagada
por

la

admiración

de

los hombres.

Mi hermana
dice que consiguió triunfo sobre triunfo

...

Natu
ralmente,

tratará

de

vencerme amí también.

Pero

24

yo he venido a trabajar y no a hacer tonterías. No tardará en comprenderlo ”

...

" Parece que pienso demasiado

en

ella

...

Por

lo
menos,

pienso demasiado para

no

haberla visto

más que una vez ”-se dijo

de

pronto.
Tras

laarboleda

se

elevaba

el

disco enorme,

es
carlata,

de

la

luna.

Sondeaba las tinieblas

como

el

ojo

de

un monstruo,

parido por

la
noche negra.

Llegaban

de

la

aldea ruidos vagos.

Bajo

la

ventana,

en

la

hierba,

se

oía

de

vez

en

cuando

un

leve roce:

probablemente

un

topo

o

un erizo salían a

cazar.

Cantaba un ruiseñor. La luna caminaba lenta cielo arriba,

como

si

tu
viera conciencia

de

lo

fatal

de

su

carrera y

estu
viese atrozmente cansada.

Hipólito Sergueievich tiró por

la

ventana

el

ci
garrillo apagado,

se

levantó,

se

desnudo y

apagó
la

lámpara.

Las tinieblas invadieron

la

estancia.
Los árboles parecieron aproximarse a

las venta
nas para curiosear.

Dos cintas

de

luz lunar,

páli
de todavía,

aparecieron

en

el

suelo.
Los muelles del sofá lanzaron un gemido bajo el

peso del catedrático,

que estiró las piernas,

al

halago

de

la

frescura

de

las sábanas,

y

se

quedó
inmóvil boca arriba.Pronto estuvo medio

do

nido,
y,

al

través

de

su

somnolencia,

oyó unos leves
pasos bajo

la

ventana y

una voz muy queda que decía:

- María

...

i estás ahí?
Ysonriendo,

acabó

de

dormirse.
Por

lamañana

le

despertó

la

viva luz del sol

25

que invadía la estancia. En sus labios se dibujo
una sonrisa provocada por los recuerdos de la tar
de anterior y de la muchacha. Entró en el come
dor a tomar el té, cuidadosamente vestido, serio, grave, como cuadra a un sabio. Pero al ver que sólo su hermana se hallaba sentada a la mesa, exclamó involuntariamente:
- ¿Dónde está

...

?

La sonrisa maligna

de

su

hermana cortó

la

pre

gunta en sus labios.

Calló,

y

se

sentó.

Isabel Ser
gueievna examinó detenidamente

su

traje,

y

si
guió sonriendo,

sin hacer caso

de

sus cejas frun
cidas.

Aquella sonrisa significativa

le

enojó.
-- Se levantó hace mucho rato -le

dijo

la

viu

da-.Hemos estado

ya

en

el

río a

bañarnos.Aho
ra

estará

en

el

jardín y

no

tardará

en

venir.

- No omitas detalle -

dijo

él

,

sonriendom.

Te
agradeceré mucho que mandes abrir

mi

equi
paje.
- ¿Y sacar las cosas?

- No;

eso,

no.

Lo

haré

yo

mismo;

de

lo

con

trario,

me

lo

desarreglarán todo.

Te

he

traído
bombones y

libros.
-Gracias.

Eres muy amable.

Aquí está Va
renka!

La muchacha apareció

en

el

umbral

de

la

puer
ta

,

vestida con una ligera bata blanca,

cuyos plie
gues

le

caían desde los hombros hasta los pies. Aquella bata

le

daba un aspecto infantil. Parada

en

lapuerta,

preguntó:
-¿Me han esperado ustedes?

26

Y sin ruido, como una nube blanca, se acercó a la mesa.

Hipólito Sergueievich la saludó en silencio. Al estrechar su mano, notó un suave olor a violetas. -; Qué perfumada estás!-exclamó Isabel Ser gueievna.
- No más que de costumbre. ¿ Le gustan a us
ted los perfumes, Hipólito Sergueievich? A mí me vuelven loca. Cuando hay violetas, las cojo todas las mañanas, después de bañarme, y las estru jo entre mis manos. Aprendí a hacer eso en el colegio

...

¿

Le

gustan a

usted las violetas? El

catedrático bebía

té

y
no

la

miraba;

pero

sentía fija

en

él

lamirada

de

lamuchacha.

- Si

he

de

serle a

usted franco,

no

he

pensado

nunca

si me gustan o

no—-dijo secamente,

enco

giéndose

de

hombros.

Pero

lamiró y

no

pudo con
tener una sonrisa, Sobre

la

blancura

de

nieve

de

la

bata,

resalta
ba

la

sonrosada belleza

de

su

rostro,

en

el

que

los ojos reflejaban una alegría serena.

De todo

su

ser

se

desprendía

un

no

sé

qué

de

salud,

de

fres

cura,

de

inconsciente felicidad.

Estaba hermosa, como un claro día

demayo

en

el Norte.

- ¿No

lo

hapensado usted?-exclamón.

¿Cómo
es

eso?

¿No

se

dedica usted a

labotánica?
-;

Sí

;

pero

no

cultivo las flores -replicó!

el
lacónicamente.
Luego,

al

pensar que quizá

su

respuesta

hu
biera sido algo brutal,

bajó los ojos.

- ¿Y

no

es

lomismo

la

botánica que

el

culti

27

vo de las flores?

- preguntó ella, tras un corto si
lencio.

La viuda prorrumpió en sonoras carcajadas. Su hermano, enojado, se dijo mentalmente, pensando en la muchacha:
“Sí; es poco inteligente.”
Sin embargo, al explicarle la diferencia entre
la botánica y la floricultura, suavizó el veredicto:
no era tonta, sino ignorante. Escuchando su ex
plicación, grave y luminosa, le miraba con ojos de discípula atenta, y eso le halagaba.
- S1- dijo Varenka- ¡ Ya lo comprendo! ¿ Y
dice usted que es interesante la botánica? -¿Cómo explicárselo a usted? Hay que con siderar las ciencias desde el punto de vista de su utilidad-.contestó el catedrático suspirando.
“ Decididamente - pensó—, no tiene el espíritu
cultivado, lo cual es lamentable en una muchacha
tan linda.”
Ella, pensativa, dando golpecitos con la cucha rilla en el borde de la taza, le preguntó:

- ¿Y qué utilidad puede haber en saber, por
ejemplo, cómo crece la hierba?

- La misma que hay en conocer los fenómenos
de la vida humana.

- El hombre y

...

la

hierba!--

sonrió

lamucha
cha—.

¿Acaso todos los hombres viven del mis

mo modo? El se

asombraba

de

que no

le

cansase conver

sación tan baladí.
- ¿Como y

bebo

yo

como los "mujiks ”

?

-

con

.

28

tinuó ella gravemente, juntando las cejas—. ¿ Vi. ven como yo muchos hombres?

- ¿Y cómo vive usted?—preguntó Hipólito Ser
gueievich, esperando que la pregunta cambiaría el tema de la conversación.

- ¿Que cómo vivo yo?-exclamó la mucha
cha- Muy bien!
Y cerró voluptuosamente los ojos.
- Me levanto muy tempranito, y si hace buen
día, me pongo contentísima. Como si me hubie ran regalado algc muy lindo y muy valioso con que yo soñase hacía tiempo

...

Luego,

corro a

ba
ñarme.

El

fondo

de

nuestro río está lleno

de

fuen
tes frías.

El

agua está casi helada y

parece que
pincha

en

todo

el

cuerpo.

En los sitios muy hon dos me tiro

de

cabeza desde

la

ribera.

¡ Paf!

Se
siente

en

todo

el

cuerpo como una quemadura

...
Parece que

se

tira una a

un

abismo,

y

la

ca
beza

le

da

vueltas.

Luego,

sale una a

la

superfi
cie y

ve

el

sol,

que

lamira riendo.

Después del
baño vuelvo a

casa,

a

través del bosque,

cogiendo
flores,

respirando hasta

laembriaguez

el aire cam
pestre.

En casa me espera

el

té.

¡ Lo tomo ante
un gran haz

de

flores

...

y

ante

el

sol,

que me mira!

¡
Si

supiera usted cómo amo

el

sol!

Después

co
mienza

el

día

de

trabajo,

de

preocupaciones

do
mésticas

...

En casa todos me quieren,

me com

prenden yme obedecen,

y
todo

va

como una seda
hasta

el

anochecer.

Puesto

el

sol,

salen

la

luna
y
las estrellas

...

¡ Todo esto

es

tan hermoso y
siempre tan nuevo!

...

¿Comprende usted?

No

sé

>

29

explicarle a usted lo bella que es la vida; pero
quizá usted no necesite que yo se lo explique, ¿ ver

dad?

...

Usted comprenderá

lo

hermoso,

lo

intere
sante que

es

vivir

...

- ¡Claro!--respondió

el

catedrático,

que

de

bue
na

gana hubiera borrado con

lamano

la

sonrisa

ana e

irónica del rostro fraterno.
Miró aVarenka,

y

no

pudo menos

de

admirarla,
toda estremecida por

el

ansia

de

trasmitirle

su
desbordante alegría

de

vivir.

- ¿Y

el

invierno?

¿Le gusta a

usted

el

invier
no

?

Es

blanco,

sano,

excitante,

acuciante

...

Un

campanillazo brusco

la

interrumpió.

Isabel
Sergueievna llamaba a

la

doncella.

Cuando acu

dió,

presurosa,

una muchacha alta,

guapota,

de
ojos picarescos,

le

ordenó con acento cansado:

-
Quite usted

lamesa,

Macha!
Y

empezó a

ir

y

venir,

con aire preocupado,

a

través de

la

estancia.
Esto enfrió algo a

Varenka,

que alzó los hom bros,

como

si

quisiera librarse

de

un

peso,

y,

ligeramente confusa,

preguntó a

Hipólito Ser.
gueievich:
- ¿No

le

aburro a

usted con mi charla?
- ¡Vamos!

¿ Cómo puede usted decir eso?-pro
testó

él.
— ¿De veras que no?

¿No

le

he

parecido a
usted tonta?-insistió

la

muchacha.

- ¿Pero por qué?-exclamó

el

catedrático,
asombrado

él

mismo de su acento caluroso y sincero.

30

- Soy salvaje

...

poco instruída - se

excusó
ella—.

Pero me alegro mucho

de

hablar con us
ted

...

porque

es

usted un sabio

...

y

no

como

yo

me

lo

había imaginado.

- ¿Y cómo me había imaginado usted?
-Yo creía que

no

hablaría usted sino

de

co

sas

...muy sabias:

por qué y

cómo,

éste

es

tonto,

aquél debe ser así,

todos son estúpidos,

yo

sólo
soy inteligente,

etc.

El

otro día llegó a

casa

un
compañero

de

papá

...

coronel,

como papá,

y

sabio,
como usted

...

Pero era

un

sabio miiltar

...

¿

cómo
se

llama eso?

...

de

Estado Mayor,

vamos

...

¡ Era
tan orgulloso!

...

Estoy segura

de

que

no

sabía

palabra

de

nada y

se

las echaba

de

sabio

...

- ¿Me imaginaba usted así,

pues?-preguntó
Hipólito Sergueievich.
Ella

se

turbó,

se

ruborizó y,

levantándose brus
camente,

echó a

correr como una niña por

la

es
tancia,

diciendo con voz alterada:

-;Dios mío!

¿ Cómo puede usted pensar eso?

...
¿Me cree usted capaz?

...

—;Oíd,

niños!-dijo sonriéndoles Isabel Ser
gueievna—.

Voy a

dar órdenes

...

y

os

dejo bajo

la

protección

de

Dios.
Y

se

alejó,

riendo,

acompañada del fru -

fru

de
las sayas.
Su hermano

la

siguió con una mirada llena

de
reproche,

y

se

propuso afearle

sumodo

de

tratar

a

aquella muchacha,

acaso falta

de

instrucción,
pero,

al

fin

, muy simpática.

- ¡Tengo una idea!-exclamó Varenka

de

pron

31

tom. ¿ Quiere usted que demos un paseo en bote? Llegaremos hasta el bosque, nos pasearemos un rato a pie y volveremos a la hora de almorzar

...

¿

Le

gusta?

Estoy tan contenta

de

que haga buen
día

...

y

de

no

estar

en

casa

...

Papá tiene otro

acceso

de

gota,

y

yo me vería obligada a

cuidar
le.

¡

Y

es

muy caprichoso,

cuando está enfermo! Asombrado

de

aquel franco egoísmo,

él

no
aceptó

en

seguida

la

proposición,

y

cuando,

por
fin

,

contestó,

“

sí

”

,

se

acordó

de

su

decisión

de
mantenerse a

distancia de

lamuchacha.

“ Hasta ahora - sedijo—,

no

da

el menor motivo
para sospechar que pretenda conseguir

un

triun
fo

sobre mi corazón.

En sus palabras podrá

ha
ber todo

lo

que

se

quiera,menos coquetería.

Ade
más,

¿ por qué

no

pasar

un

ratito

en

compañía
de

una muchacha a

todas luces

...

original?
- ¿Usted sabe remar?

¿Mal,

eh

?

No importa,
remaré

yo:

iyo soy fuerte!

Y

el

bote

esmuy

li
gero.

¡ Vamos!
Salieron a

la

terraza,

y

de

allí bajaron

al

par
que.

Junto a

él

,

alto y

delgado,

ella parecía aún

más pequeña ymás gordita. El le

ofreció

el

brazo;

pero ella

no

aceptó.
- ¿Para qué?

Hay más libertad

en

los movi
mientos

no

yendo del brazo.

Además,

es

bueno
cansarse,

El joven sabio sonreía,mirándola

al

través

de
sus lentes,

y

procuraba que sus pasos coincidie
sen con los

de

ella,

lo

que

le

placía.

El

andar

de
Varenka era ligero y

grácil;

su

bata blanca flo

32

taba en torno de su talle, sin que los pliegues se
moviesen. Una de sus manos sostenía una som

brilla, la otra accionaba con gentil soltura, mien tras la muchacha elogiaba los alrededores de la aldea. Seguía él atentamente con la mirada los mo
vimientos de aquella mano y de aquel brazo, des
nudo hasta el codo, fuertes y tostados, cubiertos

de una leve pelusilla dorada. Y de nuevo se des pertaba en las profundidades obscuras de su alma
una inquietud vaga ante no sabía qué. Luchando
contra aquel sentimiento, se preguntaba qué fuer
za le impelía hacia la muchacha. Y a tal pre
gunta respondía: la curiosidad, el deseo puro y sereno de admirar su belleza.

- ¡Ahí tiene usted el río! Vaya y siéntese en
el bote; yo voy por los remos.

Y Varenka desapareció entre los árboles, antes
de que él pudiera preguntarle dónde estaban.
En el agua fría e inmóvil se reflejaban, boca abajo, los árboles. El catedrático se sentó en el
bote y se absorbió en su contemplación. Aquellos
espectros eran más bellos que los árboles reales
que tendían en la ribera sus ramas retorcidas por
encima del agua. Al reflejarse se ennoblecían,
se borraba de ellos toda fealdad, se creaba en el
agua una armoniosa fantasía, sobre un fondo de
realidad vieja, ruinosa.
Admirando aquel cuadro fantástico, en medio de la calma de la mañana y al resplandor del sol, que no quemaba aún, respirando, a la vez que el aire, el canto de las alondras,

llenas de alegría

33

de vivir, Hipólito Sergueievich experimentaba un

sentimiento completamente nuevo para él, un sen timiento dulce y acariciador de reposo, que ha lagaba, lánguido, el alma con su tendencia tur

badora a comprenderlo todo y a explicarlo todo.

Una paz profunda reinaba alrededor, ni una sola hoja se agitaba en los árboles, y en aquella quietud se efectuaba la silenciosa creación de la
naturaleza, seguía su callado curso la vida, siem pre combatida por la muerte, pero invencible, y

trabajaba sin ruido la muerte, atacándolo todo,
pero sin triunfar nunca. El cielo azul brillaba con
una belleza divina.

Sobre aquel fondo de hermosura, apareció, en el agua, una linda muchacha blanca, que sonreía
dulcemente. Estaba allí, con los remos en las ma
nos, cual invitando a un viaje de ensueño, muda,
resplandeciente, como reflejada por el cielo.

El sabía que era Varenka que salía del bosque

y veía que le miraba; pero no se atrevía a turbar aquel encanto con una palabra o con un movi miento.
-¿Es usted soñador!-exclamó,

asombrada,
muchacha la.

Entonces él apartó, con dolor,

los ojos del agua y miró a Varenka, que bajaba lentamente hacia la orilla por una senda accidentada del jardín. El dolor que experimentaba, al volver a la rea lidad, desapareció al punto, pues la muchacha, en realidad, era bellísima.
- Nunca le hubiera creído a usted capaz de VARENKA 3

34

soñar! Es usted tan grave, tan severo

...

Usted

se
encargará del timón,

¿verdad?

Iremos contra

la

corriente.

Río arriba

el

paisaje

es

más bonito

...
Además,

es

siempre más interesante

ir

contra

la
corriente;

se

mueve uno más,

hace esfuerzos,

tiene una sensación más intensa de

la

vida.

El

bote,

en

el

agua,

empezó a

balancearse con suavidad;

pero una enérgica remada

lo

puso

en
seguida paralelo a

la

orilla,

y

un

segundo impul
so

lo

hizo avanzar rápidamente.
- No nos apartaremos mucho

de

la

orilla mon
tañosa,

y

así estaremos a

la

sombra -

dijo ella,
remando con impetu—

Lo

que ocurre aquí

es
que

la

corriente

es

flojita

...

No

es

como

la

del
Dnietre

...

La tía Luchitsky tiene una finca a

ori
llas del Dnietre,

y

yo

me

he

paseado por allí

mucho

en

bote.

¡ Qué corriente,Dios mío!

¡ Es

te
rrible!

Le arranca a

usted los remos de las ma

nos

...

¿No ha visto usted nunca

laparte del Dnie
tre

en

que interceptan

el

río montones

de

pie
dras enormes.
- No.
-Yo atravesé una vez en bote ese terrible

si
tio.

¡ Ah,

qué gracia tuvo!

El

bote estuvo a

pun

to

de

estrellarse

...

y

yo estuve a

punto

de

allo
garme

...

- ¡No

le

veo

la

gracia!-dijo gravemente Hipó
lito Sergueievich.

-Yo no

le

temo a

la

muerte

...

aunque amo
mucho

la

vida.

Acaso

el

otro mundo sea tan

in

teresante como éste.

35

Acaso allí no exista nada - dijo él, dirigien
do a la muchacha una mirada curiosa.

- ¿Cómo!-exclamó ella con convicción. Allí
también hay algo.
Estaba sentada frente al joven sabio, con los piececitos apoyados en una barra de madera

cla
vada en

el

fondo del bote.

A

cada remada

se

echaba un poco atrás y,

bajo

la

ligera tela

de

la
bata,

se

dibujaba distintamente

su

pecho alto,

er
guido,

trémulo,

después

de

cada esfuerzo.
“ No lleva corsé "

.

' --se dijo,

bajando los ojos,Hi
pólito Sergueievich.

Pero

al

bajar los ojos

se

fijó
en

las piernas

de

Varenka,

que apoyados

los
pies

en

la

barra del fondo del bote dejaba ver
sus contornos hasta las rodillas.

“

;

Se

diría que

se

ha puesto adrede esa bata estúpida!”

—pensó,

irritado,

alzando

la

vista a

la

montuosa ribera. El

parque

se

había quedado atrás,

y

el

bote

se
deslizaba junto a

una pendiente muy pina,

en

la
que

se

veían rizados tallos

de

guisantes,

anchas
hojas aterciopeladas

de

melón y

grandes discos
amarillos

de

girasol,

que

semiraban

en

el

agua.

La

otra orilla,

baja,

llana,

se

extendía hacia los muros verdes del bosque,

tapizada

de

espesa hier
ba,

entre

la

que crecían flores azules,

semejantes

a

ojos

de

niño que mirasen

al

bote.

No mucho
más allá,

el

río penetraba

en

el

bosque verde y
umbrío,

como una hoja

de

acero.

- ¿No tiene usted calor?-preguntó Varenka. El lamiró confuso;enla

frente

de

lamucha

10

36

cha, bajo la corona de cabellos rizosos, brillaban gotas de sudor, y su pecho subía y bajaba anhe
losamente.

-; Perdóneme usted! -- exclamó con acento con trito—. Admirando la naturaleza, no he pensa do

...

Debe usted de estar atrozmente cansada

...

Tenga

la

bondad

de

darme los remos.

-;No,

no!

¿Cree usted que estoy cansada?

Eso
es

hasta ofensivo para mí.

Ni

siquiera hemos
hecho dos verstas

...

No,

no,

siga usted

en

su

si
tio

...

No tardaremos

en

amarrar y

entrar

en

el

bosque.
La expresión del rostro

de

Varenka

le

dió a
entender bien a

las claras

al

catedrático que era inútil discutir.

Encogiéndose

de

hombros con eno
jo,

calló ypensó,

irritado:
“ Sin duda,me cree demasiado débil.

"

- Mire usted

el

camino de nuestra finca - le

in

dicó ella,

señalando con

lacabeza.
- De aquí a

casa hay catorce verstas.

En casa
se

está muy bien,

mejor que

en

vuestra Polka
novka.

- ¿El invierno también

lo

pasa usted aquí?
— preguntó

él

.

-;Claro!

Yo

lo

dirijo todo

...

Papá

no

puede

ni
siquiera levantarse

de

su

sillón

...

Le pasean por
las habitaciones

...

- Debe usted

deaburrirse atrozmente.
- ¿Por qué?

Tengo muchísimo que hacer,

y

no

tengo para ayudarme más que

al

viejo Nikon

...

un antiguo soldado,

el

ordenanza

de

papá.

Es de

37

mucha edad, y bebe también; pero es muy fuerte

y muy trabajador. Los "mujiks” tiemblan ante
él. Les pega. Un día los “mujiks ”, a su vez, le
pegaron a él

...

y

de

firme.

Nikon

es

en

extremo
honrado y

un

verdadero perro para papá y

para
mí.

Le

quiero mucho.

Usted quizás haya leído
una novela cuyo héroe

es

un oficial,

el

conde Luis
Grammont.

Este oficial tiene un ordenanza que

se
llama Sadi -Koko.

- No he leído esocontestó modestamente

el
joven sabio.

- Es lástima.

Léala usted,

es

una bonita no
vela -

recomendó Varenka,

con tono

de

suficien
cia—.

Cuando estoy contenta

de

Nikon,

le

llamo

Sadi -Koko.Al principio

le

daba mucha rabia;

pero
yo

le

leí

la

novela,

y

ahora sabe que

es

una cosa

muy halagüeña parecerse a

Sadi -Koko.
Hipólito Sergueievich

la

examinaba

de

igual

modo que

un

europeo examina una estatuilla chi na,

muy fina,

pero absurda,

con una mezcla

de
curiosidad,

asombro ypena. Ella seguía refiriéndole con ardor las hazañas de

Sadi -Koko,

lleno

de

abnegación heroica para
con

el

conde Luis Grammont.
- Perdón,

Varenka Olesova -le

interrumpió
él- ¿

Ylas novelas

de

los autores rusos,

las ha
leído usted?

-Oh,

sí

!

Pero

no

me gustan.

Son tan abu
rridas!

Hablan siempre

de

cosas que

ya

conoz

co

yo.

Los que las escriben

no

saben imaginar
nada interesante.

Casi todo

lo

que dicen

es

verdad.

38

- ¿ Pero usted no ama la verdad?

- preguntó
el joven sabio con voz acariciante.
- ¡No he de amarla! Se la digo a todo el mun
do, sin morderme la lengua

...

La inuchacha

se

interrumpió,

y,

tras una corta
reflexión,

dijo:

- No comprendo como puede gustarle a

nadie

eso.Como estoy tan acostumbrada

...

Ysin esperar

larespuesta,ordena con voz firme
y

breve:

- ¡A

la

derecha

...

pronto!

¡ Hacia aquel roble!
¡ Dios mío,

qué torpe

es

usted!
El

bote

no

obedecía a

Hipólito Sergueievich,

y

se

dirigía hacia

la

orilla

no

de

proa,

sino

de

lado,

apesar

de

todos sus esfuerzos.
--- No importa --le

tranquilizó ella.
Y,

de

pronto,

se

levantó y

saltó a

tierra.
Lanzó

el

catedrático un grito

de

espanto y,

sol
tando

el

timón,

tendió las manos como para con tenerla;

pero ella estaba

ya

en

la

orilla,

sana y
salva,

con

laamarra en

lamano.

�

Le

he

asustado a

usted?—preguntó con tono contrito.
- He temido que

se

cayera usted

al

agua --con
testó

él

dulcemente.

-

No hay cuidado!

Además,

el

agua

es

aquí
poco profunda —explicó Varenka,

tirando del

bote. El

seguía sin desembarcar,

y
pensaba que tal
operación

le

correspondía a

él

ejecutarla.

- i Mire usted qué hermoso bosque -le!

dijo

39

ella cuando saltó a tierra por fin y estuvo a su lado. Es precioso, ¿ verdad? ¿ Allá en Petrogram do no hay bosques parecidos?
Ante ellos se abría un estrecho camino bordea do de árboles diversos. A sus pies se veían grue
sas raíces aplastadas por las ruedas de los carros.
Sobre sus cabezas, las ramas de los árboles for maban una espesa bóveda, sobre la que azulea
ban pedazos de cielo. Los rayos del sol, como
cuerdas de un instrumento musical, vibraban en
el aire, atravesando oblicuamente el verde corre

dor. La atmósfera olía a hojas podridas, a hongos y a abedul. Se oían en la solemne calma del

bosque el vuelo y el canto de los pájaros. Una
picaza picaba en la corteza de un árbol. Una abeja
zumbaba. Precediéndolos, y como indicándoles el
camino, volaban dos mariposas, persiguiéndose la
una a la otra.

Marchaban lentamente, Hipólito Sergueievich, silencioso; Varenka, diciéndole con exaltación:

- No me gusta leer nada de los "mujiks ”. ¿ Qué
puede haber de interesante en su vida? Los co
nozco, vivo en su contacto y veo que cuanto se
escribe acerca de ellos es falso. Se los describe como seres dignos de lástima, desgraciados, cuan do, en realidad, son gente vil, que no merece com pasión. Sólo piensan en engañarle a usted, en ro

barle. Y siempre están mendigando, lloriqueando, los

asquerosos.

Son zorros,

taimados

...

¡
Si

supie
rausted cómo me desesperan aveces!
Su exaltación subía,

de punto,

y

en

su

faz

se

40

pintaba la cólera. Se veía que los “mujiks ” eran algo en estrecha relación con su vida, y que al hablar de ellos no podía ocultar su odio. Asom
brado de aquella indignación, y sin gana de oír
aquellas manifestaciones de odio señorial, el joven
sabio la interrumpió:

- ¿No había empezado usted hablando de los
escritores franceses?

- ¡Ah, sí! ¡Es decir, de los escritores rusos! -- rectificó ella, calmándose--. Usted pregunta por qué

los

novelistas rusos son inferiores,

¿

no

?

Es
muy sencillo:

no

saben imaginar cosas interesan
tes.

Los héroes

de

las novelas francesas son ver daderos héroes,

que hablan y

obran

de

un modo
distinto que los demás hombres.

Son siempre bra vos,mientras que los héroes

de

nuestras novelas
son hombrecillos sin bravura,

sin sentimientos he roicos,

lamayoría sin belleza,

grises,

hombres,

en

fin

,

como

se

encuentran

en

todas partes.No acier
to

a

comprender por qué los autores escogen esos héroes.

El

héroe ruso

es

estúpido,

pesado,

está
siempre

demal humor y

pensando cosas extrañas.
Se apiada

de

todos,

cuando

es

él

el

digno

de

pie

dad.

Medita,

divaga,

hace insípidas declaraciones
dė

amor,

y

sigue meditando para decidirse a

pe
dir

lamano

de

su

novia

...

y,

después

de

casado,
le

dice una porción

de

tonterías a

sumujer y

la
abandona.

Amí rada

de

esto me parece interesan
te.

A

veces,

me enfurezco con

el

autor,

porque
me engaña:

en

lugar

de

un héroe,

ccloca

en

su
novela

unespantapájaros.

Ynunca,

al

leer

unlibro

41

ruso, se puede olvidar la vida real. ¡Es un abu rrimiento! Con las novelas francesas sucede todo lo contrario: tiembla una por el héroe, se apiada de sus desventuras, se llena de emoción cuando se bate en duelo, llora cuando perece. Espera una
con impaciencia apasionada el final de la novela
y, cuando llega, se duele de que todo haya ter minado. Leyendo las novelas francesas tiene una los nervios en tensión, y, en cambio, no se explica ni siquiera que exista la gente de que hablan las novelas rusas. ¿ Para qué escribir libros si no se es capaz de decir nada extraordinario? ¡Tiene mu cha gracia!
- Se podían hacer muchas objeciones a eso,
Varvara Vasilievna! — dijo él, interrumpiendo
aquel torrente de palabras.
- Hágalas usted!-le autorizó Varenka, con
una sonrisa— Estoy segura de que me vencerá
usted en toda la línea.

-Al menos, lo procuraré. Por de pronto, ¿ qué
autores rusos ha leído usted?
- Varios

...

Además,

se

parecen todos.

Salias,
por ejemplo,

imita a

los franceses,

pero sin éxi
to.

Sus héroes son rusos,

y

es

imposible escribir

acerca

de

los rusos cosas interesantes.

He leído
también a

Turguenef,

a

Markevich,

a

Pazujin.
Pazujin!

No

se

puede escribir nada interesante llamándose así.

¿No

lo

ha leído usted?

¿

Yha leí
do usted a

Ponson

du

Terrail,

a

Fortunato

de
Boigolay,

aArsenio Houssaye,

a

Pedro Zaconne,

a

Dumas,

a

Gaboriau,

a

Borne?

¡ Dios mío,qué pre

42

.

ciosidad! Y, ¿ sabe usted?, io que me gusta más
en sus novelas son los criminales, que traman con
tanto ingenio maquinaciones, que asesinan, que

envenenan

...

Son inteligentes,

son fuertes,

ycuan
do,

por

fin,

los detienen,

yo

me pongo furiosa, casi lloro.

¡

Todo

el

mundo los odia,

todos están
contra ellos,

y

ellos solos

se

alzan contra todos!
¡ Eso son héroes!

Los otros personajes,

los vir

tuosos,

se

hacen abominables cuando logran ven cerlos.

En general,

los hombres me agradan mien
tras aspiran a

algo,

mientras luchan,

mientras
sufren;

pero una vez que consiguen

su

objeto y
se

detienen,

pierden para mí todo interés,

se

vuel
ven insípidos,

triviales

...

Animada y

visiblemente orgullosa

de

lo

que aca
haba

de

decir,

lamuchacha andaba lentamente jun
to

al

catedrático,

con

la

cabeza graciosamente

er

guida y

los ojos brillantes.
El

lamiraba fijamente y,

tirándose

de

la

perilla
con mano nerviosa,buscaba argumentos capaces

de

arrancar

de

un

golpe

el

velo grosero

de

polvo que
cubría

su

espíritu.

Pero,

aunque

se

juzgaba

en
la

obligación

de

contestarle,

le

dolía dejar

de

es
cuchar

su

parloteo ingenuo y

un poco banal,

de
jar

de

ver

el

entusiasmo con que abría

su

alma
ante

él

.

Nunca había oído palabras semejantes,

y

las consideraba monstruosas,condenables;pero,

al

mismo tiempo,

le

parecían por completo acordes
con aquella belleza

un

poco rapaz.

Contemplaba
ante

sí

un

espíritu mal cultivado,

que

le

chocaba
por

su

violencia,

una mujer encantadora que irri

43

taba su sensualidad. Ura y otra fuerza ejercían sobre él una gran influencia, y quería oponer algo a ellas para evitar que le apartasen del curso ha

bitual de sus ideas y alterasen el equilibrio men tal

que

le

había permitido hasta entonces vivir
en

calma.

Poseía una lógica muy clara,

ydiscutía lumino
samente con las personas

de

su

nivel intelectual.
¿ Pero cómo discutir con Varenka?

¿Qué decir

le

para poner

su

espíritu

en

el

camino recto,

para
ennoblecer

su

alma deformada por lecturas estú
pidas y

por

la

convivencia con los campesinos,

el
soldado Nikon y

el

padre borracho?
- Dios mío,

qué habladora estoy hoy -excla!
mó ella suspirando-.

Estoy aburriéndole a

usted,
¿verdad?

- No,

pero

...

— Porque,mire usted,me alegro mucho

de

que
haya usted venido;

hasta ahora

no

tenía nadie con
quien hablar un poco.

Su hermana

de

usted

sé

que

nome quiere y

está incomodada conmigo

...

pro
bablemente porque

le

doy "vodka "

a

papá y

por

que

lepegué un día aNikon

...

- ¿Usted?

¿Usted

le

pegó?

¿Cómo

eso

?

—exclamó con asombro Hipólito rgueie
vich.

- Muy sencillo:

le

di

una buena tunda con

el

" nagaika ”

de

papá

...

¡ Figúrese usted que

en

ple
no

trabajo del campo,

cuando los minutos son pre ciosos,

se

emborrachó!

¡ Dios mío,

que furiosa me
puse!

¿

Estaba bien que

se

emborrachase

en

las

es

44

horas de más actividad, cuando era necesario que

vigilase el trabajo? Porque esos "mujiks ”, si no se les vigila

...

—Vamos,

Varvara Vasilievna!-dijo

él

con

acento persuasivo,

esforzándose

en

hablar

de

un

modo suave- ¿Está bien pegar a

un criado?
¿Es eso generoso?

¿Acaso los héroes

de

las

no

velas que usted admira les pegan a

sus leales

...

Sadi -Koko?

- Claro que

sí

!

¡

Y

de

firme!

El

conde Luis

le
administró una vez a

Koko un bofetón tan formi
dable,

que me dió lástima del pobre soldado

...

Ade
más,

no

hay más remedio que pegarles;

es

la
única manera

de

hacerse respetar

de

esa gente.
Por fortuna,

yo

no

soy manca.

¡ Mire usted mis
músculos!
Varenka,

doblando

el

brazo por

el

codo,

se

lo
tendió,muy orgullosa,

a Hipólito Sergreievich.

El
se

lo

oprimió fuertemente con

lamano,

un

poco
por encima

de

la

articulación;

pero aun

no

había
acabado

de

hacerlo,

cuando,

lleno

de

confusión,
ruborizado,

miró alrededor,

donde sólo vió

ár
boles.
Por

lo

común,

no

era tímido

en

demasía con las

mujeres;

pero

la

sencillez y

la

confianza

de

aqué
lla

le

tornaban tímido

en

extremo,

aunque

lamu
chacha no dejaba

de

despertar

en

él

cierta sen
sualidad.

- Sí,

tiene usted una hermosa salud —dijo!

,

mirando fija y

pensativamente

sumanecita tos

tada—.

Ycreo que tiene usted también un hermo

45

so corazón —añadió de un modo inesperado hasta
para él mismo.
-;No sé!—replicó ella meneando la cabeza—. Creo que lo que me ocurre es que carezco de energía. A veces tengo lástima aun de la gente a quien no quiero.
- ¿A veces?—sonrió élm. ¿ No es siempre, por
ventura, digna de compasión?
- ¿Por qué?

-dijo Varenka, también sonriendo.
- ¿ Acaso no se da usted cuenta de que es des graciada? ¡Los "mujiks ”

, por ejemplo, arrastran

una vida tan triste, soportan tantas injusticias,
tantos dolores!...
Había tal calor y

tal sinceridad

en

el

acento

deHipólito Sergueievich,

que

lamuchacha

lemiró
con fijeza y

dijo:
- Debe usted

de

tener muy buen corazón,

cuan

do

habla así.

Pero,

seguramente,

no

conoce a

los
" mujiks ”

,
no

ha vivido nunca

en

el

campo.

Son
desgraciados,

esverdad;

pero ¿quién tiene

lacul
pa

?

Son unos zorros,nadie les impide ser felices

...

- Sí;

pero

...

ni

siquiera tienen bastante pan para matar

el hambre.

- No

es

extraño:

ison tan numerosos!

- Sí;

pero

no

debe faltarles tierra,

habiendo
tanta

...

Algunos señores poseen miles ymiles

de
hectáreas.

Usted,

por ejemplo,

¿

cuánta tierra
tiene?
- Seiscientas hectáreas

... Bueno,

¿qué?

Creo que
no

querrá usted que las repartamos entre los cam. pesinos.

46

Varenka miraba al catedrático como una perso
na mayor mira a un niño, y reía suavemente, turbándole, irritándole. El ardía en deseos de pro barle que sus argumentos eran erróneos. Lentamente, casi deletreando las palabras, em pezó a hablarle de la repartición inicua de las riquezas, de la situación triste de la mayoría del pueblo, de la lucha terrible por la existencia y por un pedazo de pan, del poder de los ricos y
de la impotencia de los pobres, de la inteligen
cia, conductora de la vida, convertida en esclava
de la injusticia secular y de los prejuicios, sólo útiles a la minoría de los poderosos.
Avanzando a su lado, ella le miraba silencio
sa, con curiosidad y extrañeza.
En torno de ambos reinaba el silencio umbro so del bosque, ese silencio sobre el que resbalan los sonidos sin turbar su armonía melancólica. Las hojas de los árboles se agitaban nerviosa mente, como en expectación ansiosa de algo desea
do con pasión.

- El deber de todo hombre honrado - decía, con
acento de convicción Hipólito Sergueievich
consagrar toda su inteligencia y todo su corazón
a la lucha por la emancipación de los oprimidos,
a la defensa de su derecho a la vida, esforzándo
se en disminuir las asperezas de la lucha o en ace
lerar su progreso. ¡En eso debe consistir el he roísmo! En tal lucha debe usted buscarlo. Fue ra de ella, el heroísmo no existe. Sólo sus héroes merecen que se les admire y que se les imite

...

,

-es

47

y usted, Varvara Vasilievna, debe fijar su aten ción precisamente en eso, consagrar sus fuerzas
a tal lucha, buscar en ella héroes

...

Creo que

podría usted llegar a

ser un campeón femenino
de

la

justicia hiperestoica.

Pero ante todo

es

ne
cesario que lea usted mucho,

que aprenda a

com

prender

la

vida

en

su

atido natural,

no defor

mada por fantasías estúpidas

...

Hay que echar

al

fuego todas esas necias novelas

...

Calló,

y,

cansado por

su

largo discurso,

se

en

jugó

el

sudor

de

la

frente y

esperó

la

respuesta.
Varenka miraba a

los lejos,

con las pupilas
contraídas,

y

vagas sombras pasaban por

su

ros
tro.

Tras un silencio que duró unos cuantos mi

' autos,

exclamó,

con voz suave:

-
; Qué bien habla usted!

¿Saben todos hablar de

esa manera

en

laUniversidad?
El

catedrático lanzó un suspiro

de

desespera
ción;

mientras '

esperaba

su

respuesta,

se

había
ido llenando de sorda irritación contra

lamucha
cha y

de

lástima

de

sí mismo.

¿Cómo

no

podía
aquella criatura comprender unas cosas tan cia ras para todo ser pensante?

¿
Qué faltaba

en

las

palabras que

le

había dirigido?

¿Por qué

no

ha
bían penetrado

en

su

entendimiento?

- Sí,

habla usted admirablemente -suspiro!
ella,

sin esperar que contestase.
El

leyó

en

sus ojos un sincero entusiasmo.
- ¿Pero

es

justo

lo

que digo?
- ¡Nol -

dijo ella sin vacilar Aunque

es

us
ted

un

sabio,

estoy dispuesta a

discutir con usted.

48

Yo también tengo mis ideas. Figúrese usted que la gente construye una casa. Según usted. todos
son iguales en el trabajo; no ya los hombres en
tre sí, sino los ladrillos y los carpinteros, los ár boles y el propietario de la casa, tienen, si le he
mos de creer, los mismos derechos. ¿ Es eso po
sible? El “mujik ” debe trabajar, usted debe en
señar, el gobernante debe velar por que cada cual cumpla su obligación. Ha dicho usted, además, que la vida es una lucha

...

¿Usted ha visto que
lo

sea?

Al contrario,

la

gente vive

de

un modo
apacible.

Y

si

hay lucha,

ha de haber vencidos. En cuanto

al

bien general

de

que usted habla,
declaro que

no

lo

comprendo.

Usted pretende que consiste

en

la

igualdad

de

todos los hombres;
i pero eso cierto!

Mi padre

es

coronel,

¿cómo quiere usted que sea igual a

Nikon o

a

cualquier "mujik "

?

Usted,

por ejemplo,

es

un

sabio,

y

no

se

le

puede comparar a

nuestro pro
fesor

de

lengua rusa,

que bebe "vodka ”

,

que

tie
ne

la

cara como un pimiento,

que

es

tonto y

que
se

suena haciendo un ruido de trombón

...

Consideraba sus argumentos como irrefutables
y

triunfaba.

El

admiraba

su

rostro,

animado y
alegre,

y

se

congratulaba

de

haberle proporcio nado aquella alegría.

Pero

se

esforzaba

en

com

prender por qué

el

pensamiento

de

lamuchacha,
que

él

había despertado,

tomaba una dirección opuesta a

la

que

él

había querido marcarle.
- Usted me gusta y

otro

nome gusta;

¿

es

po
sible que haya igualdad?

no es

49

- ¿Le gusto a usted?

- preguntó él de pronto.
-- Si

... mucho -contestó!

ella,moviendo afirma
tivamente

lacabeza.
Y

enseguida añadió:

-¿Por qué me pregunta usted eso? El

estaba asustado ante aquella candidez sin límites,

y

le

desconcertaba

lamirada ingenua

de
aquellos ojos claros.

“

Es

posible que esto sea un género particular
de

coquetería?

"

-

pensó.

- ¿Por qué me pregunta usted eso?-insistía
ella mirándolo con ojos llenos

de

curiosidad.
Su mirada

le

turbaba.

-¿Por qué?-contestó

él

,

encogiéndose

de

hom
bros.

Yo creo que

es

muy natural.

Usted

es
una mujer y

yo

soy un hombre

...

Se

esforzaba

en

parecer tranquilo.
- ¿Bueno,

qué?

Eso

no

explica que usted ten
ga

interés

en

saberlo;

porque

no

tendrá usted

la
intención

de

casarse conmigo

...

Lo dijo

lamuchacha

de

una manera tan senci lla

que Hipólito Sergueievich

no

sintió

lamenor
confusión.

Le

pareció tan sólo que una fuerza,
contra

la

cual era absolutamente inútil luchar, trastornaba

el

trabajo

de

su

cerebro.

Ycon cierta frivolidad repuso:
- ¿Quién sabe?

...

Además,

el

deseo

de

gustar
y

el

de casarse no son

lamisma cosa

...

como no

ignora usted

...

Se

echó ella a

reir a

carcajadas,

lo

que

le

hizo
perder

el

aplomo a

Hipólito Sergueievich,

que

la
VARENKA 4

50

maldecía en silencio y se maldecía a sí propio. El
pecho de Varenka se levantaba a impulsos de su franca risa desbordante, que estremecía el aire,
mientras él permanecía silencioso, esperando una
severa reprimenda por su frivolidad.
- ¡Ah, Dios mío!...

¡ Yo

sumujer

de

usted!

...

¡ Tendría mucha gracia!

...

¡ Qué risa!

...

Seríamos
como.el avestruz y

la

abeja

...

¡ Una pareja deli

ciosa,

ja,

ja,

ja!
El

también

se

echó a

reir entonces,

no

a

cau

sa

de

la

comparación extraña,

sino porque

se

dió
cuenta

de

que nunca conocería los resortes secre
tos que regulaban

lamentalidad y

las emociones
de

lamuchacha.
—;

Es

usted encantadora!--

dijo,

en

un

arrebato
de sinceridad.
- Deme usted

lamano

...

Anda usted muy des pacio y

voy a

remolcarle

...

ya

es

tiempo

de

volver

a

casa.

¡ Hace

lomenos cuatro horas que estamos paseándonos!

Isabel Sergueievna estará,

sin duda,
enfadada por nuestro retraso para

el

almuerzo.
Volvieron.

Hipólito Sergueievich

se

creía obligado a

reanu

dar

su

argumentación contra los errores

de

Va
renka;

de

no

hacerlo así,

no

podría sentirse jun
to

a

ella del todo a

su

gusto.

Pero necesitaba

di

sipar

la

inquietud vaga que

le

agitaba y

que

le

impedía escuchar con calma a

lamuchacha y

re

futar resueltamente sus argumentos.Hubiera

po
dido muy fácilmente echar por tierra,

con

su

ló

gica fría,

los prejuicios

de

Varenka,

de

no

ha

51

berse encontrado bajo el influjo de aquella sensa ción enervante, extraña, inefable. No quería tur
bar la paz espiritual de la muchacha con ideas
nuevas para ella; pero al mismo tiempo se decía
que su silencio sería vergonzoso en un hombre
fiel a sus principios.

i Hoy es martes?

- preguntó ella— Entonces,
dentro de tres días vendrá el caballerito negro.

- ¿Quién dice usted que vendrá?
- El caballerito negro, el señor Benkovsky,
vendrá el sábado.

- ¿A qué?
Ella rió, dirigiendo al joven sabio una mirada
escrutadora.

-- ;.No lo sabe usted? Es un empleado público

...

-;Ah,

sí

!;

mi

hermana me

ha

hablado

de

él

.

- ¿De veras?-dijo,

animándose,

Varenka,
Bueno,

diga usted,

¿

se

casan pronto?
- ¿Cómo?

¿Por qué quiere usted que

se

ca

sen?-preguntó

él

,

sin comprender una palabra.
- ¿Por qué?-se extrañó Varenka,

poniéndose
de

pronto encarnada–.

No

sé.

No tendría nada
de

extraño.

Pero,

Dios mío,

¿no

lo

sabe usted?

-;Yo

no

sé

nada!-dijo

él

resueltamente.
- ¡Entonces

le

he revelado yo

el

secreto -ex!
clamó ella desesperada—.

; Qué villanía!

¡ Hipóli
to

Sergueievich,

sea usted amable,

haga como

si
no

supiera nada

...

como

si

yo

no

le

hubiera dicho
nada!

- Desde luego,

con tanto más motivo cuanto
que no

sé

nada,

en

efecto.

Sólo he comprendi

52

do una cosa: que mi hermana se casa con el se
ñor Benkovsky, ¿ no es eso?
- Claro

...

Es decir,

si

ella

no

le

ha dicho a
usted nada,

quizá

no

se

case

...

Usted

no

le

dirá
nada,

¿verdad?

- No;

puede usted estar tranquila.

¡ He venido

a

un entierro,

y

voy a

asistir a

una boda!

Es
una sorpresa agradable.
- Se

lo

suplico a

usted,

ni

una sola palabra

acerca

deesa boda -

siguió rogando

lamuchacha
¡ Como

si

no supiera usted nada! -;Perfectamente!

¿ Pero quién

es

ese señor
Benkovsky?

Si

usted me permite hacerle esta pregunta

...

- Respecto a

él

,
le

permito a

usted

...

Mire,

es
un hombrecillo negro,

remilgado,

ejemplar.

Tie
unos ojos pequeñitos,

unos bigotes pequeñi

tos,

una boca pequeñita,

unas manos pequeñitas y un violín que también

es

una monada.

Le gustan
las cancioncitas sentimentales y

la

confitura.
Siempre que

le

veo me dan ganas

de

darle unos
golpecitos

en

las mejillas.
- No puede usted disimular que

no

le

quiere.

- Ni tampoco me quiere

él

a

mí

.

Detesto con
toda

mi

alma a

los hombres pequeños,

' remilga
dos,

modestos.

Un hombre debe ser fuerte,

alto;
debe hablar

en

alta voz;

debe tener unos grandes
ojos ardientes;

debe ser audaz,

no

detenerse ante

ningún obstáculo,

hacer

lo

que

le

dé

la

gana.

¡ Eso
es

un verdadero hombre!

-
Me parece que hombres semejantes no exis

ne

53

ten ya!

-dijo, con una risita seca, Hipólito Ser
gueievich, sintiendo cierto desagrado ante el ideal masculino de Varenka.
Deben existir!

- dijo ella con acento de con
vicción.

- Pero es más bien una fiera lo que usted aca
ba de pintar! No comprendo los atractivos de ese
monstruo.

- Nada de eso, no es un monstruo, es un hom
bre, un verdadero hombre! Su atractivo está en
la fuerza. Los hombres de ahora nacen ya aca
tarrados y con reuma y otras mil enfermedades.
¿ Usted encuentra eso interesante? Lo que es
yo no me casaría con un señor con pústulas en
la cara, como, por ejemplo, Kokovich, el jefe de nuestro distrito; ni con un hombrecillo remilgado, como Benkovsky; ni con un tipo largo y flaco, como el juez Mujin, o grueso, calvo, jadeante,
de nariz encarada, como el comerciante Gricha
Chernonebov. ¡ No, gracias! ¿ Qué hijos pueden te
nerse de maridos así? Es una cuestión muy gra
ve y hay que pensar en ella. ¡Los niños son una
cosa de suma gravedad!...

No;

semejantes hom
bres no valen absolutamente nada

...

¡ Yo a

un

marido así

le

pegaría!

Hipólito Sergueievich intentó demostrarle aVa.
renka que sus ideas

en

lo

concerniente a

los hom
bres eran erróneas,

porque

no

conocía aún

lavida.
Hacía mal

en

fijarse sólo

en

el

exterior

de

los
hombres,

aquienes acababa

de

nombrar.Era injus
ta

. Un hombre podía tener

la

nariz fea y

un buen

54

corazón, la cara deforme y un espíritu culti
vado.

Le enojaba hablar de aquellas verdades banales. Antes de conocer a Varenka, ni siquiera se acor daba de ellas, y a la sazón, al mismo tiempo que las aducía, le parecían anodinas y viejas. Y se daba cuenta de que eran inútiles, de que la mu chacha las oía como quien oye llover.
-Ya hemos llegado al

río

- le!

interrumpió ella
alegremente.
" Quisiera -

pensó

él

- que me callase.

”

De nuevo

en

el

bote

se

sentaron uno junto a

otro.

Varenka cogió los remos y

empezó aremar
con energía y

rapidez.

El

agua gruñía bajo

el

bote,

como enfadada.

Las pequeñas olas

se

ale
jaban hacia

laorilla.

Hipólito Sergueievich

lamiraba correr

en

senti
do contrario

al

del bote y

se

sentía cansado de cuanto había dicho y

oido durante

el

paseo.

—;Mire usted qué

de

prisa vamos -le!

dijo
Varenka.

-

;

Sí

- contestó!

él

sin mirarla.
Sin verla,

adivinaba

el

encanto

de

su

cuerpo
inclinado.
No tardó

en

aparecer

el

parque.

Minutos des
pués avanzaban a

lo

largo

de

la

avenida.

Salía

a

su

encuentro,

gentilísima,

con una sonrisa sig

nificativa,

Isabel Sergueievna.

Llevaba

en

lamano
unos papeles.

--;Han dado ustedes un largo paseo!-dijo.
—;

Sí

! -respondió Varenka—.

Y

tengo

un

ape

55

tito enorme. Estoy dispuesta a devorarla a
usted.

Abrazó a Isabel Sergueievna, y empezó a dar vueltas a su alrededor, riendo y gritando.
El almuerzo fué poco alegre; pues Varenka co mía y guardaba silencio, mientras Isabel Ser gueievna irritaba a su hermano con las miradas
escrutadoras que sin cesar le dirigía. Después de
almorzar, se retiraron ella y la muchacha.
Hipólito Sergueievich se fué a su cuarto, se
acostó en el sofá y se puso a reflexionar, resu
miendo las impresiones del día. Recordaba los
más pequeños detalles del paseo, y sentía una pe santez, un malestar que turbaba su espíritu, que alteraba el equilibrio de su alma. Hasta física mente sentía un malestar extraño que le opri mía el corazón, como si su sangre se hubiera tor nado más espesa y corriera por sus venas más despacio que de costumbre. Era una especie de fatiga que predisponía al ensueño y servía como
de preludio a un deseo inconcreto aún. Aquella
extraña sensación era tanto más desagradable cuanto que no tenía nombre, y, a pesar de todos sus esfuerzos, no podía definirla.
“Hay que aplazar el análisis de esta sensación hasta que yo esté más tranquilo “-se dijo. Pero se hallaba muy descontento de sí mismo. Se reprochaba la pérdida de su capacidad de go bernar, sus emociones y su conducta de aquella mañana, indigna de un hombre serio. En la so
ledad eran mayores siempre la firmeza de sus

56

principios y la severidad consigo mismo, que er.
compañía de otras personas. Y empezó a hacer
examen de conciencia.
No podía negarse que la muchacha era bellí sima. Pero la turbación que había producido su
belleza en él, desde un principio, haciéndole ex
perimentar al punto sensaciones obscuras, era de
masiado honor para ella, y para él, demasiada
vergüenza.
Aquello denotaba una flaqueza imperdonable, una falta absoluta de carácter. Varenka había
removido fuertemente su sensualidad y era pre
ciso defenderse.

" ¿ Es preciso, en efecto? ”-se preguntó de pron to, como quien se propone una cuestión sacra mental.

Se hubiera dicho, al ver la cara que puso, que no era él mismo, sino otro quien se la proponía. En todo caso, lo que acontecía en su espíritu no era el principio de un amor; era más bien una
protesta de su inteligencia, irritada por la lucha,
de la que no había salido victoriosa, aunque el
adversario era débil como un niño. No había ha
blado con la muchacha como debía: debía haber le hablado en imágenes, porque los argumentos lógicos no le eran inaccesibles. Estaba obligado a acabar con sus groseras y estúpidas fantasías, a destruir sus ideas salvajes; había que librar su espíritu de aquellos errores; había que purificar, que limpiar su alma, para abrir en ella camino a la verdad.

57

" Pero soy yo capaz de hacer eso? ” - se dijo,
proponiéndose una nueva cuestión.

Y de nuevo, sin pararse a dilucidarla, pasó ade
lante.

¿ Cómo sería Varenka cuando se asimilara las
nuevas ideas, por completo distintas de las que
tenía a la sazón? Y se dijo que cuando su alma
hubiera roto las cadenas que la sujetaban, y cuan
do se hubiera penetrado de una nueva concepción, clara y serena, de la vida, la muchacha sería do
blemente bella.

Cuando le llamaron para tomar el té, había ya determinado rehacer la educación de Varen ka, considerándolo un sagrado deber. Se manten dría con ella reservado, tranquilo, hasta frío, y ejercería una crítica severa de todo cuanto ella dijese o hiciese.

* * *

- Bueno, ¿ qué te ha parecido Varenka? -le
preguntó su hermana cuando le vió salir a la te
rraza.

- Es muy simpática - respondió él.
- ¿De veras? ¡Calla, calla! Yo creía que su es
píritu poco cultivado te desagradaría.

-Algo hay de eso, en efecto. Pero la mucha cha, en verdad, es, por muchos estilos, superior
a otras instruídas y orgullosas de su talento.
--Sí, es muy guapa

...

Además,

es

una pro

porción

...

quinientas hectáreas

de

buena tierra y

58

cien hectáreas de bosque. Aparte de eso, here dará una hermosa finca a la muerte de su tía. Ambas fincas están libres de todo gravamen

...

No

se

le

ocultaba

al

joven sabio que

su

her
mana fingia

no

comprenderle;

pero

ni

siquiera
trató

de

explicarse por qué.
- No

es

en

ese sentido

en

el

que me interesa.
- Haces mal;

precisamente

en

ese debía

in
teresarte.

- Gracias por

el

consejo.
- Parece que estás

demal humor.
-Al contrario.

¿Por 1

qué

lo

dices?
-Como hermana cariñosa.
Isabel Sergueievna

se

sonreía

de

un modo ama
ble,

con una sonrisa

de

halago,

que

le

hizo pen
sar a

su

hermano

en

Benkovsky,

y

sonreir a

su

vez.

- ¿De qué

te

ríes?-preguntó ella.
- ¿Y

tú

?

- ¿Yo?

Es que estoy contenta.

-Yo también estoy contento,

aunque

no

he

en

terrado ami mujer hace dos semanas--dijo,

rien
do,

él

.

La viuda

se

puso seria y,

lanzando un suspi
ro,

habló así:
-Veo que censuras mi falta

de

pena por

la
muerte

demi marido,

yno

seme oculta que me til

das

demujer egoísta.

Pero bien sabes qué clase
de hombre era:

te

he hablado en mis cartas

de
mi vida con

él

. Muchas veces me he dicho:

"

¿ Ha
bré

yo

nacido,

Dios mío,

para satisfacer los de

59

.

seos brutales de este hombre, que, cuando se em

borracha, se conduce conmigo como con una cam
pesina o como con una mujer pública? ”
- ¿Es posible? - preguntó, incrédulo, Hipólito
Sergueievich.
Recordaba las cartas de su hermana, en las que ésta le hablaba de la falta de carácter de su ma
rido, de su pasión por el “ vodka ”, de su pereza
y de otros vicios; pero no le decía nada de su perversidad.

- ¿No me crees? -le reprochó ella suspiran
do-. Pues es verdad. Ocurría eso con frecuencia. No afirmo que me fuera infiel; pero es muy pro table. Cuando estaba borracho, todas las muje
res eran iguales para él

...

y

hasta confundía las
ventanas con las puertas

...

Sí

,

así he vivido años

y

años

...

Le

habló largo y

tendido,

de

unmodo prolijo
y

pesado,

de

su

triste vida.

El

la

escuchaba y
esperaba que

le

dijese,

al

fin

,
lo

que quería de
cirle.

Involuntariamente pensó que Varenka

no
se

quejaría nunca

de

su

vida,

aunque fuese muy desgraciada.
- Me parece que tengo derecho a

cierta com
pensación por tantos años

de

sufrimiento

...

Y

acaso

la

compensación

no

tarde mucho

...

La viuda calló y,

al

mirar a

su

hermano,

se
ruborizó un poco.
-¿Qué quieres decir?-le preguntó

él

,

con voz
acariciante,

acercándose a

ella.

- Mira

...

puede ser que

... me case

de

nuevo.

60

-Y harás muy bien

...

Te

felicito.

¿ Pero por
qué estás tan confusa?
- No

sé.

- ¿Y quién

es

él

?

- Me parece que

te

he

hablado

ya

de

él

...

Ben
kovsky.

Más adelante será juez

...

;

por ahora,

es
poeta y

soñador

...

Quizás hayas leído sus poe
sías

...

las publica a

veces.

-Yo no leo nunca versos.

Será un hombre hon rado,

¿verdad?

- No puedo asegurarlo

de

unmodo categórico;
pero me parece que tengo derecho a

esperar

...

que será capaz

de

compensar mis dolores pasa
dos

...

Me ama

...

Además,

yo

tengo mi filosofía,
que

te

parecerá quizá un poco cruel

...

- Bueno,

expónmela;

la

filosofía está ahora de moda.

- Los hombres y

las mujeres —

comenzó

la

viu
da,

con voz dulce —

son dos campos

en

lucha.

La
confianza,

la

amistad y

los demás sentimientos

de
índole semejante

no

pueden existir entre un hom
bre y

yo;

pero

...

el

amor

sí

puede existir.

Y

el
amor

es

la

victoria del que ama menos sobre

el
que ama más

...

He sido vencida una vez,

y

lo

he
pagado bastante caro;

ahora soy

yo

quien ha
vencido,

y

quiero aprovechar mi victoria

... --

;

Sí

,

es

una filosofía bastante cruel!-le inte rrumpió

su

hermano,

pensando,

con placer,

que
Varenka no sería capaz

de

inventar nada seme

jante.
- Me

laha sugerido

lavida

... Mira,

tiene cuatro

61

años menos que yo

...

acaba

de

terminar sus

es
tudios universitarios

... Yo

sé

que esto

es

un poco

peligroso para mí,

y

quisiera

...

¿

cómo

te

diré?

...

arreglármelas

de

manera que mis derechos

de
propiedad quedaran a

salvo

de

todo riesgo.

- Sí,

¿

y

qué?--

preguntó,

atento,

Hipólito Ser
gueievich.
-Que

yo

quisiera que me aconsejases

...

cómo
he

de

arreglármelas.

No quiero que tenga dere cho jurídico alguno sobre mis bienes

...

Quisiera
que,

de

ser posible,

no

lo

tuviera

ni

sobre

mi

per

sona.

- -Me parece posible,

siendo civil

el

matri
monio.

- No,

no

soy partidaria del matrimonio civil.
El

joven sabio miró a

su

hermana,

y

pensó con

desdén:

"
. Qué taimada!

Si

Dios ha creado a

los hom
bres,

la

vida los cambia

de

tal modo que,

al

cabo
de

los años,

nomirará

su

obra con muy buenos ojos.

"

Su hermana

le

expuso

su

concepto del matri
monio.

- El matrimonio debe ser un negocio razonable,
del que

se

excluya todo riesgo.

En ese terreno

quiero colocarme con Benkovsky.Pero antes

dedar
ese paso decisivo,

quisiera saber

si

tienen algo

de
legítimas las pretensiones del hermano

de

mi ma
rido.

¿Quieres examinar los papeles?

- Si

te

da

lomismo,

los examinaré mañana.
- Claro.

Cuando quieras.

62

La viuda siguió exponiendo sus ideas con gran prolijidad, y después habló extensamente de Ben
kovsky. Lo hacía con una sonrisa de condescen

dencia, que no abandonaba de sus labios, y guiñan
do los ojos. Su hermano la escuchaba y se asom
braba de que su destino no le inspirase compasión y de que no le despertase ningún interés lo que
decía.

El sol se había puesto ya cuando se separaron. El, cansado de la conversación, volvió a su cuar
to; ella, animada, pintado el contento en el ros
tro, se entregó a los quehaceres domésticos. Hipólito Sergueievich, una vez en su cuarto, en cendió la lámpara, cogió un libro y se dispuso a leer. Pero desde la primera página comprendió que no estaba para lecturas. Dejó el libro, cerró los ojos, intentó instalarse cómodamente en el si llón y, como lo encontrase demasiado duro, se tendió en el sofá. En los primeros momentos no pensó en nada; mas no tardó en acordarse con enojo de que pronto se vería obligado a conocer al señor Benkovsky. Luego se sonrió, recordando la descripción que le había hecho de aquel caballe ro Varenka.
Desde entonces sólo pensó en ella.
" ¿ Y si yo me casase con ese monstruo encan.
tador?-se dijo— Sería una esposa muy intere sante

...

Al menos,

no

brotarían

de

sus labios sen
tencias morales sacadas

de

los libritos popu
lares.”

Sin embargo,

considerando detenidamente

su

63

eBe
desca

situación probable, en caso de llegar a ser el ma
rido de Varenka, se echó a reir y se dijo de la ma nera más categórica:

-Jamás!
ase Y le invadió una gran tristeza.

mpas

II

arant
u Cuk

OS
to,
puse
preria
CENT

delsuro,

tosD se
ocer el

El

sábado por

lamañana

le

ocurrió una peque
na

desgracia:

cuando estaba vistiéndose derribó

la

lámpara,

que

se

hizo añicos.

Algunas gotas

de
petróleo cayeron

en

una

de

sus botas,

que no

se
había puesto aún.

Como

es

natural,

se

la

limpia
ron;

pero

le

parecía que

el

té,

el

pan,

lamanteca,
hasta los cabellos primorosamente peinados

de

su

hermana,

olían a

petróleo.
Esto

le

ponía

de

mal humor.

-Quítate

la

bota y

colócala

al

sol

- le aconse
jó

su

hermana—.

Así

el

petróleo

se

evaporará.
Mientras tanto,

puedes ponerte las zapatillas

de
mi marido;

están casi nuevas.
- No

temolestes.

Esto pasará.
- Pero ¿qué necesidad tienes

de

esperar a

que,
pase?

Diré que

te

traigan las zapatillas.
- No quiero,

déjalas.
- ¿Por qué?

Son muy cómodas,

afelpadas

...
El

catedrático estaba irritado por

el

olor a

pe

tróleo,

y

las palabras

de

su

hermana

le

impacien
taban.

-¿Piensas usarlas

tú

?-preguntó con una iro. nía maligna.

dos
aballo

encar
nteres
S

ser POP
te

64

-Yo no; pero Alejandro sí las llevará.
-- ¿Quién es ese Alejandro?
- Benkovsky.
- Calla! - dijo Hipólito Sergueievich, con una
risita seca, ¡Vaya una fidelidad conmovedora a las zapatillas del marido! Además, es muy prác
tico.

-

; Estás hoy terrible!
La viuda miraba a su hermano con cara de mu jer ofendida; su mirada era al mismo tiempo es crutadora. El lo notó y pensó enojado:
“ Probablemente se figura que estoy de mal hu
mor por la ausencia de Varenka. "
- ¡Es fácil que Benkovsky venga a almorzar!
- dijo la viuda, tras un corto silencio.
- Me alegro mucho— contestó él.
“ Quiere que esté amable con mi futuro cuña
do ” —pensó.
Y tal idea despertó en su alma un sentimiento de fastidio.
Isabel Sergueievna decía, poniendo cuidadosa mente manteca en un pedazo de pan:
- El sentido práctico es, a mi juicio, una cua
lidad muy apreciable, sobre todo en esta época en

que nos amenaza la pobreza a los nobles. Y no
comprendo por qué Benkovsky no puede llevar las
zapatillas de mi marido.
“Y su sudario también, si has tenido cuidado
de quitárselo y de guardarlo ”

- pensó él irónica
mente, sirviéndose leche.

- Mi marido estaba bastante bien provisto de

65

ropa. Y Benkovsky no es hombre acostumbrado al lujo; son muchos hermanos: cuatro varones y cinco hembras. Tienen la finca hipotecada. Les he comprado, en condiciones ventajosas, una biblio

teca

...

Hay

en

ella muy buenos libros

...

Acaso

encuentres algunos que puedan servirte

...

Alejan

dro sólo tiene su sueldo,

que

esmuy mezquino.
- ¿Hace mucho que

le

conoces?—preguntó Hi
pólito Sergueievich,

por decir algo.
Comprendía que debía hablar

de

Benkovsky,

y

no

tenía ganas

dehablar

de

nada.
- Hace cuatro años;

pero

de

una manera más

...

íntima,

hace siete u

ocho meses.

Ya verás,

es
muy simpático.

Apasionado,

entusiasta,

idealis
ta

,
un

poco decadente,

a

lo

que parece

...

Ahora
todos los jóvenes son algo decadentes;

unos

se

in
clinan

al

idealismo;

otros,

al materialismo.

Ami
me parece que

ni

unos

ni

otros son

de

una gran
inteligencia.

- Hay también gente que profesa un “escepti
cismo

de

cien caballos ”

,

como dice uno de mis
colegas.
Ella

se

echó a

reir y

replicó:
-Tiene gracia,

aunque un poco burda.

Yo
también me inclino

al

escepticismo

...

al

escep
ticismo saludable,

que impide construir castillos
en

el

aire y

sirve

de

base a

las ideas justas sobre
la

vida. El

catedrático

se

apresuró a

acabar

su

té

y

se
marchó,

diciendo que quería poner

en

orden los

libros que había llevado.

Pero

en

su

cuarto,

a

VARENKA 5

66

pesar de estar las ventanas abiertas, olía a petró leo. Hizo un gesto de repugnancia, y, cogiendo un libro, bajó al parque.
Allí, en la familia estrechamente unidade
viejos árboles, años y años combatidos por las tempestades, reinaba un silencio melancólico y
enervante. Hipólito Sergueievich se paseaba a lo
largo de la avenida principal, sin abrir el libro, sin pensar en nada, sin desear nada.
Deteniéndose a la orilla del río, junto al bote, recordó el reflejo encantador de Varenka en el agua.

- Me conduje como un colegial!-exclamó.
No obstante, le era grato pensar en ella.
Poco después, entró en el bote, se sentó en la popa y se puso a mirar al agua. El espectácu lo era tan bello como hacía tres días; pero aquella mañana, sobre el fondo transparente del agua, no aparecía la figura blanca de la muchacha.
Encendió un cigarrillo y lo tiró al agua en se
guida. “Ha sido una tontería venir - se dijom.
¿ De qué puedo yo servir aquí? Mi hermana, por lo visto, me ha invitado, principalmente, para sal var las apariencias, para poder recibir, sin que se murmure, al señor Benkovsky. Es un papel poco respetable

...

En cuanto a

ese señor Ben
kovsky,

no

debe

de

ser muy inteligente,

si

está
en realidad enamorado de mi hermana

...

harto
inteligente para

él

...

Después

depasar cerca

de

tres horas medio dur miendo,medio meditando,

abordando con

el

pen

67

samiento una porción de temas,

sin

detenerse mu
cho tiempo

en

ninguno,

se

levantó y

se

dirigió
despacito a

la

casa,

doliéndose

de

haber perdido
inútilmente

lamañana y

decidido a

entregarse

lo

más pronto posible

al

trabajo.
Al

acercarse a

la

terraza vió a

un joven

es
belto,

que llevaba una blusa blanca con cinturón
de

cuero.

Estaba

en

pie,

vuelto

de

espaldas a

la
avenida y

se

inclinaba sobre

lamesa,

como mi
rando algo.
Hipólito Sergueievich acortó

el

paso.

"

¿

Es

po
sible que sea Benkovsky?

"

- se

preguntó.
El

joven

se

irguió,

se

apartó

de

la

frente,

con

un

lindo ademán,

los bucles

de

sus cabellos ne
gros y

se

volvió hacia

la

avenida.

“

;Pero eso

es

un paje

de

la

Edad Media!”

—pen
sć

Hipólito Sergueievich. Benkovsky tenía

un

rostro oval,

mate,

pálido,
que parecía fatigado por

el

brillo

de

sus grandes
ojos negros en forma de almendra.

Adornaba

su
linda boca un bigotito negro,

y

unos bucles des
ordenados negreaban sobre

su

frente comba.

Era
bajo,

pero

la

flexibilidad

de

su

cuerpo,

elegante y
bien proporcionado,

disimulaba este defecto.
Miraba a

Hipólito Sergueievich con mirada

do
miope y

había un

no

sé

qué muy simpático,

pero

al mismo tiempo enfermizo,

en

su

pálido rostro.
Con

un

traje

de

terciopelo y

un sombrero

de

plu
mas hubiera parecido,

en

efecto,

un paje me
dioeval.

-;Soy Benkovsky!-dijo,

tendiendo a

Hipólito

68

Sergueievich, que subía la escalinata, su mano blanca, de dedos de músico, finos y largos.
El joven sabio se la estrechó fuertemente.

Durante cerca de un minuto, ambos callaron,

un poco cohibidos. Luego, Hipólito Sergueievich empezó a elogiar el parque. El joven le contesta ba brevemente, sólo por cortesía y sin manifestar el menor interés por su interlocutor.
No tardó en aparecer Isabel Sergueieyna. Ves tía una holgada bata blanca, con encajes negros, y rodeaba su cintura un largo cordón, negro tam bién, con flecos en los extremos. Aquella " toilette " armonizaba con su rostro severo y prestaba cier ta majestad a sus facciones regulares. El placer teñía de rosa sus mejillas, y sus ojos fríos mira ban con animación.

- En seguida vamos a sentarnos a la mesa - de claró— Tendremos helado de postre

...

¿Alejan.

dro Petrovich,

por qué tiene usted una cara tan
triste?

...

A

propósito,

¿

no

ha olvidado usted a Schubert?

-

No,

lo

he

traído y

también los libros!-dijo
el

joven,mirándola con ojos

de

pasión y

de

en
sueño.

Hipólito Sergueievich

no

se

encontraba a

gusto:
veía que

el

gentil mancebo había decidido

nodar
se

cuenta

de

su existencia.

-
Muy bien -sonrió!

la

viuda a

Benkovsky
Después

de

almorzar haremos música.

-
Como usted quiera -se!

inclinó

el

joven.
;*

El

ligero saludo fué una monería;

pero Hipóli

69

to Sergueievich contuvo con trabajo una sonrisa
irónica.

- Sí, lo quiero! - dijo la viuda con coquetería.
- ¿Le gusta a usted Schubert?—preguntó Hi
pólito Sergueievich.

-Sí. Naturalmente, el primero es Beethoven, el Shakespeare de la música — respondió Benkovsky, volviendo los ojos hacia él.
Hipólito Sergueievich había oído muchas veces

llamar a Beethoven el Shakespeare de la música, sin

que ese misterio

le

interesase poco

ni mucho;

pero

el mancebo

le

interesaba,

y

preguntó seria
mente:

-¿Por qué juzga usted a

Beethoven superior a
los demás?

- Porque

esmás idealista que todos los demás grandes músicos.
- Sí

?

Entonces usted

se

inclina ante los idea listas

...

— ¿ Qué duda cabe?

No ignoro que usted

esma
terialista:

he

leído sus artículos —

respondió Ben
kovsky,

con un brillo extraño

enlos ojos.
" Está dispuesto a

declararme

la

guerra - se

dijo Hipólito Sergueievich.

Es

un

buen mucha
cho,

franco,

y,

probablemente,

honrado hasta

la
santidad.

"

Y

su

simpatía por aquel idealista,

condenado a

llevar las zapatillas del difunto,

aumentó.
- ¿Entonces,

somos enemigos?—sonrió.
- ¡Claro,

no

podemos ser amigos!-dijo

el

otro
con ardor,

70

- Señores!-les gritó Isabel Sergueievna des
de dentrom. No olviden ustedes que acaban de co

nocerse.

La doncella Macha, haciendo ruido con la vaji
lla, ponía la mesa y lanzaba, con disimulo, a Ben
kovsky miradas llenas de admiración. Hipólito
Sergueievich le miraba también, y pensaba que había que tratarle con mucha consideración y que convenía evitar discusiones, dado que, por lo vis
to, el joven se apasionaba en extremo cuando
discutía. Pero Benkovsky le miraba con ojos bri llantes, estremecido de emoción: no podía disimu lar su deseo ardiente de hablar, y se veía el tra bajo que le costaba dominarlo. Hipólito Sergueie vich decidió ser con él reservado y cortés.

Su hermana, ya sentada a la mesa, les dirigía,
ora al uno, ora al otro, frases banales y bromas;
uno le respondía con la negligencia familiar de
un pariente, y otro, con la solicitud de un ena
morado.
Los tres se sentían un poco cohibidos, y se vigilaban unos a otros y a sí mismos.
Macha apareció con la sopera.
A la mesa, señores!-invitó la dueña de la
casa, armándose de un cucharón para servir la
sopa . ¿ Quieren ustedes antes una copita de
" vodka "?

-Yo, con mil amores! - dijo Hipólito Ser
gueievich.

:-Y yo no, si usted me lo permite!-declaró
Benkovsky.

71

- Se lo permito gustosísima; pero

...

algunas ve
ces bebe usted.

-Ahora no quiero.
“ No quiere beber con

unmaterialista ”—pensó Hipólito Sergueievich. La suculenta sopa

de

empanaditas o

quizá

la
conducta correcta

de

Hipólito Sergueievich pare cieron suavizar

un

poco

el

brillo severo

de

los
ojos negros del joven,

que dijo,

servido

ya

el

se
gundo plato:

-Quizá haya usted juzgado provocativa mi
contestación a

su

pregunta

de

si

somos enemigos.
Confieso que no he estado muy cortés;

pero creo
que las relaciones entre los hombres deben ser algo libre de todo convencionalismo.
- Completamente

de

acuerdo -le

sonrió Hipó
lito Sergueievich — La

sencillez

de

las relacio
nes entre los hombres

es

una cosa que me encan
ta.

Y

su

franqueza

de

usted,

permítame que

se

lo
diga,me ha gustado mucho. Benkovsky sonrió tristemente.
- Somos realmente enemigos

en

el

terreno

de
las ideas y

no

podemos ocultarlo.

Elogia usted

la
sencillez,

y

estamos

de

acuerdo;

pero

...

la

con

cebimos de un modo distinto

...

- ¿Sí?
- Claro.

Si

usted

es

fiel a

las ideas expuestas

en

su

artículo

...

-Claro que

lo

soy,

yo

no me traiciono.
- Entonces,

su

concepto

de

la

sencillez

es

un
poco

...

brutal,

demasiado materialista.

Pero de

72

jemos eso. Diga usted: concibiendo la vida como 1 un mecanismo que lo elabora todo, incluso las ideas, ¿ no echa usted de menos ese mundo mis terioso y bello que usted hace morir a manos de la química y reduce a una simple mutación de las partículas de la materia?
- No, no lo echo de menos, porque me doy cla
ra cuenta del lugar que ocupo en el gran meca
nismo de la vida, mucho más poético que todas las fantasías. En cuanto a las manifestaciones metafísicas del sentimiento y del espíritu, ¿ qué quiere usted que le diga?

... Es cuestión

de

gus
to

. No

se

sabe aún

loque sea

labelleza.

Desde lue
go,

lo

sensato

es

considerarla un fenómeno fisio lógico.
Uno,

al

referirse

al

adversario y

sus errores,

hablaba con voz sorda,

llena

de

tristeza,

como

la

mentándose;

el

otro

lo

hacía con tono tranquilo, seguro

de

su

superioridad intelectual,

evitando

las
palabras molestas para

el

adversario,

que

se

em
plean tanto cuando dos hombres disputan por

sa
ber

de

qué lado

se

encuentra

laverdad.
Isabel Sergueievna los conteniplaba con
fina sonrisa,

ycomía tranquilamente,

chupando con
cuidado los huesos del ave.

Desde

la

puerta,

Ma
cha miraba,

curiosa,

esforzándose

en

comprender
lo

que hablaban los señores,

según

se

desprendía
del trabajo mental pintado

en

su

rostro y

de

la

fijeza un poco estúpida

de

sus ojos,

habitualmen
te

acariciadores y

algo picarescos.
- Usted habla de

la

realidad -

continuó Ben

una

73

kovsky—. ¿ Pero qué es esa famosa realidad, si todo cuanto nos rodea y nosotros mismos no so
mos, según usted, sino producto de la química y
un mecanismo que trabaja sin tregua? En todas partes, y siempre, el movimiento, sin un segundo
de reposo. ¿ Cómo es posible, pues, penetrar el
sentido de tal realidad, si uno cambia a cada mo mento y es ahora un ser distinto del que era un

minuto antes? Usted y yo no somos sino mate ria,

según usted.

Pero

el

mejor día yaceremos
sin vida bajo los iconos,

apestando

el

aire con

el
olor

de

nuestra podredumbre.

Sólo quedarán

de
nosotros sobre

la

tierra fotografías viejas,

que

no
le

dirán nunca a

nadie las alegrías y

las penas
de

nuestra existencia,

devorada por

lo

desconoci
do.

¿No

es

horrible pensar que todos nosotros,
seres pensantes ysensibles,

sólo vivimos para con y
vertirnos

en

podredumbre?
Hipólito Sergueievich escuchaba atento este dis

curso,

y

pensaba:

"

Si

estuvieras seguro

de

que posees

la

verdad,
estarías tranquilo.

Pero gritas

no

por defender

el
idealismo,

sino porque tienes los nervios demasia do

débiles.

”

YBenkovsky,mirándole con ojos

de

fuego,

con

tinuaba sin interrupirse:
- Usted me habla

de

la

ciencia,

¡ muy bien!
Yo me inclino ante

laciencia,

como ante un pode

roso esfuerzo del espíritu intentando romper las
cadenas del misterio que nos envuelve.

Pero a

la
luz de

la

ciencia me veo en

el

mismo sitio en

74

>

que estaban mis antepasados, que creían firme
mente que el trueno era el ruido del carro del profeta Elías paseándose por el cielo. Yo no creo eso; yo sé que el trueno es producido por la elec tricidad; mas

tal

creencia,

¿

esmás clara que

la
de

mis antepasados?

Es más complicada,

y

tan

incomprensible como

la

ley del movimiento y todas las demás leyes físicas.

A

veces,

me pa

rece que

laciencia

no

hace más que complicar las

cosas.

Creo que

es

bueno creer,

y

se

me dice:
“ No

se

trata

de

creer,

sino

de

saber.

”
Quiero sa
ber qué

es

la

materia,

yme contestan,

textual
mente,

de

esta manera:

“ La materia

es

el

conte
nido

de

la

parte del espacio

en

que experimen
tamos tal o

cual sensación.”

¿Es esto una rés puesta?

Es burlarse

de

quien busca sincera y
apasionadamente soluciones a

los problemas que
turban

su

espíritu.

Se

responde con burlas hasta

a

mi

deseo

de

conocer

el

objeto

demi existencia.
Y,

sin embargo,

yo

vivo,

yo sufro y

yo tengo de
recho a

exigir

de

los que han monopolizado

la
ciencia una respuesta categórica. Hipólito Sergueievich miraba

de

reojo

el

rostro
alterado

deBenkovsky,

y
comprendía que aaquel
joven había que contestarle con palabras iguales
a

las suyas

en

ímpetu sentimental,

Tenía ganas
de

discutir,

de

luchar.

Los enormes ojos del poe
ta

se

habían tornado más grandes aún ymás ar
dientes.

Jadeaba y

agitaba

su

fina mano blanca,
que cerraba a

veces como

si

amenazase a

sus ene

migos.

75

--Sin dar nada, le habéis quitado mucho a la vida. A todas las quejas respondéis con un des precio altivo, que no es otra cosa que vuestra im potencia para contestar con una respuesta preci

sa

...

y

vuestra dureza

de

corazón.

Se

os

pide pan
espiritual,

y

la

piedra

de

la

negación

es

vuestra
dádiva.

Habéis devastado

la

vida,

y

si

no asis
timos

ya

a

ejemplos

de

amor y

sacrificio

es

por
vuestra culpa,

porque sois esclavos

de

la

razón,

a

la

que habéis entregado

el

alma,

y

la

pobre
alma

semuere,

enferma ymiserable.

Y,

sin em
bargo,

la

vida sigue siendo una sucesión

de

do
lores y

necesita héroes.

¿ Dónde están los héroes?

“¡

Es

un verdadero poseído!”

- se

dijo Hipólito
Sergueievich,

sintiendo una impresión desagra
dable

al mirar agitarse ante

él

aquel manojo

de
nervios.

Trataba

de

interrumpir

la

elocuencia

to

rrencial

de

su

futuro cuñado;

pero sus esfuerzos
eran inútiles;

el

joven,

arrebatado por sus pro

pias palabras,

no

oía

ni

veía nada.

Se

diría que
llevaba

en

el

fondo del corazón aquellas quejas hacía mucho tiempo,

yque

se

complacía

en

lanzar
las

al

viento ante uno

de

los que,

a

su

juicio,
habían estropeado

la

vida.
Isabel Sergueievna

le

miraba con admiración, entornando los ojos,

en

los que brillaban

de

vez

en

cuando chispas

de

sensualidad.

- En todo

lo

que ha expuesto usted con tanta
energía y

elocuencia -

dijo tranquilamente y

con

tono afectuoso Hipólito Sergueievich —hay mucha
sinceridad ymucho ingenio

...

76

" ¿ Qué podría yo decirle que le apaciguara? ”
- pensaba.
Su hermana le sacó del apuro. Había ya aca
bado de comer y se reclinaba en el respaldo del sillón. Su cabellera, peinada en forma de corona, a la antigua usanza, armonizaba con la expresión autoritaria de su rostro. Sus labios, entreabier

tos por una sonrisa, dejaban ver la blanca hile
ra, fina como el filo de un cuchillo, de sus dien tes.

Interrumpiendo con un gracioso ademán a su hermano, dijo:
- Permítanme ustedes meter baza. Un sabio ha
dicho: “Hacen mal los que declaran: Esta es la verdad; pero los que se oponen a ellos no tienen tampoco razón. Sólo tienen razón Dios y el Dia
blo, en cuya existencia no creo; pero que deben

encontrarse en alguna parte, porque ellos han he
cho la vida tan compleja. ¿ No me entendéis?
Sin embargo, hablo el mismo lenguaje humano que vosotros. Pero toda la sabiduría de los siglos la encierro en una sola frase, para que podáis ver toda la mezquindad de vuestra sabiduría.
Terminado el pequeño discurso, preguntó son
riendo:

- ¿Qué les parece a ustedes esta sentencia?
Su hermano se encogió de hombros con desdén.
Estaba indignado por sus palabras; pero al mis
mo tiempo satisfecho al ver que había apacigua
do a Benkovsky.
Con éste había ocurrido algo extraño. Cuando su novia comenzó a hablar, se pintó en su rostro

77

la admiración; pero a medida que hablaba, la ad
miración se iba convirtiendo en espanto. El jo
ven quería en vano contestar; pues su lengua pa
recía paralizada. Ella, muy tranquila, no aparta ba los ojos de la cara de Benkovsky, y observaba
con satisfacción el efecto que le producían sus pa
labras, según se desprendía de la expresión de
su semblante.

-A mí me parece — añadió tras un corto silen
cio — que toda la ciencia de gruesos volúmenes de
filosofía está concentrada en esas palabras.
- Hasta cierto punto, tienes razón - dijo su her
mano, sonriendo con una sonrisa agridulce- Sin
embargo

...

- Según usted —

exclamó Benkovsky,mirando a
su

novia con dolor—,

¿hay que apagar las últi mas chispas del fuego

de

Prometeo,

que arde

en
nuestros corazones y

ennoblece nuestra exis

tencia?

- No

...

Si

producen algo bueno,

positivo...- re
plicó ella sin dejar

de

sonreír.

- Me parece que

tucriterio sobre

lo

positivo

es
un

poco

...

arriesgado...-

le

dijo secamente

su

her

mano.

- Isabel Sergueievna -exclamó!

Benkovsky,

de
nuevo lleno

de

pasión—.

Usted que

esmujer,

dí
game:

¿No siente turbada

su

alma por

el

gran
movimiento

en

pro

de

la

emancipación feme nina?

- Sí,

es

interesante

...

- i Nada más?

78

-- Pero yo creo que ese movimiento sólo refle
ja las aspiraciones de las mujeres que están

...

de
más

...

Se

han quedado fuera

de

la

vida porque

no
son bellas,

o,

tal vez,

porque

si

lo

son

no

com

prenden

la

fuerza

de

su

belleza

ni

sienten

la

ne
cesidad de dominar

al

hombre.

Esas mujeres

es
tán

demás

en

el

festín

de

la

vida por muchas

razones

...

Pero dejemos eso

...

Tomemos

el

helado.
Benkovsky recibió

en

silencio,

de

manos

de

su
novia,

un vasito verde,

y

se

puso amirar con fijeza

lamasa blanca que

lo

llenaba,

frotándose,
nervioso,

la

frente,

temblorosa

la

mano

de

emo

ción contenida. El

catedrático miraba a

su

hermana,

pensando

que toda aquella conversación había provocado enél un

sentimiento

de

fastidio,

al

que

semez
claba

la

compasión por Benkovsky.
Se

levantó y

encendió

un

cigarrillo.
- ¿Vamos a

hacer música?-preguntó

la

viu
da

a

Benkovsky.
El

joven

se

inclinó dócilmente ante ella.

Am
bos

se

dirigieron

al

interior,

donde

no

tardaron

en
oírse los sones del piano y

los acordes de

un
violín.

Hipólito Sergueievich,

sentado

en

un cómodo
sillón,

junto a

la

balaustrada,

protegido del sol
por

la

parra salvaje que subía hasta

el

tejado,

a

lo

largo

de

unos bramantes,

podía oir cuanto ha blaban

su

hermana y

Benkovsky:

las ventanas del
salón

en

que

se

encontraban daban

al

parque y

no
estaban cerradas sino por

la

fronda

de

las flores.

79

- ¿Ha escrito usted algo desde su última visi
ta?

- preguntó Isabel Sergueievna, acordando el
piano con el violín.

- Sí; un poemita.
- ¡Léalo!
-A la verdad, no estoy de humor.
- ¿Quiere usted que le rueguen?
- No; pero

...

preferiría recitarle a

usted los
versos que estoy componiendo

en

este instante.

-

Se

lo

suplico!

- Sí,

se

los recitaré.

Pero no han hecho más

que nacer

... Me los ha inspirado usted.
-- Es para mí una gran alegría.
- No

sé

si

habla usted sinceramente

...

" Sería mejor que me fuese

de

aquí ”-se dijo
Hipólito Sergueievich;

pero

se

sentía demasiado
perezoso para levantarse,

y

se

quedó,

diciéndose
que ellos

no

ignorarían probablemente

su

pre
sencia en

la

terraza.

Momentos después oyó

la

voz sorda

de

Ben

kovsky: “La luz lunar de tu beldad tranquila

turba mi corazón profundamente

...
¿Te burlarás,

acaso,

de mis sueños?
¿Me escucharás,

quizá,

sin comprenderme?

"

" Temo que sea demasiado tarde para hacer

esas preguntas "-pensó Hipólito Sergueievich,

con

una sonrisa irónica.

" No hay calor en

el

brillo de tus ojos;
con su ironía tus palabras hieren;
no conoces los sueños insensatos de mi alma "

...

80

Benkovsky calló, a causa de la emoción, o, qui zá, porque no encontraba el final del verso.

" Y, sin embargo, los sueños son tan bellos,
llenos de canciones y esperanzas ”

...

"

No,

yo

no puedo seguir aquí!

”

- se

dijo re
sueltamente Hipólito Sergueievich.
" Esperas

tu

perdición ”-acabó mentalmente

el
catedrático,

levantándose e

internándose por

la
avenida,

en

el

corazón del parque. Su hermana

le

asombraba:

no

era bastante

bella para inspirar a

aquel joven un amor tan apasionado.

Seguramente

lo

había conseguido
oponiéndose a

su

amor naciente.En tal caso,

ha
bía que reconocer que

no

carecía

de

entereza,

pues Benkovsky era hermoso,

y

la

oposición no
debía serle fácil a

una mujer.

¿Su deber

de

her
mano y

de

hombre honrado era,

quizá,

hablarle

a

su

hermana del verdadero carácter

de

sus rela
ciones con aquel muchacho,

loco

de

amor?

¿ Pero

de

qué podía servir

ya

semejante conversación?
Además,

él

no

era bastante competente

en

ma

teriais eróticas.

Sin embargo,

había que indicarle

a

Isabel que arrastraba a

aquel joven à

la

per
dición,

si

no

le

ayudaba a

apagar

su

fuego amo
roso y

a

ser más razonable en sus sentimientos

e

ideas.

“
¿Qué sucedería

si

esta antorcha

de

pasión ar
diese ante Varenka?

”.

-se preguntó

de

pronto.
No

se

tomó

el

trabajo

de

contestar a

esta pre
gunta,

y
empezó a

pensar

en

lamuchacha.

¿Qué

81

haría en aquel momento? Quizá estuviera dán dole bofetadas a su Nikon, ' o paseando, en su bu taca de paralítico, a su padre. Y al pensarlo, se sintió inquieto, disgustado. Había que abrir, a toda costa, los ojos de la muchacha y hacerle co
nocer las corrientes modernas de las ideas. ¡Qué
lástima que viviese tan lejos y no fuera posible verla con más frecuencia, para ir acabando con todos sus prejuicios!
El parque estaba lleno de calma y de frescura perfumada. De la casa llegaban los sonidos me lodiosos del violín y los acordes nerviosos del piano, mezclados en ruegos, en quejas, en 2paziu
nados arrebatos.

También se oía música en el cielo: cantaban las alondras. En una rama de tilo, negro como

un carbón y con las plumas erizadas, un mirlo

se picoteaba el pecho y silbaba irónicamente, mi rando de reojo al hombre meditabundo que se pa
seaba por la avenida, sonriente y con los ojos fijos en la lejanía.
A la caída de la tarde, cuando estaban toman

do el té, Benkovsky, más tranquilo, no pare cía ya un poseído. Isabel Sergueievna parecía
también más suave. Advirtiéndolo, Hipólito Ser gueievich se consideró a salvo de discusiones

trascendentales, y se alegró mucho.

- ¿Por qué no nos cuentas algo de Petrogra
do? -le preguntó su hermana.
- Qué se puede contar? Es una ciudad muy grande y populosa, muy húmeda

...
VARENKA 6

82

- La gente es seca!-le interrumpió Ben kovsky.

- No toda: hay personas que más bien pare
cen pollos mojados y que están cubiertas por el
musgo de supervivencias ancestrales. La gente
en todas partes es muy diversa. -Afortunadamente - exclamó Benkovsky.
— Sí; la vida sería terriblemente aburrida si
toda la gente fuera igual - asintió Isabel Ser
gueievna, Bueno, y los intelectuales en Petro
grado, siguen aún entusiasmándose con el "mu. jik ”, o está ya en baja ese entusiasmo?
- Empieza a decaer.
- Eso es muy natural en los intelectuales de
nuestra época -- dijo soriendo Benkovsky, No
ocurría así en la época en que los intelectuales pertenecían, en su mayoría, a' la nobleza. Aho
ra, cuando el hijo de cualquier especulador, de
cualquier comerciante o de cualquier empleado
público puede convertirse en intelectual con la
lectura de dos o tres libros populares, la vida
de los campesinos no interesa a los escritores.
&Acaso nuestros intelectuales conocen el campo?

Sólo lo consideran como un lugar donde se pue
de pasar agradablemente el verano. La aldea es
para ellos una “ villégiature ". Veranean toda su vida: nacen, viven y desaparecen, dejando tras ellos papeles y todo género de desperdicios, como
los que vienen a veranear a la aldea y a sus al
rededores. Otros vendrán tras ellos y barrerán
todas esas inmundicias y hasta la memoria de los

83

intelectuales sin corazón, sin energía, de esta
triste época.

- ¿Y quiénes serán esos otros? ¿ La nobleza
resucitada?—preguntó Hipólito Sergueievich.
- Usted me ha entendido de un modo

...

poco
halagüeño para usted.

iLe pido perdón!-replicó
irónicamente Benkovsky.

- Le

he

preguntado a

usted tan sólo quiénes
son los que han

de

reemplazar a

los intelectuales

dehoy.
- Los representantes

de

laclase campesina ilus
trada

...

hombres con un intenso sentimiento

de

su
dignidad,

sedientos

de

saber,

fuertes,

dispuestos
a

la

acción.

-

Los saludo por adelantado!

-dijo con tono
indiferente Hipólito Sergueievich.
-Sí;

hay que reconocer que

la

Rusia aldeana
comienza a

producir algo nuevo -

dijo,

conciliado
ra,

Isabel Sergueievna-.

Aquí,

en

nuestra

al

dea,

hay muchachos muy interesantes:

dos

jó
venes campesinos,

Ivan y

Grigori Chajov,

que

se
han echado

al

cuerpo

la

mitad

de

mi

biblioteca,
Akim Mozirev,

que asegura que “

lo

comprende

todo "

.
Y

es

verdad,

su

capacidad

esmuy grande.
Le

he

dado a

leer un tratado

de

Física,

y

des

pués

le

he

hecho un pequeño examen;

pues bien:
me ha expuesto con tanta claridad

la

ley del
equilibrio y

de

la

gravedad,

que me

hamaravi
llado.

“

Si

usted

lo

comprende -me ha dichom,

¿

por qué

no

he

de

comprenderlo

yo

también?
Los libros

se

han escrito para todo

el

mundo "

...

84

Sí, hay campesinos muy inteligentes. Por des
gracia, el sentimiento de su dignidad no es, por
ahora, muy intenso y sólo se manifiesta con gro
serías. Son groseros hasta conmigo; pero yo no hago caso y no me quejo a las autoridades, por que estoy al tanto de que en este terreno pueden nacer flores de fuego

...

y

elmejor día puede uno
ver su casa convertida en cenizas.
Hipólito Sergueievich

se

sonrió.Benkovsky miro
a

su novia con tristeza.

Así,

en

una conversación superficial,

sin he
rirse unos a

otros

el

amor propio,

permanecieron
hasta las diez.

Después,

Isabel Sergueievna y
Benkovsky entraron

de

nuevo

en

la

casa y

se

en
tregaron a

la

música.

Hipólito Sergueievich

se
despidió

de

ellos y

se

fué a

su

cuarto.

Notó que
su futuro cuñado no hizo

el menor esfuerzo para disimular

el

gusto con que

se

separaba del her
mano de

su

adorada.
...

Se

sabe

lo

que quiere saberse,

y

después

el
fastidio acude a

nuestra alma,

como recompensa de nuestro deseo de saber.
Así pensaba

el

joven sabio,

cuando

se

sentó
ante

la

mesa para escribir algunas cartas.

No
se

le

ocultaban los móviles

de

las relaciones ori ginales

de

su

hermana con Benkovsky,

y

se

daba
cuenta

de

su

papel

en

aquel juego.

Sin embar
go,

era tanta

su

indiferencia,

que

ni

el

proceder
de

su

hermana

le

indignaba.
No tardó

en

dejar

la

pluma y

apagar

la

lám
para.

85

Cuando la habitación quedó a obscuras, se acer
có a la ventana.
Un silencio de muerte reinaba en el parque,
iluminado por la luna, que parecía verde, vista
al través de los cristales.

Bajo la ventana se deslizó una sombra y des apareció en seguida, oyéndose un leve rumor de ramaje agitado. El catedrático abrió los crista les, se asomo y vió la bata blanca de la doncella Macha.

“Si la señora se limita a jugar al amor - se dijo sonriendo, al menos su doncella ama en realidad.”

* * *

Lentamente fueron sucediéndose los días, a
modo de gotas que cayesen en el océano de la
eternidad, y todos se parecían de una manera
fastidiosa. La vida era monótona, y el trabajo no adelantaba; pues el brillo ardiente del sol, los perfumes enervantes del parque y las noches
llenas de luna predisponían a la perezosa inac
ción y al ensueño.
Hipólito Sergueievich gozaba tranquilamente de una vida vegetativa, demorando todos

los

días
para

el

siguiente

el

cumplir

su

propósito

de

en

tregarse

al

trabajo.

A

veces,

enojado,

se

repro
chaba

su

inactividad,

su

falta

de

voluntad;

pero
las ganas

de

trabajar

no

llegaban nunca,

y

atri
buía

su

pereza a

la

tendencia

de

su

organismo

a

acumular energías.

Despertábase por

lamaña

86

na, tras un sueño profundo y sano, y, despere
zándose, notaba sus músculos tensos, elástica su piel, su respiración libre y honda.
La mala costumbre de las conversaciones filo
sóficas, bastante arraigada en su hermana, se gún veía, le irritaba al principio; pero no tandó
en habituarse a tal defecto. Demostró, de un
modo inofensivo, con tanta amenidad, la inutili
dad de la filosofía, que Isabel Sergueievna em
pezó a discurrir menos.
Casi todos los días, después de la visita de Benkovsky, el catedrático se prometía hablarle a
su hermana de sus relaciones con el joven; pero
nunca lo realizaba, renunciando, sin darse cuenta, a intervenir en tal asunto. Además, se decía que no era posible saber cuál de los dos sería más desgraciado, cuando volviese la razón a la cabe za inflamada del amador; lo cual sucedería el día menos pensado, pues el joven ardía en un
incendio de pasión, y el fuego se apagaría fatal
mente. Su hermana no igncraba que era mayor que el mozo, y si resultaba castigada, ¿ qué se le iba a hacer?: era justo.
Varenka iba con bastante frecuencia. Se pa seaban en bote, ya los dos solos, ya en compa ñía de Isabel Sergeievna; pero nunca con Ben kovsky. Se paseaban también por el bosque. Una tarde fueron en coche a un convento situado a veinte verstas de la aldea.
La muchacha seguía gustándole. Aunque le in dignaba a menudo con sus palabras, su compa

87

ñía le era muy grata. Le hacía reír su ingenui.
dad, de la que procuraba no abusar. Admiraba
su rectitud, aunque la perseverancia con que se
resistía a sus tentativas apostólicodocentes hería
su amor propio.
Y con una frecuencia creciente se preguntaba:
" ¿ No tendré bastante energía para acabar
con todos sus prejuicios, con todas sus tontunas? Aunque cuando se hallaba solo sentía una ne
cesidad imperiosa de romper las cadenas de estu
pidez, que sujetaban la inteligencia de la joven,
en cuanto la veía relegaba a segundo término su
decisión. A veces, la escuchaba con tanto interés
como si quisiera aprender algo de ella, y se daba
cuenta de que había en ella una fuerza que ponía
trabas a la libertad de su espíritu. No pocas ve ces, cuando se le ocurría un argumento de fuerza y claridad bastantes para probarle de un modo rotundo lo equivocado de sus ideas, no lo utili zaba, diríase que no se atrevía a utilizarlo.

Acaso se deba esto a que no estoy seguro yo
mismo de poseer la verdad ” -pensaba.
Una de las razones que hacían difícil su em
presa era que la muchacha estaba por completo
" in albis ” en lo relativo a las ideas corrientes.
Había que empezar por el alfabeto. Sus " porqués "
y sus “ cómos ” le obligaban a sumergirse en
profundidades teóricas, donde ella sé perdía. Una
vez, cansada de sus contradicciones, la muchacha le expuso su propia filosofía, en los siguientes términos:

66

88

Dios me ha creado, como a todos los seres
humanos, a su imagen y semejanza; por tanto,
todo lo que hago lo hago según su voluntad, y mi vida es dirigida por él. Dios conoce mi vida, y eso me basta. Hace usted mal en atormentarme.
Con una frecuencia creciente despertaba en él
la sensualidad; pero él se mantenía siempre sobre sí, y a costa de grandes esfuerzos, cada vez más violentos, lograba dominar sus impulsos eróticos. Procuraba incluso ocultárselos a sí mismo, y cuan do no lo conseguía, solía decirse, con una son risa confusa:

“ Bueno, ¿ qué tiene de particular

...

sobre todo
siendo tan guapa?

Yo soy

un

hombre,

y

mi
organismo,

merced

al

sol y

al

aire del campo,
se

fortalece

de

día en día

...

Sí

,

es

muy natu

ral;

pero,

por fortuna,

los aspectos extraños de
su

psicología impedirán que me enamore.

”

La razón humana adquiere una actividad y

una

flexibilidad grandísimas cuando

el

hombre quiere
disfrazar sus sentimientos y

ocultar

el

verdadero
carácter

de

las exigencias

de

su

naturaleza.

En
su

estado primitivo,

todos los sentimientos son
rectos y

francos,

como todas las fuerzas;

pero
pierden

su

rectitud y

se

tornan meramente bru
tales cuando los destroza

la

vida o

los desnatura
lizan los esfuerzos para someterlos a

la

razón
fría;

y

entonces,

queriendo disimular

su

condi
ción brutal y

débil,

intentan,

ayudados por

la

ra
zón,

dar apariencias

de

verdad a

lamentira.

Hipólito Sergueievich sabía disfrazar muy bien

89

sus sentimientos, y se aseguraba a sí mismo que lo que sentía por Varenka era sólo interés espiritual. A pesar de que se juzgaba incapaz de amarla de veras, en las profundidades de su alma se en cendía, de cuando en cuando, la esperanza de po seerla. Esperaba secretamente incluso que se ena morase de él. Y, razonando sobre cuanto no le rebajaba a sus propios ojos, conseguía ocultarse lo que podía hacerle dudar de sí mismo.
Una tarde, tomando el té, su hermana le dijo:
-¿Sabes que mañana es el santo de Varenka Olesova? Habrá que ir a felicitarla. Yo daré con gusto ese paseo. Además, la carrera

les

sentará
muy bien alos caballos.

- Sí,

ve

...

Y

felicítala también

en

mi

nombre
contestó

él

,

aunque deseaba

ir

también.

- ¿Y

tú

?

¿No quieres acompañarme?
-A

la

verdad,

ni

yo

mismo

lo

sé

...

Me pare

ce

que

no

quiero;

pero puedo

ir,

sin embargo.

- No

es

obligatorio -

declaró

la

viuda,

bajan
do los ojos para ocultar

su

sonrisa.

-

Naturalmente!-replicó

el

joven sabio con cierta irritación.
Reinó un largo silencio.

Hipólito Sergueievich
se

reprochó severamente

el

querer evitar los en cuentros con

lamuchacha,

como

si

temiera sucum

bir ante sus encantos.
- Me ha asegurado Varenka que

su

finca

esmuy
pintoresca -

dijo.
Y

se

puso encarnado,

seguro

de

que

su

herma
na

le

había comprendido muy bien;

pero ella

no

90

lo dió a entender, y, por el contrario, fingió que quería persuadirle.
-; Sí, vamos, te lo ruego! Verás qué finca más bonita. Además, iré más a gusto si vas tú conmi go. No emplearemos mucho tiempo, ¿ quieres?
El aceptó, pero se puso de mal humor.
"¿Qué necesidad tengo de mentir?-se pre guntaba con enojom. ¿ Qué hay de vergonzoso o de no natural en que yo vaya a ver a una linda muchacha? "

Y dejaba tales preguntas sin respuesta.
A la mañana siguiente se despertó temprano,
y los primeros sonidos diurnos que llegaron a su
oído fueron las palabras de su hermana:
-; Qué sorpresa va a tener Hipólito! Acompañaba tales palabras una alegre risa, que sólo podía ser la de Varenka.
Se incorporó en la cama, apartando la colcha,
y se puso a escuchar, sonriente. Lo que sentía no llegaba a ser alegría; pero era el presentimien to de una alegría cercana, que le acariciaba los
nervios.
Saltando de la cama, comenzó a vestirse con un
apresuramiento que a él mismo le hacía reir.
¿ Qué había ocurrido? ¿ Erą posible que hubiera ella ido el día de su santo a invitarlos? ¡Vaya
una muchacha simpática!
Cuando entró en el salón, Varenka, con el aire
cómico de una muchachita culpable bajó los ojos
ante él, y, sin coger su mano tendida, dijo tími
damente:

91

-Temo que usted

...

- Figúrate -

!

-exclamó Isabel Sergueievna—. Se ha escapado

de

su

casa!

- ¿Cómo ha sido eso?
- En secreto -

explicó Varenka.

-Ja,

ja,

ja

- rió!

la

viuda.

- ¿Pero por qué?

¿De quién ha huído usted?

-

De los pretendientes -confesó!

lamuchacha,

riendom Figúrese usted qué cara pondrán!

Tia
Luchitsky,

que quiere casarme a

toda costa,

les

ha
dirigido invitaciones solemnes,

ha

preparado una
porción

de

cosas buenas,

pasteles,

confituras,

et

cétera,

como

si

yo

tuviera

lo

menos un centenar

de

enamorados.

Le

he

ayudado

en

los

preparati

vos,

y

esta mañana,

en

cuanto me he levantado,

hemontado a

caballo yme

he

venido aquí

al

ga
lope.

En casa

he

dejado unas letras diciendo que
me iba a

casa

de

Chervakov

...

Los Chervakov, ¿comprende usted?

,

viven

al

lado

de

allá

de

casa,
a

veintitrés verstas de distancia. El

joven sabio

lamiraba riendo y

sentía una
cálida ternura invadir

su

corazón.

Ella llevaba,

como

lamañana del primer paseo

de

ambos

en
bote,

una holgada bata blanca,

cuyos pliegues
caían,

a manera

de

arroyos,

de

sus hombros has
ta

sus pies,

envolviendo

su

cuerpo como una nie

..

bla.

Una sonrisa serena brillaba

en

sus ojos,

y

la

alegría teñía

de

rosa sus mejillas.
- ¿Le disgusta a

usted?-le preguntó. -¿El qué?
- ¿No aprueba usted

lo

que

he

hecho?

Com

92

prendo que no ha sido correcto - dijo la mucha
cha con voz grave; pero al instante se echó a reir
de nuevo.

- Me imagino_continuó la cara que habrán
puesto! Irían, naturalmente, de punta en blanco, perfumados, y de repente

...

Estoy segura

de

que
se

emborracharán como cerdos para consolarse de
su

desventura.

- Son muchos?-preguntó Hipólito Sergueie
vich.
-Cuatro.

- El

té

está servido anunció Isabel Ser.
gueievna.
Y

añadio:

-Te costará cara esta travesura,

amiguita.
¿Has pensado

en

eso?

- No quiero pensar ahora

en

nada!-respondió
Varenka con tono resuelto,

sentándose a

la

mesa—.

No volveré hasta

la

noche a

casa,

des
pués

de

haber pasado

el

día con ustedes.

¿

Aqué
pensar por

lamañana

en

lo

que ocurrirá por
la

noche?

Además,

yo

no

le

temo a

nadie.

Papá
gruñirá,

naturalmente;

pero

yo

me iré a

otra
habitación para

no

pirle.

¿La tía?

Me quiere
con locura.

¿Los enamorados?

Puedo,

si

quiero,
hacerles andar a

cuatro patas.

„

Ja,

ja,

ja!
¡ Tendría mucha gracia!

Voy a

ensayar

...

Cherno
neboy

no

podrá hacerlo,

porque padece del estó mago.

-

Varvara,

estás loca -le!

llamaba a

la

razón

Isabel Sergueievna.

>

93 ---

Ya no

lo

haré más!--

prometió

lamuchacha,
riendo hasta saltársele las lágrimas.
Pero durante largo rato siguió hablando

de

sus

pretendientes

de

unmodo humorístico,

contagián

doles

su

alegría a

sus dos interlocutores.
Mientras tomaban

el

té,

no dejó

de

vibrar

la
risa en

el

aire.

Isabel Sergueievna reía con una especie

de

con

descendencia para Varvara;Hipólito Sergueievich se

esforzaba

en

permanecer serio y

no

lo

conse

guía.
Después del

té

empezaron a

deliberar sobre
lo

que harían aquel día,

cuyo principio era tan alegre.
Varenka propuso

ir

en

bote

al

bosque y

hacer
allí

té.

Hipólito Sergueievich aprobó

la

proposi
ción;

pero

su

hermana declaró:

- No puedo tomar parte

en

vuestro paseo:

ten

go

que

ir

a

Sanino.

Pensaba

ir

a

tu

casa,

Varva
ra,

y

luego

ir

a

Sanino,

adonde ahora iré directa

mente. El

catedrático

le

dirigió a

su

hermana una mi
rada recelosa;

le

parecía que acababa

de

inventar
toda aquella historia para dejarlo solo con Var vara;pero no vió pintarse

en

surostro sino

la

con
trariedad y

la

preocupación.
Varenka,

aunque disgustada

al

principio por

la
declaración

de

Isabel Sergueievich,

no

tardó en
animarse de nuevo.
- Bueno;

peor para

ti

!

Iremos,

a

pesar de
todo.

¿Verdad?

Iremos muy lejos.

Sólo

te

su

94

a

plico que nos dejes llevar con nosotros a Grigori
y a Macha.
- En cuanto a Grigori, no tengo inconveniente;
pero Macha es imposible que os acompañe: tie ne que servir el almuerzo.

- Si no habrá nadie para almorzar: tú te vas
casa de Benkovsky; nosotros no volveremos hasta la tarde.

- Bueno, puedes llevarte a Macha también.
Habiéndose quedado solo en el comedor, Hipó lito Sergueievich encendió un cigarrillo, salió a la terraza y empezó a pasearse. La excursión le agra daba; pero Grigori y Macha le parecían una com pañía inoportuna. Le cohibirían, de seguro; no podría hablar con libertad en su presencia. Media hora después se encontraba, con Varen
ka, al lado del bote, mirando a Grigori prepararlo
todo para la partida. Grigori era un joven cam pesino, rojo, de ojos azules, pecoso y aguileño.
- ¡Eh, tú, rojo! ¡Date prisa! ¡Los señores están
esperando!-le gritó Macha, colocando en el bote el samovar y una porción de envoltorios.
- En seguida estará todo a punto! -- respondió
el otro, guiñándole el ojo a la doncella.
Hipólito Sergueievich

los

miró y

comprendió
quién era

el

que vagaba por

la

noche bajo sus
ventanas.

- ¿No sabe usted?-dijo Varenka,

señalando con
la

cabeza a

Grigori,

cuando estuvieron sentados
ya

en

el

bote.

Tiene aquí una reputación de
sabio

...

de

jurista

...

95

- No se burle usted de mí, Varvara Vasiliev
na – protestó Grigori, sonriendo y enseñando sus
dientes sólidos.

-; En serio, Hipólito Sergueievich, conoce todas las leyes!-insistió Varenka.
- ¿De veras, Grigori?

- preguntó Hipólito Ser
gueievich.
- La señorita bromea. ¿ Acaso pueden conocer
se todas las leyes? Nadie las conoce todas.

- ¿Ni el que las ha escrito?
-¿El señor Speransky? Murió hace mucho tiempo.
- ¿Lee usted mucho? ¿ Qué lee usted?

- pre
guntó Hipólito Sergueievich, contemplando el ros tro inteligente del joven, que manejaba hábilmen te los remos.
- Sobre todo, las leyes, como dice la señori
ta - respondió el otro, señalando con sus ojos risue ños a Varenka- Por casualidad cayó en mis ma
nos el volumen X del Código penal

...

Vi

que era
una cosa interesante y

útil,

y

me puse a

estu

diarlo.

Ahora estoy leyendo

el

volumen

I.

Elpri
mer artículo dice:

" Nadie tiene derecho a

ale
gar

la

ignorancia

de

las leyes ”

;

pero

yo

creo que
nadie las conoce.

Además,

no

es

preciso,

ni mu
cho menos,

conocerlas todas

...

El maestro

de

es
cuela me

ha

prometido procurarme

la

colección

de

las que

se

refieren a

los campesinos,

que debe

de

ser muy interesante.

- ¿Ve usted?-dijo triunfante Varenka.
- ¿Lee usted mucho,

pues?

96

-Cuando tengo algún tiempo libre. No faltan aquí libros: sólo Isabel Sergueievna tiene lo me. nos mil. Lo malo es que casi todos son novelas.
El bote avanzaba tranquilamente río arriba.
Las orillas se deslizaban rápidas en dirección con traria. Todo en torno era calma y aroma cam

pestre. Hipólito Sergueievich miró a Varenka,
cuya cara se hallaba vuelta hacia el recio reme
ro, que, al par que hería con los remos la tersu
ra del agua, hablaba de literatura, contento de
ser escuchado por un sabio. Los ojos de Macha, que le contemplaban atentos, reflejaban el cariño y el orgullo.
- No me gusta leer las descripciones del sol
naciente o poniente - decía Grigori-, ni de nada
de lo que concierne a la Naturaleza; pues lo he
visto millares de veces por mis propios ojos. Los
bosques y los ríos me los sé de memoria. ¿ Qué necesidad tengo de leer sus descripciones? Sin embargo, se habla de estas cosas en casi todos los libros. Me parece completamente inútil: cada uno concibe a su modo la salida del sol, y todo el
mundo tiene ojos para verla. Lo interesante es
la vida de los hombres. Lee uno y piensa: “ ¿Qué harías tú en el lugar de éste o del otro perso naje? ” Aunque sabe uno que todo es mentira.
- Qué es lo que es mentira? ---- preguntó Hipó.
lito Sergueievich.
-- Pues

lo

que

se

escribe

en

los libros.

Todo
es

inventado.

Por ejemplo,

los campesinos

...

(

se
parecen a

los campesinos que

se

describen

en

los

97

libros? Se habla siempre de ellos con lástima, se le: pinta muy estúpidos

...

Eso está muy mal.

La

gente lee esos libros y

cree que

es

verdad cuan
to

se

dice

en

ellos,

y

¡ claro!

no conoce nunca a

los campesinos

...

El

campesino

no

tiene nada

de
estúpido

ni

de

malo,

contra

lo

que afirman los
libros.

Aquella conversación aburría visiblemente a

Va

renka,

que empezó a

cantar a

media voz,

con

templando

el

paisaje

de

las orillas.
- ¿Quiere usted,

Hipólito Sergueievich -

propu.

so—,

que vayamos

un

rato a

pie por

el

bosque?
Es estúpido estar inmóvil

en

el

bote,

achicha
rrándose

al

sol.

Grigori y

Macha irán

en

el

bote
hasta

el

barranco Savelov,

donde prepararán

el

té

ynos esperarán

...

¡ Grigori,

desembárcanos!Me encanta comer y

beber

en

el

bosque,

bajo

el

cielo
abierto,

bajo

el

sol

...

Se

siente uno libre,

como

los vagabundos.
Momentos después,

ambos

se

encontraban

en
tierra,

sobre

la

arena

de

la

orilla.
- ¿Verdad -

dijo ella con animación -

que cuan

do

se

toca

la

tierra después del agua

se

experi
menta una impresión especial?

Tengo las botas
llenas

de

arena

...

y

un pie mojado.

Esto hace
sentir

la

vida,

produce sensaciones tan pronto agradables como desagradables

...

¡ Mire usted qué
aprisa va

el

bote!

El agua corría a

sus pies y,

surcada por

el
bote,

sonaba dulcemente.

El

bote

se

dirigía como

una flecha hacia

el

bosque,

dejando tras

sí

una
VARENKA 7

98

larga estela que brillaba al sol como si fuera de plata. Se veía reír a Grigori, y a Macha ame nazarle con el puño.
- Son novios - dijo Varenka sonriendo-. Ma
cha ya le ha pedido a su hermana de usted per miso para casarse con Grigori; pero Isabel Ser
gueievna no se lo ha dado aún; no el gustan los
criados casados. Pero en otoño, Grigori terminará aquí su servicio y se llevará a Macha. Son buenas
personas los dos. Grigori me ruega que le dé en
arrendamiento un poquito de tierra

...

diez o

doce
hectáreas;

pero mientras papá viva no puedo com placerle.

Lo

siento.

Sé

que me pagaría con pun
tualidad.

Sabe hacerlo todo:

es

herrero,

cerraje
ro

y

segundo cochero,

ahora,

de

su

hermana

de

usted

...

Kokovich,

el

jefe del distrito,

uno

demis
enamorados,

pretende que Grigori

es

un

hombre
peligroso,

que

no

respeta a

las autoridades.
¿Es polaco ese Kokovich?
- No

lo

sé

;

quizá sea tártaro

...

Tiene una len
gua muy gruesa ymuy larga,que no

le

cabe en
la

boca,

y

con ese motivo pronuncia

de

un modo
terrible

...

¡ Dios mío,

cuanto barro!
Les interceptaba

el

camino un charco cubier to

demusgo y

rodeado

de

un

barro pegajoso.
Hipólito Sergueievich

lomiró y

dijo:

- Hay que bordearlo.
- ¿Para qué?

¿No puede usted saltarlo?-pre
guntó Varenka con indignación Para bordear este charco necesitaríamos mucho tiempo

...

¡ Vea
si

puede saltar!

¡ Mire qué fácil

es

!

Una,

dos

...

99

Y dió un salto hacia delante. Le pareció que la bata se desprendía de sus hombros y se cer nía en el aire.
- iDios mío cómo me he puesto!

-gritó al otro
lado del charco, con tono lastimero— No, no sal

te usted, mejor es que dé la vuelta. Jesús,
cuánto barro!

El catedrático la miraba, sonriendo vagamen
te, queriendo concretar una idea obscura que se
insinuaba en su cerebro y sintiendo hundirse sus
pies en la tierra húmeda. Al otro lado del char co, Varenka se sacudía, con un ligero ruido, la bata. Hipólito Sergueievich veía las medias ra yadas, ceñidas a las finas piernas de la mucha cha. Durante un momento pensó que el charco que los separaba era una a modo de advertencia para él y para ella; pero rechazó brutalmente
dicha idea, llamándose imbécil, y se desvió del
camino hacia los matorrales que lo bordeaban.

También por allí, para avanzar, tenía que pisar el
agua, oculta por la hierba. Mojándose los pies,
una vaga decisión, llegó adonde estaba Va renka, que le mostró, haciendo una mueca de re pugnancia, su bata manchada.
-; Míreme usted! ¡Estoy buena!
El la miraba las grandes manchas, que resal. taban violentamente sobre la blancura de la tela,

- ¡Estoy acostumbrado a verte tan pura, y me
place tanto verte así, que una mancha en tu ves. tido proyecta una sombra negra sobre mi alma!
- pronunció lentamente.

con

100

Y calló, fijando los ojos en el rostro asombrado
dc Varenka y sonriendo confuso.
La mirada de la muchacha se clavó en él de una manera interrogativa. Invadieron su corazón olas de calor y de ternura, prestas a convertirse en palabras mágicas que no había él dicho nunca a adie, por la sencilla razón de que no las conocía.

- ¿ Qué ha dicho usted?—preguntó con insis
tencia Varenka.
El tono severo de la pregunta le estremeció. Esforzándose en conservar la calma, empezó a explicarle, con voz grave:

- Le he citado a usted versos

...

de

un poeta
extranjero,

que,

en

ruso,

parecen prosa;

pero

...
bien

se

ve

que son versos,

¿

verdad?

...

Si

no me

engaño,

son italianos

...

no

recuerdo

ya

...

O

pue
de

que

no

haya tales versos,

y

las palabras que
le

he

dicho pertenezcan a

alguna novela

...

Se me
han venido

de

pronto a

la

cabeza.

- ¿Cómo son?

Recítemelos otra vez —

preguntó
ella pensativa.

- Estoy acostumbrado

...

Sedetuvo,

frotándose

lafrente.
-Tiene gracia,

se

me

ha

olvidado

lo

que aca
bo

de

recitar.

¡ Palabra

de

honor,

se

me ha

ol

vidado! -iBueno,

enmarcha!
Y

Varenka echó a

andar con aire resuelto.

Durante algunos minutos Hipólito Sergueievich guardó silencio,

esforzándose

en

explicarse aque
lla escena extraña;

pero sólo logró llegar a

la

.

101

conclusión de que había cometido una gran tor
peza con Varenka, que avanzaba a su lado muda,
con la cabeza baja y sin mirarle.
Aquel mutismo le inquietaba; le parecía que Varenka pensaba en él y de un modo poco ha lagüeño. Sin dar con la explicación que busca ba, dijo de repente, haciendo gala de un buen humor que no sentía:

-; Si sus pretendientes de usted supieran que está usted aquí!
Ella le miró, como si sus palabras la hubiesen despertado de un profundo sueño; pero poco a
poco la expresión grave de su rostro fué tornán
dose sencilla y dulce como la de un niño.

- Sí, se ofenderían

...

Sin embargo,

lo

han

de
saber,

esté usted seguro.

Y

quizá piensen muy
mal de mí.

- ¿Y usted,

tiene miedo?

- ¿De esos señores?-preguntó Varenka con
voz suave,mas llena

de

cólera.
- Perdone

la

estúpida pregunta.
- No estoy enfadada.

Usted no conoce

...
Usted

no

sabe hasta qué punto me son antipáti
cos.

Aveces me dan ganas

de

tirarlos amis pies
y
pisotearlos,

tapándoles

la

boca para que

no
pudieran hablar.

¡ Oh,

qué horror

de

hombres!
En los ojos

de

lamuchacha

se

pintaba

en

aquel
momento tal cólera,

que Hipólito Sergueievich,
para no verla,

volvió

la

cabeza.

- Es muy triste -

dijo que esté usted obliga
da

a

vivir entre gentes a

quienes detesta.

¿Es

me

102

posible que no haya entre ellos uno solo que

...

le

haya parecido a

usted más omenos interesante?

- ¡No

lo

hay!

En general,

hay muy pocos
hombres interesantes sobre

la

tierra.

Todos son
blandengues,

sin temperamento

ni

carácter,

anti

páticos. El se

sonrió y

dijo,

con una ironía incompren
sible para

él mismo:

- Es usted todavía demasiado joven para afir
mar cosas semejantes.

Espere

un

poco aún:

ya
encontrará un hombre que

la

satisfará

...

que

la

interesará

...

- ¿Y quién será ese hombre?-preguntó ella
bruscamente,

parándose.
- Su futuro de usted.
-¿Pero quién

es

?
-

Cómo puedo saberlo

yo

?--

preguntó,

enco

giéndose

de

hombros y

con visible enojo,

Hipólito
Sergueievich.
- Entonces,

¿

para qué hablar

de

eso?-dijo

la

muchacha suspirando.

y

echando a

andar de
nuevo.

Caminaba por entre

lamaleza,

que les llegaba
hasta cerca

de

los hombros.
La senda

lasurcaba,

semejante a

una larga

cin
ta

perdida,

formando caprichosas curvas.

No tar
daron

en

encontrarse ante un espeso bosque.
-- ¿Se casaría usted?-preguntó

él

.

- No

sé

...

No pienso

en

eso —

respondió ella con sencillez.

La mirada de sus bellos ojos era

en

aquel mo

103

un

mento tan pensativa que se diría que trataba de
recordar algo lejano y querido.
- Debía usted pasar el invierno en la ciudad;
su belleza de usted no tardaría en llamar la aten
ción, y pronto encontraría usted lo que echa de

menos

...

Porque muchos hombres sentirían
gran deseo

de

llamarla

su

mujer -

dijo lenta y

dulcemente

el

catedrático,

fijos los ojos

en

el
rostro

de

lamuchacha.
-;Pero tendría

yo

que permitirselo!
- Usted

no

puede prohibir a

los hombres que lo

deseen.

- Eso

sí

...

Pueden desear todo

lo

que quieran.
Anduvieron algunos minutos

en

silencio.

Ella
miraba soñadoramente a

lo

lejos.

El

contaba ma
quinalmente las manchas

de

barro

de

su

bata.
Eran siete:

tres grandes,

que parecían estrellas; dos

en

forma

de

comas,

y
una como una pincela da.

Por

su

color negro y

su

disposición sobre

la
blancura

de

la

bata,

tenían

un

significado para

él

;

pero no sabía cuál.
- ¿Ha estado usted alguna vez enamora
do

?-preguntó ella

de

pronto con acento grave.

-

Yo?-respondió

él

estremeciéndose

Sí

;

pero

...

hace mucho tiempo

...

cuando era

unmu
chacho.

-Yo también he estado enamorada

...

Hace mu

cho tiempo

...

- ¿Y quién era

él

?-preguntó

el

joven sabio
con naturalidad,

arancando una rama y

tirándola
al

punto.

104

- ¿El? Era un

...

ladrón

de

caballos

...

Hace tres
años que

le

vi

...

Yo tenía entonces diez y

siete

...
le

prendieron,

le

pegaron cruelmente y

le

lleva
ron ante nuestra casa.

Tendido,

fuertemente ata

do

me miraba

en

silencio

...

Yo estaba

de

pie

en
la

escalinata,

a

unos cuantos pasos

de

él

.

Recuer

do

que

lamañana era hermosísima y

que todos
dormían aún en casa

...

Varenka calló,

reuniendo sus recuerdos.

- Bajo

él

-

continuóhabía

un

charco

de

san
gre,

en

el

que seguían cayendo

de

sus heridas

al
gunas gotas.

Se llamaba Sachka Remesov.

Unos

“ mujiks ”

se

arremolinaron a

su

alrededor,

gru
ñendo como perros.

Todos

lemiraban con ojos

de

odio;

pero

él

los miraba muy tranquilo.

Se

veía
que,

apaleado y

atado,

se

consideraba superior a
ellos.

¡ Había que ver

la

mirada

de

sus grandes
ojos claros!

Yo

le

tenía lástima,

y

al mismo tiem

po,miedo

...

Entré

en

casa y

le

escancié

un

gran

vaso

de

“ vodka ”

.

Salí y

se

lo

ofrecí;

pero,

como

estaba maniatado,

no

pudo cogerlo.

Y

levantan
do

un

poco

la

cabeza ensangrentada,

me dijo:
" Acérqueme

el

vaso a

la

boca,

señorita.”

Se

lo

acerqué,

bebió muy lentamente yme dijo:

“ Gra

cias,

señorita,

y

que Dios

la

a

usted feliz!

”

Yo

le

dije muy quedo:

“

Vea

si

puede huir!

”

Y
él me respondió

en

alta voz:

"

,

Si

estoy vivo,hui
ré;

esté usted segura!”

Me gustó muchísimo que
dijese aquello

en

voz alta,

de

modo que

le

oye

sen todos los “mujiks ”

.

Después me rogó:

“ Se
ñorita,mande usted que me laven

la

rara.

”

Se

lo

1

105

mandé a Dunia, que se la lavó

...

Las heridas,

na
turalmente,

no

desaparecieron

...

Momentos des
pués,

le

subieron a

un carro y

se

lo

llevaron.

Al
alejarse

el

carro,

me saludaba y

se

sonreía

...

¡ Dios mío,

lo

que

yo

lloré y

lo

que recé para que pudiera escaparse!

- ¿Espera usted,

quizá -le

interrumpió ironi camente Hipólito Sergueievich—,

que

se

escape y
venga

...

a

casarse con usted?
Ella

no

debió

de

oir

la

última parte

de

la

pre
gunta;

pues respondió sencillamente:
- No vendrá

...

No tiene nada que hacer aquí

...

- Sí;

pero

si

viniese,

i
se

casaría usted con

él

?

-¿Con un “mujik ”

?

...

No

sé

...

No creo

...

El

joven sabio montó

en

cólera.
-¿Quiere usted que

le

sea franco?-dijo-.
¡ Tiene usted

la

cabeza llena

de

estúpidas nove
lerías!
Su voz era seca y

severa.

Varenka

lemiró con
asombro y

prestó atento oído a

sus palabras

du

ras,

casi

de

regaño.

Hipólito Sergueievich

se

es
forzaba

en

demostrarle que aquella literatura que

le

gustaba tanto a

ella corrompía

el

alma,

des
naturalizaba

la

realidad,

era completamente

ex
traña a

las ideas nobles,

indiferente a

la

triste
verdad,

a

las aspiraciones,

a

los sufrimientos

de
los hombres.

Su voz sonaba ásperamente

en

el

si
lencio nemoroso que los envolvía.

De cuando

en
cuando oíase un leve roce

en

lamaleza,

como

si

alguien,

escondido

en

ella,

acechase.

Por entre
el

follaje curioseaban las tinieblas fragantes.

A

106

veces, un a modo de suspiro ahogado hacía tem blar débilmente, soñolientamente, las hojas.
- Sólo deben leerse los libros que nos enseñan
a comprender el sentido de la vida, los anhelos de los hombres, los motivos de sus acciones. Hay que conocer su vida miserable y comprender hasta qué punto sería mejor esa vida si los hombres fueran inteligentes y supieran respetar los dere chos ajenos. Los libros que usted lee no tratan de tales asuntos: no hacen más que mentir, y mienten de un modo brutal. Así, por ejemplo, le han dado a usted una falsa idea del heroísmo, y usted busca en la vida los héroes que no exis ten sino en esos libros.

- No los busco -

dijo

con gravedad

lamucha
cha—.

Bien

sé

que

no

se

encuentran.

Pero ahí
está precisamente

lo

bueno

de

esos libros:

que
nos hablan

de

lo

que

no

existe

...

Cuanto nos ro
dea

es

vulgar,

la

vida

es

gris

...

Se

habla sin ce
sar

de

sufrimientos,

que estoy segura

de

que

no
siempre son reales.

¿Para qué hablar tanto

de
una mentira?

...

Sostiene usted que hay que buscar en

los libros ideas y

sentimientos ejemplares

...
que

la

gente vive

en

el

error.

Entonces

...

habien
dc

los libros sido escritos por gente,

¿cómo pue
do

yo

creer

en

lo

que dicen?

¿Cómo puedo

yo
saber qué autores están

en

lo

cierto y

qué auto

res

se

engañan?

...

En cambio,

en

los libros contra
los que usted tanto

se

indigna,un espíritu noble

...

-;No me ha entendido usted -exclamó!

el

ca
tedrático encolerizado.

107

-¿No? ¿ Y por eso se enfada usted conmi

go?

- preguntó la muchacha con acento contrito.
- ; No, en modo alguno!
-

;Sí, sí! ¡ Se enfada usted, lo sé! Yo también
me enfado cuando los demás no comparten mis
opiniones. ¿ Por qué tiene usted tanto empeño en que yo piense como usted? A la verdad, tampoco yo puedo sufrir que no se piense como yo. ¿ Por
qué esta intransigencia? ¿ Por qué los hombres
disputan sin cesar y tienen un empeño tan decidi
do en convencerse unos a otros? Si todo el mun
do estuviera de acuerdo, no habría de qué hablar.
Varenka se echó a reir, y concluyó:
- Se diría que se quiere suprimir todas las pa
labras y dejar sólo la palabra “ sí”. Sería un
encanto!

- Me pregunta usted por qué quiero que esté
usted de acuerdo conmigo

...

- No,

ya

no

pregunto,

comprendo:

está usted
habituado a

enseñar,

y

no

quiere que

se

le

ha
gan objeciones.
- ¡No

es

eso!-exclamó

él

con tristeza—.

Lo
que quiero

es

despertar

en

usted

el

espíritu crí

tico y

que

lo

aplique usted a

todo

lo

que suceda
en

torno suyo y

en

su

alma.

- ¿Para qué?-le preguntó ella,mirándole

in
genuamente a

los ojos.
- ¿Para qué

va

a

ser?

Para que pueda usted juzgar sus actos,

sus sentimientos,

sus ideas

...

,

para que tenga usted

un

concepto justo

de

la

vida,
de

sí misma.

108

- Eso debe ser muy difícil.

Juzgarse, criticar se, etc

...

No

sé

cómo puedo hacer eso,

siendo una

sola persona y

no

pudiendo partirme

en

dos.

Ade
más,

se

diría,

oyéndole a

usted,

que usted sólo

conoce

la

verdad

... Ya

sé

que todos creen

lomis

mo,

y

yo

también

...

Eso prueba que todos

se

en
gañan,

ya

que usted mismo dice que

la

verdad
es

una para todos

...

i Mire usted qué prado más
bonito!

Hipólito Sergueievich miró sin contestar a

aque

llas palabras.

Sentía cierto descontento.

Estaba
acostumbrado a

considerar unos estúpidos a

quie

nes no

se

hallaban de acuerdo con

él

.
Por

lome

nos,

los consideraba incapaces

de

discernir sen
satamente y

le

inspiraban una mezcla

de

despre
cio y

piedad.

Pero aquella muchacha

no

le

parecía
tonta y

no

le

inspiraba

el mismo sentimiento que
sus demás contradictores.

“ Probablemente - se

de
cía,

tratando

de

explicarse

el

fenómeno -

eso obe
decerá a

que

esmuy guapa.

Por otra parte,

sus

discursos extraños tienen cierta originalidad,

y

la

orignalidad

es

tan rara,

sobre todo entre las mu jeres ”

...
Como hombre

de

alta cultura,

procuraba

tra

tar a

las mujeres como iguales

al

hombre;

pero

en

el

fondo

de

su

alma tenía

de

ellas un concep
to

escéptico e

irónico.

Caminaban por un ancho prado casi completa
mente circular.

El

camino

lo

atravesaba y

des
aparecía

en

el

bosque.

Se

alzaban

enmedio unos
cuantos castaños,

jóvenes yesbeltos,que proyecta

109

ban sombras de encaje sobre la hierba segada. No
lejos había una choza de ramas, medio derruída, en cuyo interior se veían un montón de heno y
dos urracas. El joven sabio, al verlas, pensó que
maldita la falta que hacían en aquel pequeño de sierto circundado por la muralla oscura del bos
que, silente y misterioso. Las aves miraban de
reojo a los seres humanos que avanzaban por el camino, y no manifestaban ningún temor, como si
estuvieran guardando la entrada de la choza en
cumplimiento de su deber.
- ¿Está usted cansada?

- preguntó Hipólito Ser
gueievich, mirando casi con cólera a las urracas, graves y severas en su inmovilidad.
- Yo? ¿ Yo cansarme paseando? ¡Vamos!
Además, sólo nos queda que andar una versta

...

pronto entraremos

en

el

bosque y

nos dirigire

mos por una cuesta

al

sitio convenido.

Una

pi
nada situada

en

un alto.

Los pinos son enormes, sin ramas

en

los troncos,

hasta

su

remate,

que
parece por

su

forma

el

de

un

paraguas.

Reina
un silencio absoluto.

El

suelo está alfombrado

de
hojas

de

pino y

parece cuidadosamente barrido.
Cuando me paseo por allí,

pienso siempre,

no

sé
por qué,

en

Dios

...

En torno

de

su

trono debe

de

reinar

un

silencio parecido

...

pues estoy

se
gura

de

que los ángeles

no

cantan

su

gloria.

No
tiene necesidad

deeso;

sin eso,sabe que

es

grande.
Oyendo estas palabras,

Hipólito Sergueievich pensó:

"

Si

yo me valiese

de

la

autoridad del dog
ma para influir

en

su

alma ”

...

110

Pero renunció al punto a tal idea; pues poner
la en práctica hubiera sido reconocer su debilidad
ante la muchacha. Además, no hubiera sido hon
rado valerse de una cosa en la que no creía. -¿Usted no cree

...

enDios?-preguntó Varen

ka,

como adivinando

su

pensamiento.
- ¿Por qué

lo

supone usted?

- Porque,

por regla general,

los sabios son
ateos:

- No todos!-dijo sonriendo

el

catedrático.
Maldita

la

gana que tenía

de

hablar con

la
muchacha sobre

tal

asunto;

pero ella estaba de cidida a

seguir

la

conversación.
- ¿De veras?

Si

no

todos,

muchos

lo

son.

¿Quiere usted contarme algo

de

ellos?

No com

prendo como

se

puede

no

creer

en

Dios.

¡ Ex

plíquemelo usted! El

guardó silencio algunos segundos,

des
tando

su

espíritu,

adormecido

al

arrullo

de

las
palabras

de

la

joven,

y

comenzó después a

ha
blar del origen del mundo como

él

lo

concebía.
- Fuerzas poderosas y

desconocidas

se

agitan

eternamente,

y

sumovimiento produce

el mundo
que vemos,

en

el

que

la

vida del pensamiento y
la

de

cualquier hierbecilla están sometidas a

las
mismas leyes.

Ese movimiento

no

ha tenido prin
cipio

ni

tendrá nunca

fin

...

Varenka

le

escuchaba con una atención soste
nida,

y

de

vez

en

cuando

le

rogaba que

le

expli
case tal o

cual cosa más detalladamente.

El veía
con gusto que

la

inteligencia

de

lamuchacha tra

111

bajaba. ¡Al

fin

empezaba a

pensar!

Pero acaba
da

la

explicación,

la

joven preguntó ingenuamen
te,

tras un corto silencio:
- ¿Pero y

el

principio?

El

principio,

no

cabe
duda,

es

Dios.

No

se

habla

de

El

;

pero eso

no
impide que

se

crea

en

El

.

Aunque Hipólito Sergueievich hubiera querido

contestar,

la

expresión del rostro

de

Varenka

le

decía que sería inútil.

Ella creía -lo

manifestaba
el

fuego místico que brillaba

en

sus ojos—,

y

con

voz dulce y

tímida continuó: -Cuando

se

ve

lamaldad

de

los hombres y

se
piensa luego

en

Dios y

en

el

Juicio Supremo,

el
alma

se

llena

de

terror.

Porque Dios puede siem pre -

hoy,

mañana,

dentro

de

una hora -

pedir
cuentas.

Y

a

veces,

¿

sabe usted

?,

se

me antoja

que

no

ha

de

tardar

...

Vendrá

de

día

...

se

apaga
rá

el

sol

...

se

encenderá una llama nueva,

y

en

medio

de

esa llama aparecerá

El

...

El

joven sabio

la

escuchaba y

se

decía:

“ No
tiene remedio,

es

inaccesible a

la

razón."
Varenka estaba pálida

de

emoción,

y

en

sus ojos
se

pintaba

el

espanto.

Permaneció bastante tiem po

en

tal estado y

se

fué disipando

la

curiosidad
con que

la

escuchaba Hipólito Sergueievich,

que,
al

cabo,

se

cansó

de

oirla.
No lejos sonó una carcajada.

-

Oye usted?-dijo ella—.

Es Macha.

¡ Ya he
mos llegado!
Apresuró

el

paso y

gritó:

- i Macha!

112

Un minuto después se hallaban junto al río. La orilla, en la que verdeaban numerosos abe dules y pobos, descendía dulcemente hacia el
agua. En la orilla opuesta, muy próximos a
la corriente se alzaban altos pinos mudos que llenaban el aire de un denso aroma de resina. En aquella orilla todo era quietud, sombra, solem
nidad, mientras que, en esta en que ellos se encon

traban, los gráciles castaños agitaban sus ramas flexibles, se estremecía la fronda plateada de los álamos blancos, y los nogales se reflejaban en el agua. En la orilla opuesta sólo se veían sobre la amarillez de la arena manchas rojizas de pinocha.
En la orilla en que estaban ellos se hundían los
pies en la hierba verde y pilas de heno, dispersas entre los árboles, exhalaban una fragancia delicio sa. El

río

,

sereno,

reflejaba como

un

espejo ambas
orillas,

tan poco parecidas.
A

la

sombra de unos castaños había tendido un
tapiz

de

colores vivos sobre

el

que

se

veía un
samovar,

del que

se

elevaba un humo azul.

Jun
to

al

samovar estaba arrodillada Macha,

con una
tetera

en

lamano.

Tenía

la

cara encarnada y

ale
gre,

y

los cabellos húmedos.
- ¿Te has bañado?

- preguntó Varenka
¿ Dónde está Grigori?
-Se ha ido a

bañarse

él

también.

No tardará
en estar de vuelta.

- No

lo

necesito.

¡ Tengo hambre y

sed,

nada
más que hambre y

sed!

¿

Y

usted,

Hipólito Ser
gueievich?

-

113

-Yo tampoco estoy inapetente.

- Anda, Macha!
- ¿Por qué quieren ustedes empezar?

- pregun
tí, la doncella—. ¿ Por los pollos, o por el jamón?
- Dánoslo todo a la vez y vete si quieres. Te
esperan, ¿ verdad?
- ¿Quién ha de esperarme?

-dijo Macha con
una risita, dirigiéndole a Varenka una mirada de reconocimiento.

-

;Bueno bueno! ¡No te hagas la tonta!

“; Lo dice de una manera tan sencilla!”—pensó Hipólito Sergueievich disponiéndose a comer pollo. Varenka seguía embromando a Macha, que,

confusa, con los ojos bajos y con una sonrisa fe lizenlos

labios,

permanecía

en

pie ante ella.

-

;Verás,

si

te

coge Gregori -la!

amenazaba
Varenka.
- ¿En seguida!

No

le

dejaré que me coja

...

La

doncella

se

echó a

reir,

tapándose

la

cara
con

el

delantal,

y

dijo:
-;Sabe

lo

que

he

hecho?

Le

he

tirado del
bote

al

agua.
¿De veras?

¿

Y

el

que

ha

hecho?

- Nadaba detrás del bote y

...

me suplicaba que
le

dejase embarcarse.

Por

fin

,
le

he

echado una
cuerda

...

Prorrumpieron

encarcajadas.Hipólito Sergueie vich acabó por reirse

él

también,

no

porque

le

hiciera gracia imaginarse a

Grigori nadando de trás del bote,

sino porque

la

alegría rebosaba

en
su

corazón.

Le

parecía sentirse libre

de

sí mis

VARENKA 8

114

mo. Admirábase de sí propio, como si se contem plase desde lejos, y observaba con placer que nunca había estado tan sencillamente contento como entonces.
Macha no tardó en irse, y se quedaron solos.
Varenka estaba medio tendida sobre el tapiz y bebía té. Hipólito Sergueievich la miraba, como al través del velo de un ligero sueño. Todo en torno parecía encantado. Sólo se oía el canto melodio so del samovar y, a veces, un leve roce en la maleza.

- ¿Por qué se ha quedado usted tan calla

do?

- preguntó ella—. ¿ Quizá se aburre usted?
- No, estoy muy a gusto — respondió él lenta
mentem; pero no tengo gana de hablar.

-A mí también me pasa eso a menudodijo
ella con animación. Cuando todo calla alrededor,
no me gusta hablar. Las palabras no sirven para
decir muchas cosas: existen sentimientos para
cuya expresión no hay palabras. No se debe tur bar con palabras el silencio.
Calló, miró al bosque y, señalándolo con la
mano, dijo sonriente:
– Mire usted! Se diría que los pinos escuchan algo. ¡Hay entre ellos un silencio tan hondo! Se
me antoja a veces que lo mejor es vivir en silen
cio. Pero también me gusta la tempestad

...

¡ Oh,

qué hermosura!

El

cielo está negro,

sin más res
plandores que

el

de

los rayos

...

el

viento aulla

...

¡ Qué gusto

da

entonces salir

al

campo y

cantar

a

gritos

...

O

correr bajo

la

lluvia,

cara

al

vien

115

to

...

También me gusta

el

invierno con sus tem pestades

de

nieve

...

Una vez,

¿

sabe usted?

,

durante una

de

esas tempestades,me perdí y

es

tuve a

dos dedos de morir helada.
- Cuénteme usted eso —

rogó

el

joven sabio.
Le placía escucharla;

antojábasele que habla
ba

un

idioma nuevo,

aunque comprensible para

él

.

Lamuchacha

se

le

aproximó y

con los ojos cla

vados

en

su

rostro dió principio

al

relato.

-Volvía

yo

de

la

ciudad,

bastante entrada

ya

la

noche.

Conducía

el

carruaje Jacobo,

un ancia
no

y

grave “mujik ”

.
De pronto estalló una

ho
rrible tempestad

de

nieve

...

Nos azotaba

en

ple
na

faz.

A

cada golpe

de

viento,

recibíamos

en

la
cara toda una avalancha

de

nieve,

que hacía

ce
gar a

los caballos.

Jacobo

se

mantenía con mu
cho trabajo

en

el

pescante.Alrededor hervía todo como en una olla.

Estábamos como hundidos en
una espuma fría.

Avanzamos

un

poco y

vi

a
Ja
cobo descubrirse y

persignarse.

“¿Qué pasa “_le pregunté.

“ Encomiéndese usted,

señoritamme
dijom,

a

Dios y

a

Santa Bárbara,

que puede sal
var

al

hombre de una muerte súbita.”

Su acen
to

era sencillo y

sereno,

demodo que

nome asus
té.

“

¿Nos hemos perdido?

” —le pregunté.

“

Sí

”

- repuso.

“ Pero quizá encontremos

el

camino per
dido.”

“

No

-dijo

él —

,

con esta tempestad

de

nie
ve

no

es

cosa fácil.

Aflojaré las riendas y

deja

ré

en

libertad a

los

caballos,

que puede que

lo
encuentren

...

pero

le

aconsejo a

usted,

sin embar
go,

que rece "

...

Es muy devoto

el

buen

Ja

116

.

cobo

...

Bueno.

Los caballos

se

pararon y

no ha
bía modo

de

hacerles andar.

Poco a

poco

la

nieve
nos iba sepultando.

¡i Hacía un frío

de

todos los
diablos!

La nieve me azotaba

la

cara.

Jacobo
abandonó

el

pescante y

se

sentó a

mi

lado,

para
que nos calentásemos uno contra otro.Nos coloca
mos sobre

lacabeza

la

alfombra del trineo;

pero
la

nieve

se

iba amontonando sobre

la

alfombra,
que pesaba más a

cada instante.

Yo me quedé
inmóvil y

pensaba:

"¡Estoy perdida!

Ya

no

co
meré los bombones que acabo

de

comprar.

”

Pero
yo

no tenía gran miedo,

porque Jacobo estaba a
mi lado y

hablaba sin cesar

...

“ La compadezco a usted,

señorita:

no

debía usted morir.

”

“ Pero

tú
también vas amorir —le

decía yo—.

¿Por qué

no
piensas

en

ti?”

“

¿Yo?

Ya

he

vivido bastante,
mientras que usted "

...

Y

no

pensaba más que en
mí.

Me quiere mucho

el

viejo Jacobo.

A

veces

me riñe.

"¡Qué estúpida eres —me!

dice.

¡ Tu

nanta!

¡ No tienes vergüenza!

Ya

tedaria yo
a

ti

”

...

Varenka ponía cara severa y

hablaba con voz
ronca,

imitando a

Jacobo.
- Bueno,

¿

y

cómo encontraron ustedes

el

ca

mino?-le preguntó Hipólito Sergueievich,

al

ver
que,

hablando

de

Jacobo,

se

había olvidado del
relato.

- Los caballos,

impulsados por

el

frío,

se

pu
sieron

en

marcha.

Trotaron largo rato y

llega
ron,

por

fin

,

a

una aldea que distaba trece vers
tas de

la

nuestra

...

117

La muchacha calló un momento y continuó:
- Nuestra finca, ¿ sabe?, está muy cerca de
aquí

...

cuatro verstas todo

lomás.

Avanzando por
la

ribera y

subiendo después

al

bosque,

se

puede
ver nuestra casa.

Pero,

claro,

por

el

camino

la
distancia

esmayor,

lomenos

de

diez verstas.

Unos pajarillos audaces volaban

en

torno

de
ellos y,

posándose

de

vez en cuando

en

las

ia
mas

de

lamaleza,

gorjeaban animadamente,

como
si

cambiaran impresiones sobre aquellos dos seres
humanos solos

enmitad del bosque.
Se

oían a

lo

lejos risas,

gritos,

ruidos

de

re
mos

en

el

agua:

Grigori y

Macha

se

paseaban
en

bote,

sin duda.
- ¡Llamémoslos y

pasemos

en

bote a

la

otra
orilla,

a

la

pinada!-propuso Varenka.
El

catedrático aceptó y,

colocándose las ma

nos junto a

la

boca,

a

modo

de

bocina,

Varen
ka empezó a

gritar:

-

Vienid aquí con

el

bote!

Los gritos dilataron e

hicieron elevarse,

su

pe

:

cho.

Hipólito Sergueievich

la

admiraba

en

si
lencio.
Momentos después apareció

el

bote.

Grigori
sonreía con una sonrisa picaresca,

un poco con
fusa.

Macha

se

esforzaba

en

parecer enojada;
pero

no

lo

conseguía.

Varenka,

acomodándose

en
el

bote,

los miró y

se

echó a

reir.

Ellos también

se

echaron a

reir,

felices y

turbados.
“ Esclavos

de

Venus,

a

quienes

la

diosa

ha

son

reído ”—pensó Hipólito Sergueievich.

118

En el bosque de pinos reinaba un silencio so
lemne, de templo. Los troncos se alzaban esbel
tos, como columnas que sustentasen la frondosa
bóveda, de un verde obscuro. Un aroma cálido e
intenso de resina saturaba el aire. Las hojas caídas sonaban con un leve ruido bajo los pies. Por todos lados se veían pinos rojizos, junto a cuyas raíces y al través de la capa espesa de las

hojas caídas crecía una pálida hierba.
En medio de aquel imponente silencio vagaban
Hipólito Sergueievich y Varenka, torciendo ya?
la derecha, ya a la izquierda, por entre los ár
boles.

- ¿No nos perderemos? —preguntó él.

- ¡Vaya una idea!-exclamó ella—. Yo no pue
nunca perderme. Me basta mirar al sol para encontrar la dirección.

El no le preguntó de qué modo se las arregla
ba para orientarse mirando el sol. No tenía nin
guna gana de hablar, aunque había momentos en
que hubiera podido decirle muchas cosas. Caminaba junto a ella y leía en su faz una muda alegría.

- Se está bien aquí?-le preguntaba la joven
de cuando en cuando, con una sonrisa cariñosa.

-; Sí, muy bien!

- respondía él lacónicamente.
Y ambos volvían a callarse. El se imaginaba que era aún un muchacho respetuosamente enamo rado, con un amor puro ideal, y que desconocía
las luchas interiores en materia de amor. Y sin
darse cuenta, sin querer, suspirando, como si

119

se quitase de encima una pesada carga, ex clamo:

- ¿Qué bella es usted!
Ella le miró con asombro.

- ¿Qué le pasa a usted? Va usted sin decir
una palabra, y de pronto

...

El

joven sabio dejó oir una risita,

confuso,
desconcertado por

el

tono tranquilo

de

lamu
chacha.

- Se

está tan bien aquí!

...

El

bosque

es

de
licioso,

y

usted

...

es

,

en

medio

de

él

,

como un

hada

de

cuento

...

0, más bien,

es

usted una diosa, y

su

templo

es

el

bosque.
- No -

replicó Varenka,

sonriendo .

El

bos
que

no

esmío:

pertenece

al

Estado.

Nuestro bos
que está más lejos,

avanzando a

lo

argo del
río...- y

señaló con

lamano a

lo

lejos.
"¿Habla

en

broma

...

o

no

me ha entendido?

”

- pensó Hipólito Sergueievich.
Y

le

acometió

un

ansia imperiosa

de

hablarle
de

su

belleza;

pero

la

veía serena,

pensativa,

y
no

se

decidía.

Aunque siguieron paseándose lar
go rato,

hablaron poco:

las impresiones dulces,
plácidas

de

aquel día habían llevado a

su

alma

una suave fatiga que adormecía todos los deseos,

salvo

el

de

pensar

en

silencio

en

algo que

no

era

expresable con palabras.
De vuelta

en

la

casa,

supieron que Isabel Ser
gueievna

no

había regresado aún.

Macha

les

sir
vió

el

té,

y

se

sentaron a

la

mesa.

Luego,

Va
renka

semarchó,

después

de

haberle hecho prome.

120

ter a Hipólito Sergueievich que iría con su herma na a casa de los Olesov.
El la acompañó un poco, y cuando volvió, des pués de alejarse la muchacha, a la terraza,

sin
tió una dulce cuita,

como

si

hubiera perdido algo
sin

lo

que

no

pudiera pasarse.

Sentado a

lamesa
ante una taza

de

té

frío,

trató

de

apartar

de

su
alma

la

dulce memoria

de

las emociones

de

aquel
día;

pero renunció a

ello

en

vista

de

lo

doloroso
del intento.

"

¿

Para qué?-se dijo- Nada

de

esto tiene
importancia.

A

ella no

le

hace ningún daño,

no

podría hacérselo,

aunque

yo

quisiera.

Verdad

es
que amí me trastorna

un

poco;

pero

...

son tan
buenas y

tan juveniles estas emociones ”

...

Sonriéndose con ironía,

pensó

en

su

firme

de
cisión

de

reeducar espiritualmente a

Varenka y
en

el

fracaso

de

sus tentativas pedagógicas.
- No,

hay que emplear con ella otras pala
bras.

Es

un

corazón demasiado virgen

...

¡ En

fin

,

una muchacha muy extraña! Isabel Sergueievna encontró a

su

hermano su
mido

en

tales reflexiones.

Llegó parlanchina y

ex
citada,

como

su

hermano no

la

había visto en

la
vida.

Dándole orden a

Macha

de

recalentar

el
samovar,

se

sentó frente

al

catedrático y

empe
zó

a

hablarle

de

Benkovski.
En todos los rincones

de

su

vieja casa acecha
ban los ojos severos

de

lamiseria,

triunfante

so
bre aquella familia.

Parecía que no había un solo
“ copek ”

en

toda

la

casa,

ni

nada que comer.

Para

121

el almuerzo habían enviado a buscar huevos a
la aldea. No podían permitirse el lujo de comer carne, y por eso el viejo Benkovsky defendía el régimen vegetariano, en el que veía la regene ración de la humanidad. Se advertía en la casa un absoluto desarreglo. Todos estaban de mal humor, probablemente porque tenían hambre. Les
había propuesto que le vendiesen un triangulito
de terreno que penetraba en las tierras de ella.

- ¿Para qué?-le preguntó su hermano.
- ¡No comprendes mis razones de mujer prác

tica! Figúrate que lo hago por mis futuros hi jos

- dijo ella riendom.

Bueno,

¿

y

tú

cómo has

pasado

el

día?
- Bastante bien.
Calló ella

un

instante,

mirando a

su

hermano
de reojo.

-Voy a

hacerte una pregunta

un

poco indis
creta '

,

y

te

pido perdón por adelantado:

¿No te

mes

...

enamorarte un poco

de

Varenka?

- ¿Y qué hay

en

eso

de

temible?-preguntó a
su vez Hipólito Sergueievich,

con un interés que
ni

él mismo comprendía.
-Que

te

enamores seriamente.

- No me creo capaz

de

eso -

respondió

él

con

tono escéptico,

seguro

de

que no mentía.
— Entonces,muy bien!

No estará

demás que
te

enamores un poquito:

eres demasiado severo y

...

un poco seco para tus años.

Yo me alegraría
mucho

de

que Varenka consiguiese inquietarte
algo

...

¿Te gustaría verla más a

menudo?

122

severa

- Me ha hecho prometerle ir contigo a su casa.
- Bueno, ¿ cuándo quieres que vayamos?
- Me es igual

...

Cuando quieras.

Estás hoy

de

buen humor.

-Se advierte

en

seguida,

¿verdad -rió?

la

viu

da—.

Sí

;

estoy muy contenta del día

...

Quizás
lo

que voy a

decir

te

parezca cínico;

pero

...

des

de que he enterrado ami marido,

me siento

...

renacer a

una nueva vida

...

Claro que esto deno
ta

un gran egoísmo;

pero

es

el

egoísmo jubilo
so

de

un

preso a

quien

se

ha

puesto

en

libertad.
No debes,

pues,

juzgarme demasiado

mente.

-;Dios mío,

cuánta palabra para expresar una
idea tan sencilla!

Eres feliz,

lo

que me parece
muy bien.

Debes gozar

de

tu

felicidad -

dijo con
cariño Hipólito Sergueievich.
- Hoy eres bondadoso,amable.

Ya ves,

un

poco

de

felicidad cambia completamente

al

hombre,

que

se

vuelve mejor,más puro.

Y,

sin embargo,

hay
quien pretende que

es

el

sufrimiento

lo

que nos
purifica.

"

¿

Si

Varenka sufriera,

qué cambio experimen taría?

” -se preguntó mentalmente

el

joven sabio.
Poco después

se

separaron.

Ella

se

puso

al

pia
no.

El

se

fué a

su

cuarto,

se

acostó y

se

sumió

en

sus reflexiones.

¿Qué idea tendría

de

él

Va
renka?

¿

Le

creería hermoso,

inteligente?

¿Qué
podría gustarle

en

él

?

No cabía duda

de

que

la
muchacha encontraba

en

el

algo atrayente;

pero
era dudoso que

lo

que

la

atrajese fuera

su

ta

123

lento, su saber, a juzgar por la facilidad con que rechazaba sus ideas, sus teorías. Lo más pro bable era que le encontrara de su gusto, sencilla mente, como hombre.

Este pensamiento le llenó de una alegría orgu
llosà. Cerrando los ojos, se imaginó, con una son risa de contento, a la muchacha dócil, vencida por él, dispuesta por él a todo, ofreciéndosele tí midamente y rogándole que la enseñase a pensar, a vivir, a amar,

* * *

Cuando el carruaje de Isabel Sergueievna se detuvo ante la casa del coronel Olesov, apareció
en la escalinata la larga y enjuta figura de uns!
mujer vestida con una blusa gris.
-; Qué agradable sorpresa!-exclamó la dama
con voz opaca, arrastrando mucho las erres.

- Mi hermano Hipólito — presentó Isabel Ser
gueievna, luego de besar a la dama.
-; Margarita Luchitsky!-se nombró la otra. Cinco dedos fríos y secos estrecharon la mano
de Hipólito Sergueievich, y dos ojos grises y bri
llantes se clavaron en él. La dama, con voz den
sa, pronunció muy distintamente, como si contase
las sílabas y temiese decir algo de más:
-; Tengo mucho gusto en conocer a usted! Después se apantó un poco y añadió, indican
dr. con la mano la puerta que conducía a las
habitaciones:

124

-Tenga la bondad.

Hipólito Sergueievich atravesó el umbral y oyó una tos ronca y una voz irritada que gritaba: --;:Demonio, qué estúpida eres! Ve a ver

... me

parece que ha llegado alguien.
-

;Sigue!-animó Isabel Sergueievna a

su

her

mano,

al

ver que

se

detenía indeciso.

Es

el

co

ronel que grita

...

¡

Somos nosotros,

coronel,

que
venimos a

visitarle!
En medio

de

una habitación amplia y

baja de
techo había un macizo sillón,

cuyos brazos opri

mían

la

adiposidad

de

un hombre corpulento,

de

rostro rojo,

circundado,

como

demusgo,

de

cabe
llos blancos.

La parte superior

de

aquella masa
se

agitaba pesadamente y

brotaban

de

ella sor
dos ruidos.
Detrás del sillón alzábase

el

busto de una mu

jer alta y

gruesa,

cuyos ojos parecían sin luz.
— Me alegro mucho

de

ver a

usted

...

¿Es

su
hermano?

Yo soy

el

coronel Olesov

...

En otro
tiempo les hice morder

el

polvo a

los turcos y

a

otros canallas;

ahora,

las enfermedades me

ha
cen morderlo amí

...

Tengo mucho gusto

en

cono
cerle.

Mi hija Varvara está mareándonos todo

el
verano con

su

talento

de

usted,

con

su

ciencia,

et

cétera,

etc. ¡Pase usted

al

salón!

...

¡ Fekla,

em

puja! Se

oyó

el

ruido estridente

de

las ruedas del
sillón.

La

parte superior del cuerpo del coronel
se

inclinó hacia delante,

luego

se

echó atrás,

y

el

enfermo empezó a

toser balanceando

la

cabeza

125

con tanta violencia como si quisiera separársela
del tronco.

La tía Luchitsky gritó furiosa:
- ¿Te he mandado mil veces que te pares cuan do el coronel empieza a toser!
Y cogiendo a Fekla por los hombros le hizo
detenerse.

Hipólito Sergueievich y su hermana se detuvie ron también, esperando que el coronel acabase de toser.
Al

fin,

todos echaron a

andar

de

nuevo y

se
hallaron momentos después

en

una habitacioncita
poco ventilada y

que hacían aún más angosta nu
merosas butacas con fundas de tela blanca.
- Siéntense ustedes

...

¡ Fekla,

avisa a

la

señori
ta

- ordenó!

la

tía Luchitsky.
-;

Isabel Sergueievna,

me alegro mucho

de
verla a

usted!-declaró

el

coronel,mirando a

la

viuda con sus ojos

de

buho,

emboscados bajo es
pesas cejas.
La nariz del coronel era desmesuradamente grande y

ocultaba

su

base

un

poblado bigote

blanco.

-Ya

sé

que

se

alegra usted

de

verme -

dijo con
voz acariciante Isabel Sergueievna—,

como

yo
me alegro

de

verle a

usted.

- ¡Eso

si

que

no

es

verdad!

Usted

no

puede
tener ningún.gusto

en

ver a

un viejo como yo, atormentado por

la

gota y

con

el

deseo constante
de

beber un poco

de

“ vodka ”

.

Hace veinticinco
años

se

podía,

en

efecto,

tener gusto

en

ver a

126

Vasili Olesov

...

y

muchas mujeres me miraban
con gusto;

pero ahora

...

ahora,

ni

yo

la

necesi
to

a

usted

ni

usted me necesita amí.

Sin embar
go,

gracias a

su

visita de usted

seme dará “vod
ka

"

,

ypor eso me alegro

de

verla.

-;No hables demasiado,

que empezarás otra vez

a

toser -le!

dijo

la

tía L

hitsky.

-

Oye usted?-dijo

el

coronel,

dirigiéndose a
Hipólito Sergueievich - Se

me prohibe hablar,
comer y

beber

lo

que tenga gana,

porque me
hace daño.

¡ Todo me hace daño,

demonios!

Has
ta

vivir me perjudica.

Soy una ruina.

No

le

de

seo a

usted que

se

encuentre

en

un estado

se
mejante

...

Aunque usted también,

probablemente,
semorirá pronto

...

Es usted

un

hombre propen
so

a

la

tisis,

pues tiene

el

pecho muy estrecho, Hipólito Sergueievich miraba

al

coronel y

a

la

tía Lechitsky,

y

pensaba:

"

¡ Entre qué monstruos vive Varenka!

"

Nunca

sehabía imaginado

el medio

en

que

vi
vía

lamuchacha,

y

lo

que estaba viendo

le

produ
cía una impresión terrible.

Experimentaba cierta
repugnancia ante

la

delgadez rígida y

severa

de
la

tía Luchitsky y

su

largo cuello amarillo, Sentía,

cuando hablaba

la

dama,

algo como

el
temor

de

que

la

voz opaca que brotaba

de

su

pe
cho ancho,

pero liso como una plancha,

se

lo

des
garrase.

El

roce

de

su

falda

le

sonaba como

un

crujir

de

huesos.

El coronel olía a

alcohol,

a

su
dor y

a

tabaco malo.

Debía

de

ser muy irritable, según

el

brillo

de

sus ojos;

y

el

imaginárselo irri

127

tado le crispaba

los

nervios a

Hipólito Sergueie

vich. El

interior

de

la

casa causaba muy mala im presión.

El

papel

de

las paredes estaba ennegre
cido por

el

humo.

El

pavimento

se

hallaba muy

deteriorado por las ruedas del sillón.

Los vidrios
empañados

de

las ventanas

no

dejaban pasar sino
la

luz.

La casa producía

el

efecto

de

algo viejo,
cansado

de

vivir y

arruinándose poco a

poco.

- Está

la

atmósfera pesada -

dijo Isabel Ser
gueievna.
-;Va a

llover -declaró!

de

unmodo categórico
la

tía Luchitsky.
- ¿Cree usted!
- Puede usted creerlo,

cuando Margarita

lo

afir

ma -

dijo con voz ronca

el

coronel Sabe todo
lo

que

va

a

pasar.Diariamente hace profecías.

Me
asegura que

he

demorir pronto,

que después

de
mi muerte Varenka será despojada y

burlada.

Yo
no

disputo con ella;

estoy seguro

de

que

la

hija
del coronel Olesov

no

permitirá que

la

burlen

...

Ella burlará,más bien,

a

cualquiera.

En una sola
cosa las profecías

deMargarita

se

realizarán:

yo
moriré,

en

efecto.

Eso

es

fatal

...

Bueno,

señor sa
bio,

¿cómo

lo

pasa usted aquí?

Se

aburre usted
de

unmodo enorme,

¿verdad?

- No.

El

sitio

esmuy bonito

...

hay mucho bos
que...--respondía amablemente Hipólito Sergueie

vich. --

; Sitio bonito éste?

Usted bromea o

no ha
visto nada bonito.

¡ Yo

sí

que he visto!

Por ejem

128

plo, el valle de Kazanlik, en Bulgaria

...

Murgab,
en

la

India

...

¡ Un verdadero paraíso!

...

¡ Ahí está
ese tesoro

de

hija!
Entraba Varenka.

En

la

pesada atmósfera del
salón

su

presencia puso una perfumada frescura.
Vestía una amplia bata color lila claro.

Llevaba

en
la

mano

un

gran ramo

de

flores recien cogidas.
La alegría brillaba

en

su

rostro.

— ¡Han estado ustedes inspirados viniendo pre
cisamente hoy —exclamó!

,

estrechando

lamano

de
Jos visitantes.

Había pensado

ir

yo

a

su

casa

...

i Me tienen aburrida! Y

señaló con

la

mano a

su

padre y

a

su

tía
Luchitsky,

sentada junto a

Isabel Sergueievna

en
una postura tan rígida que

se

diría que

su

espina
dorsal estaba petrificada y

no

podía curvarse.

-

;Varvara,

no

digas tonterías -le!

gritó

la
dama severamente,

dirigiéndole una mirada furi bunda.

- No grites,

tía Luchitsky,

o

le

cuento aHi
pólito Sergueievich

la

historia

de

cierto teniente
Yakovlev y

de

su

corazón andiente. --;Cállate,

Varenka!-gritó

el

coronel -

La
contaré yo.

"
¡Vaya una casa divertida!

”

—pensó Hipólito
Sergueievich,mirando a

su

hermana,

que debía

de
conocer las costumbres

de

la

familia y

sonreía
desdeñosamente,

sin manifestar

el menor asombro.

-Voy a

dar órdenes para que nos sirvan

el

té

- manifestó

la

tía Luchitsky.
Y

con

el

cuerpo rígido,

se

levantó y

desapare

129

ció, después de dirigirle al coronel una mirada de reproche.
Varenka se sentó en el sitio de la tía Luchitsky y empezó a hablarle al oído a Isabel Sergueievna.
“ Es gracioso, tiene la manía de los vestidos
anchos " -se dijo Hipólito Sergueievich, mirando la linda figura de la joven, inclinada hacia su her
mana.

El coronel, con voz de trombón viejo, empezó
su relato.

- Usted sabrá, sin duda, que Margarita es la
mujer de mi camarada el teniente coronel Lu chitsky, muerto en la batalla de Eski-Zagra, a cuyo lado hizo toda la campaña. i¡Oh, sí! ¡Es una mujer de un temple! Bueno; había en nuestro re gimiento un teniente Yakovlev

...

delicado como
una muchacha

...

Fué herido

en

el

pecho,

en

la

ba
talla,

se

volvió tísico y

cayó gravemente enfermo. i Margarita

le

cuidó durante cinco meses!

¿Que

le
parece a

usted?

Y

¿

sabe usted?

,
le

juró

no

ca

sarse nunca.

Era joven,

bella

...

encantadora.

Per
sonas muy respetables

le

hacían

la

corte.

El

ca

pitán Chmurlo,

desesperado

al

ver que rechazaba

su

amor,

se

entregó

al

alcoholismo y

abandonó

el

servicio militar.

Yo también pretendí hacerla mi mujer;

pero me negó rotundamente

sumano.

Era
una tontería,

claro;

mas una tontería generosa. Bueno,

ahora,

cuando

ya

no

soy más que un

po
bre gotoso,

ha

venido yme

ha

dicho:

“ Estás solo,

yo

tampoco tengo a

nadie "

,

etc. Es conmove dor

...

¡ Una mujer

de

corazón,

créalo usted!

Es
VARENKA 9

130

.

tamos unidos por una amistad de toda la vida,
lo que no impide que riñamos a cada momento.
Pasa aquí todos los veranos. -Quiere vender su finca e instalarse aquí hasta el fin de mis días. Yo la aprecio; pero

...

tiene gracia ¿verdad?

Era
una mujer toda fuego,

y

el

fuego

la

ha consumi
do

por completo.

Hay que ser prudente con

el

fuego

...

Se pone furiosa cuando empiezo a

contar
este episodio poético

de

su

vida,

como dice ella.

"

. No toques -me grita -

con

tu

sucia lengua los secretos sagrados

demi corazón!

"

;

y,

en

resumi
das cuentas,

no

hay nada

de

sagrado

en

esta his

taria

...

Una ilusión

demuchacha,

sueños

de

cole
giala

...

La vida

es

sencilla y

brutal:

Goza mien
tras tengas fuerzas,

ymuérete a

tiempo:

ésa

es
toda

la

filosofía humana.

Sobre todo,

hay que

saber morirse a

tiempo.

Yo no

he

sabido hacer
lo

...

Es una desgracia,

y

le

aconsejo a

usted que

no

siga mi ejemplo.
Hipólito Sergueievich sentía una especie

dema
reo oyendo charlar

al

coronel y

respirando sus
efluvios.Varenka

no

le

hacía caso,

y
hablaba que
damente con Isabel Sergueievna,

que

la

escucha

ba

con atención y

gravedad.
-Cuando quieran ustedes tomar

el

té...- dijo,

a

la

puerta,

con

su

opaca voz,

la

tía Luchitsky
¡ Varvara,

lleva a

tu

padre!
Hipólito Sergueievich lanzó

un

suspiro

de

alivio
y

siguió a

Varenka,

que empujaba sin dificultad el

pesado sillón. El té

estaba servido a

la

inglesa,

con una por

131

ción de fiambres. Un enorme “rostbeaf ” sangrien to, rodeado de botellas de vino, hizo sonreir ale
gremente al coronel. Hasta sus piernas medio
muertas, envueltas en una piel de oso, se estre
mecieron ante la proximidad del placer gastronó
mico. Sus manos trémulas e hinchadas se tendían hacia las botellas, y su risa resonaba en el gran comedor.

Durante largo rato bebieron té. El coronel no cesó de contar, con su voz ronca, anécdotas de

la vida militar; la tía Luchitsky hacía de cuando

en cuando, con su voz opaca, breves observaciones;

Varenka charlaba, por lo bajo, pero muy anima
da, con Isabel Sergueievna.
" ¿ De qué hablará?” - pensaba Hipólito Ser
gueievich, obligado a escuchar la charla del co ronel.

Le parecía que la joven le hacía aquella tarde muy poco caso. ¿ Qué significaba aquéllo? ¿ Sería una coquetería? Se sentía capaz de enfadarse con ella.
La joven se volvió de pronto hacia él y se echó a reir a carcajadas.
"Mi hermana le ha hecho fijarse en mí"-adi vinó el catedrático, frunciendo las cejas.

- Hipólito Sergueievich, ¿ no quiere usted más
té?-preguntó ella.
- No, señorita.
- ¿Quiere usted que demos un paseíto? Verá
usted parajes que le gustarán mucho.
- ¡Vamos! ¿ Y tú, Isabel?

132

-Yo me quedo aquí. Quiero charlar un poco
con Margarita Rodionovna y con el coronel.
El coronel prorrumpió en una carcajada irónica. Su hermana de usted quiere seguir un rato junto a la tumba donde caerá pronto mi cuerpo
medio muerto.

Hipólito Sergueievich salió con Varenka al
jardín.
-.“En seguida me preguntará si me aburro "
- pensó.
Pero la muchacha le preguntó, en vez de lo
que él esperaba:
- ¿Qué le parece a usted papá?
- Es un hombre —respondió él dulcemente que
inspirat respeto.
- ¿Verdad?

- dijo ella contenta, Le inspira
respeto a todo el mundo. ¡Es tan valiente! No le gusta hablar de su pasado; pero tía Luchitsky, que estaba en su mismo regimento, me ha con tado que en la batalla, al pie de la montaña ver
de, su caballo fué herido por una bala, y corrió,
con él encima, al campo enemigo. Los turcos em
pezaron a disparar. Mataron al caballo. Mi pa dre cayó al suelo y vió a cuatro turcos correr hacia él. Uno de ellos quiso pegarie con el fusil, y papá le cogió por una pierna, le derribó y le mató de un pistoletazo. Los otros tres turcos lle gaban. Papá cogió el fusil del muerto y le dió a uno de ellos un culatazo tan formidable que
el fusil se rompió. Sólo le quedaba el sable, y
en muy mal estado. Los turcos le rodearon. En

133

tonces papá cogió a uno por el cuello, se abrió
paso y echó a correr hacia el teniente Yakovlev
y sus hombres, que acudían en su socorro. En aquel momento recibió un balazo en el costado y
un bayonetazo en el cuello. Viéndose perdido, se
volvió hacia el enemigo y se lanzó a su encuen
tro gritando: ¡Hurra! Por fortuna, los nuestros llegaban ya y los turcos huyeron

...

Este acto

de
bravura

le

valió a

papá

la

cruz

de

San Jorge;
pero

no

quiso tomarla hasta que

se

le

dió también

a

un

suboficial que les había salvado

la

vida a
él

y

a

Yakovlev

...

- Cuenta usted esa batalla con tantos detalles

como

si

hubiera usted tomado parte

en

ella -

dijo
Hipólito Sergueievich.

- Sí,me gusta

la

guerra.

Si

ahora hubiera una,

yo

me haría hermana

de

la

caridad.
- Entonces,

yo me haría soldado.
- ¿Usted —preguntó?

lamuchacha,mirando

al
catedrático

de

alto abajom.

No,

usted bromea.

Sería usted un mal soldado

...

tan débil,

tan flaco

...

Hipólito Sergueievich

se

sintió herido

en
amor propio.

-

Soy bastante fuerte,

créame usted -afirmó!

,

como a

título

de

advertencia.
-¿Usted?

¡ Ca!
El

joven sabio experimentó un deseo loco

de

co
gerla

en

sus brazos y

estrecharla hasta hacer le

daño.

Estaba ya a

punto

de

hacerlo;

pero

en
el

último momento

le

faltó

el

valor.
Avanzaban por una avenida bordeada por dos

Sul

184

hileras de manzanos. Tras ellos, al extremo de la avenida, quedaba la casa. De cuando en cuan do, se oía en el suelo el golpe sordo de una man zana que caía. No lejos oyeron hablar. Alguien preguntó:
- ¿Es un pretendiente el que ha venido?
Otro respondió, muy secamente, algo ininteli gible:
- Espere - dijo Varenka, cogiendo a su acom
pañante por la manga-. Están hablando de us ted. Vamos a oirlos.
El la miró con frialdad y contestó:
-- No me gusta espiar a los criados.

-A mí sí me gusta. Cuando los criados están
solos dicen cosas interesantes acerca de sus amos.

- Será interesante escucharlos; pero

...

no

creo

que sea correcto.
- ¿Por qué?

De

mí

siempre hablan muy bien. -;La felicito a

usted!

Hipólito Sergueievich

se

sentía impulsado a

ha
blarle a

la

joven brutalmente,

a

insultarla.

Es
taba indignado por

su

conducta

de

aquel día:

en
el

salón

no

le

había hecho ningún caso,

como

si

no

se

diera cuenta

de

que

la

visita era para ella
y

no

para

su

padre paralítico o

para

su

tía con
sumida.

Luego,

suponiéndole débil,

le

había tra

tado con cierta displicencia.
"

¿Qué significa esto?-pensaba ”

.

Si

no

le

gus
to

como hombre y

no

le

intereso por mis dotes espirituales,

¿
qué puede impulsarla hacia

mí

?

135

¿ Acaso solamente la curiosidad que nos inspi
ra un conocido nuevo?”
No le cabía duda de que ella buscaba su trato, y lo atribuía a su coquetería, oculta bajo una máscara de candidez.
" Me creerá tonto

...

y

esperará que me vaya
despabilando?

”

- La tía Luchitsky tiene razón:

va

allover -

dijo
Varenka,mirando a

lo

lejos,

Mire usted aaque lla nube

...

Además,

se

nota

el

bochorno que anun cia siempre

la

tormenta.

- i Qué fastidio -contestó!

él— Tendremos que volver y

prevenir a

mi hermana.

- ¿Para qué?
- Para volver a

casa antes

de

que llueva.

- ¿Cree usted que vamos a

dejarles marcharse? No tendrán ustedes tiempo

de

llegar a

su

casa
antes

de

que llueva.

Tienen que esperar aquí.

- ¿Y

si

está lloviendo hasta

la

noche?

-;Dormirán ustedes

en

casa!-dijo Varenka
con tono categórico.
- No,

eso no

es

cómodo —

contestó

el

catedrá
tico.

-;Dios mío!

¿ Es tan terrible pasar una noche

sin comodidades? --- Para mí no

tiene importancia.
- Bueno,

pues

de

los demás

no

se

preocupe
usted.

Que cada uno piense

en

sí

.

Seguían avanzando.

Frente a

ellos,

una nube

obscura trepaba rápidamente por

el

cielo.

A

lo

lejos

se

oía ya

el

trueno.

La atmósfera era a

136

.

cada momento más pesada, más caliginosa. En su espera ansiosa del agua refrescante, las hojas
de los árboles no se movían.
- ¿Nos volvemos?

- propuso Hipólito Sergueie
vich.

- Sí, volvámonos: ¡ qué bochorno! No me gusta
el tiempo que precede a las cosas: a las tor mentas, a las fiestas. La tormenta en sí y las fiestas en sí son interesantes; pero el esperarlas me fastidia. Si todo pudiera ocurrir sin transi ciones: acostarse en invierno, nevando; levantar se en plena primavera, cuando todo en torno está en flor, inundado de sol

...

Si

tras

el

sol viniera
en

seguida

la

obscuridad,

el

trueno,

el

rayo

...

-
Quisiera usted también que

el

hombre cam
biase

de

un

modo tan brusco,

tan inesperado?

- preguntó

él

con una sonrisa irónica.

- El hombre debe siempre ser interesante?
-dijo ella con tono doctoral.
-¿Pero qué

es

eso

de

ser interesante?-ex
clamó

él

contrariado.

- Es muy difícil

de

definir.

Creo que todo

el
mundo sería más interesante

si

fuera más

...

vivo.
Si

riese,

cantase,

jugase;

si

fuera más valiente,

más fuerte... hasta descarado,

brusco,

gro

sero... El

escuchaba,

atento,

las definiciones

de

la

jo
ven,

y

se

preguntaba:
"¿Querrá hacerme comprender

de

este modo
la

línea

de

conducta que debo seguir con ella?

”

- La gente -

continuó Varenka — es

demasiado

137

despaciosa, y todo debía suceder de prisa; la
vida así sería más interesante.

- ¿Quién sabe? ¡ Puede que tenga usted ra
zón!

- dijo Hipólito Sergueievich con dulzura
No por completo, claro.
- ¿Cómo no por completo? Una de dos: o ten
go razón completamente, o me engaño completa mente. Soy buena o mala, bella o fea, jhe aquí cómo hay que razonar! Detesto el justo medio. El oir decir: “Es simpática, bastante buena”, me exaspera. La gente habla así por cobardía, porque no se atreve a decir la verdad.

- Sí; pero

...

con esa división

en

dos catego
rías,

se

expone usted a

ofender amucha gente.
- ¿Por qué?
- Porque

es

injusta.
- Dios mío,

siempre está con

la

justicia a
vueltas!

Como

si

constituyese toda

lavida y

no

se
pudiera pasar sin ella.

¿

Y

de

qué sirve esa

ià
mosa justicia?
La muchacha hablaba con entusiasmo,

casi con
cólera,

y

sus ojos brillaban.

- La gente

no

puede vivir sin justicia,

seño
rita.

¡ La necesita todo

el mundo,

empezando por
usted y

acabando por

un

“ mujik ”-dijo gravemen
te

el

catedrático,

advirtiendo

su

animación y

tra
tando

de

explicársela.
-;Yo

no

necesito

lajusticia!-dijo ella resuelta
mente,

y
como rechazando algo con

el

gesto—.

Si
la

necesitase,me

la

tomaría por mi mano.

¿Por
qué

se

preocupa usted tanto

de

los demás?

...

Yo

138

creo que habla usted así para exasperarme:

jestá

usted hay tan grave, tan sabio!...
- ¿Por qué cree usted que quiero exasperarla?
- ¿Qué

sé

yo?

Tal vez esté usted muy aburri

do

...

Pero dejemos eso.

¡ Estoy hoy tan nerviosa!
Estoy cargada de electricidad.

Toda

la

semana

han estado haciéndome reproches estúpidos con

motivo

de

mis pretendientes

...,

insultándome,
zahiriéndome con

no

sé

qué sospechas

...

Los ojos

de

la

joven despedían chispas fosfo

rescentes.

Una emoción súbita

la

estremecía.

Hipólito Sergueievich,

cuyo corazón precipito
sus latidos y

cuya vista pareció enturbiar una
niebla,

se

apresuró a

excusarse.

-Yo no quería contrariarla a

usted

...

Pero

en

aquel momento,

el

trueno retumbó

so
bre sus cabezas,

como

si

un monstruo enorme y

bárbaramente jovial

se

echase a

reir a

carcaja
das.

Aturdidos,

se

estremecieron,

se

detuvieron

un

instante y,

pasado

el

primer momento

de

es
tupor,

emprendieron

de

nuevo,

rápidos,

su

mar
cha hacia

la

casa.

Temblaban las hojas

de

los ár
boles;

la

nube,

que

se

extendía por

el

firmamen
to

como

un

tapiz

de

terciopelo,

proyectaba una
obscura sombra sobre

la

tierra.

-;Estábamos tan abstraídos

en

la

conversa

ción,

que

ni

siquiera

he

advertido cómo iba avan zando

la

nube!-dijo Varenka.
En

la

escalinata

se

hallaban Isabel Sergueievna
y

la

tía Luchitsky,

tocada con un ancho sombrero

die

paja que

la

asemejaba a

un girasol.

139

- ;Va a ser una tormenta horrible!-le decla
ró la dama, con' su voz opaca, a Hipólito Ser
gueievich, como si se juzgase en el deber de darle
tal noticia.

Luego, añadió:
- El coronel se ha dormido.
Y desapareció.

- ¿Qué te parece? — preguntó Isabel Ser
gueievna a su hermano, señalando con la ca
beza al cielo. Creo que tendremos que dormir
aquí.
- Si no molestamos a nadie

...

-
Jesús,

qué hombre -exclamó!

Varenka,mi
rando con asombro,

casi con piedad,

al

joven sa
bio- Siempre teme molestar a

alguien,

ser

in

justo con alguien.

¡ Dios mío,

cómo debe usted
aburrirse con tanta justicia!

A

mi

juicio,

si

quie
re

usted molestar a

alguien,

moléstele;

si

quie
re

usted ser injusto,

séalo.

—;

Y

luego Dios decidirá quién tiene razón y quién

se

engaña -le!

interrumpió,

sonriendo,

Isa
bel Sergueievna consciente

de

su

superioridad.
- Creo que debíamos ponernos bajo techado

...

¿Queréis?
- Nosotros vamos aver

latormenta desde aquí,
¿

verdad?-le propuso Varenka a

Hipólito Ser

gueievich. El

saludó ligeramente con

la

cabeza

en

señal
de

asentimiento.
- Bueno,

yo

no

soy amante

de

las grandiosi
dades

de

la

naturaleza

...

si

pueden causar un

140

constipado 0o una fiebre dijo Isabel Ser
gueievna. Además, se puede admirar la tem pestad detrás de los cristales

...

¡ Ah,Dios mío!
Un rayo había desgarrado

elnegror

de

lanube,

que mostró un instante sus entrañas y

se

cerró
de

nuevo.

Durante dos segundos reinó un silen
cio profundo;

luego retumbó

el

trueno como un
cañonazo,

y

su

estruendo rodó largamente sobre

la casa. El

viento bramó con una fuerza terrible,

le

vantando una gran polvareda,

que

se

arremolinó

y

se

elevó

al

cielo

en

inmensa espiral.

Briznas
de

paja,

pedazos

de

papel,

hojas,

flotaron tam
bién

en

el

aire.

Los pájaros,

asustados,

volaban

lanzando gritos penetrantes.

El

viento sonaba sor. damente

en

la

fronda

de

la

arboleda;

oíase

el

ruido del polvo

al

caer sobre

el

tejado

de

cinc.
Varenka contemplaba toda aquella agitación

desde

la

puerta.Hipólito Sergueievich,

de

pie jun
to

a

la

joven,

hacía guiños cuando

el

polvo

le
azotaba

el

rostro.

Aunque les rodeaban las tinie blas,

la

obscuridad

se

iluminaba

de

cuando

en
cuando con

el

fulgor

de

los relámpagos,

y

la

es

belta figura

de

Varenka aparecía baſada

en

una

luz azulada y

fantástica.
- ¡Mire,mire —gritaba!

la

joven cada vez que un

relámpago desgarraba las nubes.

¿Ha

vis
to

usted?

Se

diría que

la

nube sonríe.

¿ Hay algo
más parecido a

una sonrisa?

Existen personas
así,

taciturnas,

severas

...

,

que

no

hablan nunca,

y

de

pronto comienzan a

sonreir,

con los ojos

141

llenos de fuego, enseñando sus dientes blanco::

...

¡ Ya llueve!
Grandes y

pesadas gotas

de

agua empezaron

a

golpear

el

tejado,

especialmente

al

principio,
después con más frecuencia,

por último con

un
ruido ensordecedor.

-

Vámonos!-propuso

el

catedráticom,

Esta
rá

usted mojada.
Le turbaba un poco encontrarse

en

aquella obs
curidad tan cerca

de

ella,

y

al mismo tiempo

se
sentía deliciosamente conmovido.

Mirándole

la

nuca

se

dijo:

“

Si

yo

le

diera un beso "

...

A

la

luz

de

un

relámpago,

que alumbró

la
mitad del cielo,

vió aVarenka echar atrás

la

ca
beza,

lanzando un grito

de

entusiasmo,

como

si
ofrendase

su

pecho a

la

tempestad.
Le

rodeó,

por detrás,

el

talle con

un

brazo,

y,

casi colocando

la

cabeza sobre

su

hombro,

le

dijo
jadeante:

-
¿ Qué

le

pasa a

usted?
-;

A

mí

,

nada!-gritó ella con enojo,

despren
diéndose de sus brazos de un modo brusco
¡ Dios mío,

cómo

se

asusta usted!

¡ Vaya un
hombre!

- Me había asustado por usted —

respondió

él
con voz sorda,

retrocediendo.

El brevísimo abrazo había llenado

su

corazón
de un deseo irresistible

de

estrecharla contra

su
pecho hasta hacerle daño.

Perdía

su

sangre fría.
Se

sentía impulsado a

bajar

al

jardín,

para

152

recibir, como los árboles, los latigazos de la
lluvia.

- Me voy adentro_dijo.
-Vámonos - respondió Varenka malhumorada,
y, deslizándose sin ruido junto a él, penetró
en la casa. El coronel los acogió con grandes
carcajadas.

- ¿Qué es eso? Por orden del comandante en
jefe de las fuerzas celestes, quedan ustedes arres tados, ija, ja, ja!

- Qué trueno!

- dijo la tía Luchitsky con voz
grave, mirando atentamente la faz pálida de Hi
pólito Sergueievich.
- No me gustan esas locuras de la naturale
za - manifestó Isabel Sergueievna, haciendo una
mueca de desagrado. Las tempestades, las tor
mentas no son sino un derroche de energía su
perfluo.
Hipólito Sergueievich, que se esforzaba en do minar su emoción, preguntó con voz alterada a
su hermana:

-¿Crees que durará mucho esto?
-Toda la noche - le contestó la tía Luchitsky.
- Sí, es posible - confirmó su hermana.
— ¡Ya ve usted, todas sus tentativas de esca
parse son vanas!

-dijo, riendo, Varenka.
El joven sabio se estremeció, advirtiendo en aquella risa algo fatal.

-Sí, tendremos que dormir aquí - dijo Isabel
Sergueievnam. Además, sería peligroso un viaje
de noche por el bosque: lo menos malo que podía

143

sucedernos es que se nos rompiese el coche en mitad del camino.

-;Tenemos habitaciones!-manifestó la tía Lu chitsky.

- En ese caso, permítame usted que le ruegue

...

Perdóneme,

pero

latempestad ejerce siempre

so
bre mí una influencia lamentable

...

Tenga usted
la

bondad

de

indicarme mi habitación y

me

re
tiraré un ratito.
Aestas palabras

de

Hipólito Sergueievich,pro
nunciadas con voz sorda y

convulsa,

siguió un
momento de confusión.

- ¡En seguida -refunfuñó!

la

tía Luchitsky,

le
vantándose a

toda prisa.
Varenka también

se

levantó,

muy agitada

al
parecer,

y,mirando con asombro a

Hipólito Ser
gueievich,

le

dijo:
- Inmediatamente voy a

indicarle a

usted

su
cuarto

...

le

llevaré a

él

...

Allí estará usted tran
quilo.
Sólo Isabel Sergueievna permanecía tranquila,

y

le

preguntó,

sonriendo,

a

suhermano:

¿

Se

te

va

la

cabeza un poco?
El

coronel gruñó con

su

voz ronca:

- Eso no

es

nada:

pasará pronto.

Mi camara
ca

el

coronel Gortalov,

a

quien mataron los tur

cos,

era todo un valiente.

¡ No

se

encuentran mu
chos como

él

!

Nos asombraba a

todos con su
valor.

En

la

batalla

de

Sistov llevaba

al

ataque

a

sus soldados tan tranquilamente como

si

di
rigiera un cotillón;

repartía sablazos a

diestro

144

y siniestro, y como se le rompiera el sable, lo sustituyó con una maza, que cayó en sus ma
nos. ¡ Sí; era todo un valiente! Pero las tempes
tades le ponían nervioso como a una mujer

...

Tenía mucha gracia!

Lo mismo que usted,

pali
cecía,

vacilaba

...

Y

con todo eso,

era un buen
bebedor,

un hombre alegre,

sano,

fuerte,

de

ele
vada estatura,

y

aquellos trastornos nerviosos
resultaban

en

él

una cosa muy divertida.

Hipólito Sergueievich miraba,escuchaba,

se

ex
cusaba,

se

esforzaba

en

tranquilizar a

los

de
inás,

y

se

daba a

todos los diablos.

Se

le

iba,
en efecto,

la

cabeza,

y

cuando

la

tía Luchitsky
volvió y

le

acercó un frasco a

la

nariz,

dicién
dole que oliese,

lo

cogió y

empezó a

aspirar

el
aroma acre,

sintiendo que aquella escena cómi
ca

le

ponía en ridículo ante Varenka.
La lluvia azotaba con furia las ventanas,

los
rayos

se

sucedían,

los truenos hacían temblar los
cristales,

que parecían asustados.

Todo aquel rui

do

le

recordaba

al

coronel

el

estruendo de las
batallas.

- En

la

última guerra contra los turcos

...

no

me acuerdo exactamente dónde

...

el

ruido tam
kién era infernal.

Se desencadenaba una tormen
ta

parecida a

ésta,

llovía a

torrentes,

retumba
ban los truenos,

los cañonazos,

las descargas

de
la

fusilería

...

El

teniente Vijlaev,

en pleno com

bate,

cogió una botella

de

" vodka “

,

se

la

llevó a
los labios y

empezó a

beber:

bul,

bul,

bul.

De
pronto,

ipam

!,
una bala hace pedazos

la

botella

145

El teniente mira los pedazos y dice: ", Diablo!
¡Los turcos les hacen la guerra a las botellas! ”
Y yo le contesto: “ Se engaña usted, teniente; los turcos lo que hacen es disparar contra las
botellas; quien les hace la guerra es usted. ”
¿ Verdad que no estuvo mal dicho?

- Se siente usted mejor?-le preguntaba la
tía
Luchitsky aHipólito Sergueievich. El le

daba las gracias apretando los dientes,
mirando a

cuantos

le

rodeaban con ojos

de

fas
tidio y

de

enojo.

Observó que Varenka,

a

quien
Isabel Sergueievna hablaba

al

oído,

sonreía extra
ñada y

recelosa.

Al

fin

,

solo

ya

en

un cuartito,

se

entregó

al
examen de

su

estado de alma.
Furioso contra

sí mismo,

se

esforzaba

en

com

prender

de

qué manera había llegado a

perder
su

sangre fría.

¿ Hasta tal punto estaba enamo
rado de

lamuchacha?
Su pensamiento divagaba y

no

podía fijarlo
por mucho tiempo

en

un punto determinado.

Le
dominaban

la

indignación y

la

cólera.

Determi
nó hacerle a

Varenka una declaración de amor, ro tardando

en

desechar tal determinación,

por

considerar imposible para

él

casarse con aquel
lindo monstruo.

Se

acusaba

de

haberle permi
tido turbar

de

tal modo

su

alma y

se

reprocha
ba no haber sido bastante animoso en sus rela ciones con ella.

Le parecía que

se

hallaba dis
puesta a

ceder;

pero que

se

complacía

en

irri
tarle.

La calificaba mentalmente

de

mujer

es
VARENKA 10

146

túpida, sensual, sin corazón, y, un instante des pués, trataba de justificarla.
Y la lluvia seguía golpeando amenazadora
mente la ventana, y toda la casa temblaba bajo
el retumbar de los truenos.
Por

fin

,

el

joven sabio consiguió aplacar un
poco

el

tumulto

de

sus sentimientos,

que

se

ale
jaron todos a

lo

hondo

de

su

corazón,

menos
el

de

la

cólera contra

sí

mismo.
Era verdaderamente imperdonable.

Una mu
chacha corrompida por

el

medio perverso,

inac
cesible a

las razones del buen sentido,

incorre
gible

en

sus errores,

había logrado convertirle,
en

cosa

de

tres meses,

poco menos que

en

un
animal.

¡ Era vergonzoso!

Había hecho todo

lo
posible por elevar

su

nivel moral,

y

si

no

loha
bía conseguido,

no

había sido por

su

culpa.

Lo

vano

de

sus tentativas debía haberle alejado

de

ella;

pero

no

había tenido fuerzas para huir a tiempo y

había dejado que

la

joven suscitase

en
él

la

sensualidad más vergonzosa.

Un hombre
menos honrado

se

hubiera conducido

en

aque

l'as circunstancias con mayor sensatez.
"
¿Ha sido

la

honradez,

en

efecto - se

pregun
tó

de

pronto

lo

que me

ha

contenido?

¿No ha
brá sido,

acaso,

la

impotencia,

la

debilidad?
¿Será tan sólo

el

deseo brutal

de

poseerla

lo
que me turba?

¿Soy

yo

capaz

de

amar?

¿ Soy
To

capaz

de

ser marido,

padre?

¿Tengo las cua
lidades que

se

necesitan para

la

vida

de

fa
milia?

”

147

Tales reflexiones le hicieron sentir una espe
cie de frío interior y experimentar algo como
una humillación.
Momentos después llamáronle a cenar.
Varenka le acogió con una mirada curiosa y
le preguntó con acento acariciador:
- ¿No le duele a usted ya la cabecita?
-- No, gracias!

- respondió él malhumorado,
sentándose lejos de ella.
El coronel dormitaba, cabeceando, y dejaba escapar algunos ronquidos. Las tres señoras es
taban sentadas en el sofá y hablaban de nade
rías.
La lluvia no azotaba ya tan ruidosamente los cristales; pero parecía manifestar el propósito decidido de regar la tierra eternamente.
Las tinieblas curioseaban por las ventanas. La
ätmósfera del salón era pesada. El olor a pe
tróleo de tres lámparas encendidas se confundía
con el que exhalaba el coronel, y hacía la atmós
fera más pesada aún, aumentando la nerviosi
dad de Hipólito Sergueievich, que miraba a Va renka, y pensaba:
“ No se acerca a mí

...

¿Por qué?

Puede que
Isabel

le

haya dicho alguna tontería,

fruto

de
aus observaciones.

”

En

el

comedor,

la

gruesa Fekla ponía

lamesa
para

la

cena.

De vez

en

cuando,

al

través

de

la

puerta abierta,

clavaba

la

mirada

de

sus gran
des ojos

en

Hipólito Sergueievich,

que fumaba

en

silencio

su

cigarrillo.

148

- La señorita está servida - dijo, apareciendo
en el umbral.
- ¡Vamos a comer! Hipólito Sergueievich, ten
ga la bondad

...

Tía,

no

es

necesario molestar a

papá;

que siga aquí dormitando;

de

lo

contra
rio,

empezará

de

nuevo a

beber.

- Me parece muy razonable -

aprobó Isabel
Sergueievna.
Y

la

tía Luchitsky dijo amedia voz,

encogién
dose de hombros:
- ¿Es demasiado tarde!

Si

bebe,

semorirá an
tes;

pero,

en

cambio,

se

dará ese gusto;

y

si

no
bebe,

vivi:

'

quizá un año más;

pero

lo

pasará
muy mal.

-

También me parece razonable -rió!

Isabel
Sergueievna.
En

la

mesa,

Hipólito Sergueievich,

sentado

al
leido

de

Varenka,

advirtió que

la

vecindad

de
la

muchacha

le

turbaba de nuevo.

Sentía un
violento deseo

de

aproximarse a

ella hasta

ro
zar

su

vestido,

y,

analizando,

como

de

costum
bre,

sus sentimientos,

se

dijo que

en

la

atrac
ción que

la

muchacha ejercía sobre

él

entraba

for mucho

la

sensualidad y

tenían muy poca
parte los impulsos espirituales.

-;Un corazón débil!-pensó con amargura.
Y

al

mismo tiempo

se

enorgulleció

de

no

te
wer decirse

laverdad a

sí mismo y

de

saber per
cibir los más pequeños movimientos

de

su

vida

interior.
Absorto

en

estas reflexiones,

callaba.

149

Varenka, al principio, le dirigía con bastan..
te frecuencia la palabra; pero no recibiendo sino
contestaciones breves y secas, renunció por en tonces a hablar con él. Después de cenar, cuan jo se encontraron por casualidad solos, le pre guntó con sencillez:
- ¿Por qué está usted tan lúgubre? ¿ Se abu
rre usted? ¿ 0 quizás está usted enfadado con
migo?
El contestó que ni se aburría ni estaba en fadado con ella.

- ¿Qué tiene usted entonces? -insistió la
joven.

- Nada de particular, que yo sepa

...

quizás

...
la

fatiga que sabe usted

se

siente a

veces cuan
do

se

es

oljeto

de

una atención excesiva

...

— ¿Una atención excesiva?

¿Pero

de

quién?
¿De papá?

No será

de

la

tía Luchitsky,

que
casi

no

le

ha

dirigido a

usted

la

palabra.
El

joven sabio

se

sintió enrojecer ante aque
lla candidez imperturbable o

aquella estupidez desesperante.

La muchacha,

sin esperar siquie

ra

su

respuesta,

le

dijo sonriendo:
-;No sea usted así,

se

lo

ruego!

¡ Detesto a
la

gente lúgubre!

...

¿Quiere usted que jugue
mos a

las cartas?

¿ Sabe usted jugar?
- Lo h

:

go

muy mal.

Además,

no

me gusta

ese

...

modo

de

perder

el

tiempo -manifestó

él

,

reconciliado ya,

a

pesar suyo,

con

la

joven.

-A mí tampoco me gustan las artas;

pero

...

¿

qué vamos a

hacer?

Ya

ve

usted

lo

aburri

150

do que somos - dijo ella con tristeza — No pue de usted disimular lo que se aburre entre nos otros.

Hipólito Sergueievich empezó a protestar, a afirmar lo contrario, y a medida que hablaba, su acento iba siendo más caluroso. Sin darse cuenta, concluyó:
- - Basta que usted lo quiera para que, ni en
el desierto, pueda uno aburrirse con usted

...

- ¿Y qué debo hacer para eso?-se apresuró
ella a

preguntar.
No

se

le

ocultaba

al

catedrático

su

deseo sin

cero

de

ponerle alegre.
-;Nada!

- respondió,

ocultando

en

el

fondo

de
su

corazón

lo

que hubiera querido contestarle.
— No,

verdaderamente

...

Usted

ha

venido aquí
a

descansar.

Su trabajo

de

usted

es

fatigosísi
mo y

tiene usted necesidad

de

reponer sus fuer
zas

...

Cuando iba usted a

venir,

su

hermana me

uijo:

“

Entre las dos ayudaremos ami hermano
el

sabio a

descansar y

a

divertirse "

;

pero,

¿

qué
puedo

yo

hacer para eso?

Le juro a

usted que

no

lo

sé

...

Si

yo

supiera que así

le

ponía a

usted
de

buen humor,

incluso

le

...

daría un beso

...

La sangre afluyó a

su

cabeza y

a

su

corazón

de

un modo tan brusco que

el

joven sabio

se
tambaleó.
- Bueno

...

pruebe usted

...

deme un beso

...

deme

un beso...- dijo 'con voz sorda,

de

pie ante ella;
pero sin verla.

-

Cararnba!

¡ Es usted terrible!-rió Varenka.

151

Y desapareció.
Dió él un paso tras ella; pero se detuvo y se apoyó en el quicio de la puerta, anheloso de
su presencia.
Momentos después oyó roncar al coronel y vió
al viejo dormido, con la cabeza inclinada sobre
un hombro. Oíanse tras las ventanas los gemi
dos del viento y el llanto de la lluvia. A Hipóli
to Sergueievich le pareció que era su propio
corazón quien lloraba y gemía, y se llenó de co lera.

- ¿Estás jugando conmigo?

-dijo con los
dientes apretados y tono de amenaza, mirando
hacia el lado por donde Varenka había des aparecido.
Le ardía, el corazón y sentía en las piernas y
en la cabez

...

como agujas

de

hielo.
Riendo alegremente,

entraron

en

el

salón las
tres señoras.

Hipólito Sergueievich hizo

un

es
fuerzo para calmarse.

La tía Luchitsky reía

de
tal modo que parecía que

en

su

pecho estallaba
algo.

Una sonrisa maligna animaba

el

rostro

de
Varenka.

Isabel Sergueievna reía

de

una mane
ra suave,

con cierta reserva.

"

¿

Se

reirán

demí?

”

—pensó

el

catedrático.

Varenka propuso jugar a

las cartas;

pero
su

proposición

no

fué aceptada,

lo

que

le

per
mitió a

Hipólito Sergueievich retirarse,

alegan
do

una indisposición,

a

su

cuarto.
Cuando

se

dirigía a

la

puerta,

sintió

en
espalda las miradas

de

tres pares

de

ojos y

adi

su

152

vinó que las tres mujeres se preguntaban qué
tenía.

Algo pesado e incomprensible oprimía su co
razón, y aunque experimentaba la necesidad de
saber lo que era, se encontraba falto de ánimos
para intentarlo.
“; Malditos sean los sentimientos que no tie
nen nombre!" - se dijo.
No lejos caían sobre el pavimento gotas de
agua, produciendo un ruido monótono.
Tac

...

tac

...

tac

...

Tras una hora

de

lucha interior,

de

querer
comprender

lo

que era para

él

incomprensible

y

más fuerte que cuanto comprendía,

se

deci
dió a

meterse en

la

cama.

Mientras

se

desnu

Jaba,

determinó irse

de

allí

al

día siguiente,

li
tre

de

cuanto turbaba

su

alma y

le

humillaba.
Pero una vez acostado,

se

imaginó,

sin querer,

2

Varenka como

la

había visto

en

la

escalinata,
toda trémula

de

placer

al

resplandor

de

los

re
lámpagos,

y

de

nuevo pensó que

si

él

hubiera
sido

un

poco más audaz,

hubiera podido

...

Interrumį iose y

le

dió a

su

pensamiento otru
sesgo:

“ Hubiera podido hacer mía a

una mujer muy
bella,

pero terriblemente molesta,

pesada y

es

túpida,

coil un genio

de

gato salvaje y

una sen

sualidad brutal ”

...

De pronta,

en

medio

de

tales reflexiones,

se
le

ocurrió una extraña idea.

Era como un pre
sentimiento que

le

estremeció

de

pies a

caheza.

153

Saltó 6

de la cama, corrió a la puerta de la lia bitación y la abrió. Luego volvió a acostarse, Sariendo,: empezó a mirar a la puerta, pen sando lleni de esperanza:

" Sucede

...

sucede algunas veces ”

...

Había leído en una novela cómo había suce: dido una vez:

ella entró,

a

media noche,

en

el

cuarto del protagonista y

se

entregó a

él

,

sin

perder nada,

sin exigir nada,

por sencillo de

seo.

Había algo

en

Varenka que recordaba a

la
heroína

de

aquella novela,

y

él

la

cunsideraia
capaz

de

hacer

lo

mismo.

La

exclamación que
había lanzado:

";Jesús!

¡ Es usted terrible!”

,

con

tenía quizá una promesa que

él

no

había com
prendido.
Y

al vez no tardase

en

entrar,

vestido

de
blanco,

trémula

de

deseo y

de

vergüenza

...

Se

levantó una porción

de

veces,

sintiendo una
impresión

de

frío

en

su

cuerpo calenturiento y pretendiendo oir algo más,

en

el

silencio

de

la
noche,

que

el

ruido

de

la

lluvia;

pero

no

perci
bía

el

ruido

de

los pasos deseados.

"
¿ Cómo entrará?

”

— se

preguntaba.
Y

se

la

figuraba

en

el

umbral

de

la

puerta,
en

una actitud orgullosa;

pues

le

entregaría con
orgullo

el

tesoro

de

su

belleza,

un regalo

de

rei
na.

¿

0

se

detendría,

quizás,

ante

él

,

con

la

ca

beza baja,

vergonzosa,

confusa,

tímida,

llenos

de
lágrimas los ojos?

¿

O

tal vez entraría riendo suavemente y

le

diría que era sabedora,

hacía
tiempo,

de

sus cuitas,

y

que había fingido igno

154

rarlas para atormentarle un poco y saborearlas
mejor?
En este estado de espíritu, harto cercano a la locura, imaginándose cuadros sensuales, más ex citado a cada instante, no se daba cuenta de que había cesado la lluvia y de que las estrellas que
habían aparecido en el cielo le miraban por la
ventana. Seguía esperando oir los pasos de mu. jer, heraldos de su dicha; pero tales pasos no so
naban en el silencio de la noche. A veces, la ej
peranza de abrazar a la joven se apagaba en él
un momento. Hipólito Sergueievich, entonces, se
reprochaba aquel estado de alma indigno de él,
vergonzoso, enfermizo. Para justificarse, decía se que la vida interior del hombre es demasiado
complicada y variable y no se puede mantener
siempre en equilibrio; que todos los hombres están
condenados a caer, tarde o temprano, en un abis
mo, y que, por una amarga ironía del instinto,
las personas prudentes, ponderadas, caen más hondo y se hacen más daño.
Siguió así hasta el amanecer, atormentado por sus deseos apasionados. Hasta después de salir el sol no oyó pasos.

Incorporóse bruscamente,
temblando febril, inflamados los ojos, y esperó..
Sentía que si ella llegaba, ni siquiera tendría
fuerzas para dirigirle una palabra de agrade cimento.
Los pasos seguían acercándose, lentos y pe sados

...

Y

un

instante después

la

puerta

se

abrió.Hipó

155

lito Sergueievich, medio desmayado, se tendió de nuevo y cerró, esperando, los ojos.

- ¿Le he despertado a usted? Vengo a buscar
sus botas y sus pantalones — dijo con voz soño
lienta la doncella Fekla, acercándose lenta, con paso bovino, a la cama. Suspirando, bostezando,
tropezando con los muebles, cogió la ropa y se
marchó, dejando tras ella un marcado olor a co cina.

Hipólito Sergueievich permaneció en la cama, quebrantado, abatido, observando con indiferencia la desaparición de las imágenes que habían tortu. rado durante la noche sus nervios.
Fekla volvió al rato con la ropa y las botas limpias, y salió de nuevo, suspirando.
El empezó a vestirse, sin comprender por qué lo hacía tan temprano. Luego determinó ir a ba ñarse, y dicha determinación le animó un poco.
Procurando no hacer ruido, pasó por delante de
la habitación donde se oían los ronquidos del co ronel y se detuvo unos segundos ante la puerta de otra, que no era la que sospechaba, según adi vinó en seguida.
Por

fin

, medio soñando,

salió

al

jardín y

echó

a

andar por una sendita que conducía

al

río.
La mañana era clara y

fresca.

Los rayos del
sol aun conservaban

el

fulgor sonrosado del ama

necer.

Los mirlos charlaban animadamente,

pi
cando las cerezas.

Temblaban

en

las hojas go
tas

de

lluvia,

como brillantes,

que caían

al

suelo

cual lágrimas

de

felicidad,

ydesaparecían.

La tie

156

rra, aunque estaba mojada, había absorbido toda el agua vertida por las nubes durante la noche, y no se veían charcos ni barro. Todo estaba

lim
pio,

fresco y

nuevo,

como nacido

en

el misterio
de

las horas nocturnas.

Todo estaba silencioso y quieto,

como arrobado ante

la

belleza divina del
sol,

contemplado por primera vez. El

joven sabio iniró

en

torno suyo.

La niebla

de
sueños absurdos que había envuelto durante

la
noche su cerebro

se

iba disipando,

vencida por
el

puro aliento

de

la

mañana,

lleno

de

frescura

y

de

fragancias.
Les rayos del sol teñían

el

río

de

oro y

rosa.

El

agua,

un

poco turbia aún a

causa

de

la

lluvia,
reflejaba

de

un

modo vago

el

verdor

de

la

orilla
en

sus ondas.

El

sonoro salto

de

algún pez y

el
canto

de

los pájaros eran los únicos ruidos que
turbaban

el

silencio de

la

mañana.

De no estar
húmeda

la

tierra,

hubiera sido delicioso tenderse en

la

orilla del río,

bajo

la

fronda verde,

y

es
perar que

la

paz renaciese

en

el

alma.

Hipólito Sergueievich avanzaba a

lo

largo

de
la

ribera,

cortada

de

trecho

en

trecho por cabitos de

arena y

pequeñas bahías orladas

de

verdura.
Cada cuatro o

cinco pasos

se

ofrecía a

sus ojos
un nuevo cuadro.

Caminando sin ruido a

la

ori
lla

del agua,

sabía

de

antemano que a

cada mo
mento

le

esperaba una sorpresa.

Contemplaba,
atento,

los contornos

de

cada bahía,

la

forma

de
los árboles,

como para percibir

su

diferencia con
las bahías y

los árboles que iban quedando atrás.

157

Súbitamente se detuvo, deslumbrado.
Ante él hallábase Varenka, sumergida hasta la
cintura en el agua, con la cabeza inclinada y la
cabellera mojada entre las manos. El frío sonro
saba su cuerpo, sobre el que brillaban, como es camas, las gotas de agua iluminadas por el sol,
y caían al río, deslizándose lentamente por la
tersura de sus hombros y de su pecho, no sin re. flejar antes la lumbre del sol largo tiempo, como si no quisieran separarse de la carne que habían lavado.
El agua de que sus cabellos estaban empapa
dos se escurría por entre los dedos de la joven
y caía a la corriente con un dulce ruido.

Hipólito Sergueievich miraba con arrobo, con devoción, a la muchacha, como si mirase algo sagrado, tan pura y armoniosa era aquella be lleza en plena floración juvenil. No sentía otro deseo que el de admirarla. Sobre su cabeza, en una rama de nogal, cantaba y lloraba un ruise ñor; pero él ni siquiera lo oía: todo el mundo, toda la luz del sol se concentraba en aquel momento, para él, en aquella muchacha en pie en medio
del agua, entre las ondas, que acariciaban sua
vemente su cuerpo y lo contorneaban silencio
sas y plácidas.
Pero el bello espectáculo sólo duro algunos segundos: la muchacha levantó de pronto la ca beza y, lanzando un grito de cólera, se sumer
gió rápidamente hasta el cuello en el agua.
Se diría que aquel movimiento se repitió en el

158

1

corazón de Hipólito Sergueievich, el cual se es tremeció también y se sintió envuelto en una

frialdad glacial. Varenka le miraba con ojos bri llantes, y se pintaba en su rostro el susto, el desprecio y la cólera. El joven sabio le oyó ex
clamar enfurecida:

-; Váyase usted! ¡ Vayase usted! ¡Qué ver güenza!
Le parecía que tales palabras llegaban de le jos, vagas, borrosas. Inclinado sobre el agua, con los brazos tendidos, apenas podía tenerse en pie, temblorosas las piernas, estremecido todo su cuer po de pasión. Al cabo, cayó de rodillas, casi den tro del río.

La muchacha lanzó un grito de cólera y se dis
puso a nadar; pero se detuvo y le dijo con voz sorda y ansiosa:
-; Váyase usted!
- No puedo quiso decir él; mas no pudo, como
si sus labios estuviesen paralizados.
- ¡Cuidado! ¡Vete de aquí! ¡ Cobarde, sinver güenza!
El no hacía caso de tales gritos. Clavaba en los ojos de la muchacha los suyos,

inflamados, y,
sin levantarse, la esperaba. La hubiera esperado
lo mismo, aunque hubiera sabido que sobre su cabeza se agitaba un hacha homicida.
- Puerco!...

¡ Yo

te

enseñaré!--murmuró con
asco Varenka,

y

se

lanzó,

de

pronto,

hacia

él

.

Fué creciendo,

creciendo,

brillante

de

belleza,

a

los

ojos del catedrático,

que

no

tardó

en

verla

159

toda entera, hasta los dedos de los pies, divina y furiosa. La veía y la esperaba todo trémulo de pasión. Viéndola inclinarse hacia él, le tendió los brazos; pero, en el mismo instante, recibió en ple na faz el choque de una cosa mojada.
Se restregó los ojos y sus dedos tocaron are
na húmeda y barro. Una lluvia de golpes caía sobre su cabeza, sus hombros, su rostro; pero no
provocaba en él el dolor físico, sino algo muy
distinto. Al colocar sus manos entre su cabeza y las manos que le golpeaban, lo hacía de un modo maquinal, no para defenderse. Oía el llan to furioso de la muchacha. Al cabo, un violen to golpe en el pecho le hizo caer de espaldas. No
le pegaron más. Después, oyó un ligero ruido en
la maleza y todo quedó en silencio.
El silencio sombrío parecía infinitamente lar
go. El hombre seguía tendido, inmóvil, pegado al suelo por el peso de su vergüenza.
Al abrir los ojos vió el cielo azul, profundo
como un abismo

sin

fondo,

y

le

pareció que

se

alejaba poco a

poco.

Así permaneció hasta que sintió frío.

Al
abrir los ojos otra vez,

vió a

Varenka inclinada
sobre

él

.

De los dedos

de

lamuchacha caían

go
tas

de

agua sobre

su

rostro.
-- Bueno - le

oyó decir- ¿Cómo volverá usted
a

casa tan sucio y

con

la

ropa rota?

¡ Qué ver
güenza!Dirá usted que

se

ha caído

al

agua.

¡ Qué
horror!

Si

hubiera tenido con qué,

le

hubiera
matado a

usted.

160

Le oyó decirle muchas cosas más; pero el es tado de su alma no cambió por eso. No le con testó nada hasta que le oyó decirle que se iba. Entonces, le preguntó dulcemente:
- ¿No la veré a usted más?
Y sólo en aquel momento recordó cuanto ha bía pasado y comprendió lo que debía hacer.
-- ; Perdóneme usted!

-quiso decirle.
Pero no tuvo tiempo, porque la muchacha des apareció entre los árboles.
Sentado en el suelo, con la espalda apoyada en un tronco, miraba hoscamente el agua turbia que corría a sus pies.
El agua corría lentamente

...

lentamente

...

len
tamente

...

FIN

Gorki X544
. 667
Varenka Olesova V

1

89101096592 COLECCION
NOVELAS -
FILOSOFIA
HISTORIA

TE
CY
ME

ЕТО b89101096592a

Aparecen veinte números de unas

cien páginas cada mes, al precio de
TREINTA CENTIMOS cadanúmero

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL
O ANUAL
(CINCO PESETAS AL MES):

VEINTICINCO CENTIMOS CADA NUMERO

Los 120 números de julio-diciembre de 1919 contienen obras de

LOPE DE VEGA, KANT, GOLDSMITH, LA ROCHE FOUCAULD, ORTEGA MUNILLA, PROSPERO MERI MEE, STENDHAL, GOETHE, MACHADO, CERVANTES, ANDREIEV, CASTELLO -BRANCO, CICERON, VILLA LON, KOROLENKO, ESTEBANEZ CALDERON, LEIB NITZ, PLUTARCO, ABATE PREVOST, RUIZ DE ALARCON, VELEZ DE GUEVARA, GEORGE ELIOT, KUPRIN, COELHO, MME. STAEL, TIRSO DE MOLINA,

MUSSET, CLARIN, STERNE, JULIO CESAR, CHEJOV, GARCILASO, TACITO, ABOUT, BEAUMARCHAIS, SAN DEAU, LAMARTINE, AZEGLIO, DANTE, HERCZEG, AUSTEN, FLAUBERT y FENELON

Compañia Anónimo deArethe Role Publicaciones y Ediciones.
MADRID

Sagasta, 22.

BARCELONA

C. de Ciento, 416.